

SERIE ROJA

Inés Garland

Piedra, papel o tijera



“Ellos no tenían ni la más remota idea de lo
que estaba pasando.
¿Cómo podíamos estar a salvo?”.

UNA HISTORIA DE AMORES IMPOSIBLES Y SUEÑOS
QUE SE PIERDEN EN LAS TURBIAS AGUAS DEL RÍO.

PIEDRA, PAPEL O TIJERA



Alma va todos los fines de semana, con sus padres,
a su casa en el Tigre. Allí conoce a Carmen y a
Marito, dos hermanos que viven con su abuela,
en una casa sencilla.

Las aventuras por el Delta, el despertar del amor y el fin
de la inocencia los unen estrechamente, más allá de
las diferencias sociales y económicas.

Una novela que acompaña a una joven en su transición
hacia la vida adulta: el desacuerdo con la familia,
la búsqueda de la propia identidad, más allá del cómodo
círculo social que la rodea, la ominosa realidad a la que
despierta un buen día, y de la cual no hay retorno.

ALFAGUARA
SERIE ROJA

ISBN 978-987-04-2119-1



9 789870 421191

ALFAGUARA

PIEDRA, PAPEL O TIJERA

Inés Garland

PIEDRA, PAPEL O TIJERA - PRIMERA PARTE

1

El día que conocí a Carmen y a Marito, el jardín de la isla había amanecido inundado. Los árboles parecían flotar muy derechos y las casas de los vecinos, al otro lado del río, eran como animales acuáticos, inmóviles sobre sus largas patas.

Salí a la galería en puntas de pie para no despertar a mis padres. Quería ir a jugar al jardín antes de que vieran la creciente, porque a la única que le gustaban las crecientes era a mí; ellos se ponían enseguida a levantar los muebles y la heladera, y había que volver a Buenos Aires. El agua tapaba cinco de los diez escalones de la casa. Calculé la profundidad: por encima de la rodilla, una medida perfecta para jugar en el fondo del jardín, entre las mandarinas y los kinotos, donde los adultos solo iban los domingos a la tarde en los meses de invierno a llenar un canasto para llevar a la ciudad. Caminé con pasos grandes, moviendo los brazos para hacer equilibrio, rozando el agua con la punta de los dedos –las alas, yo era un pájaro inmenso a punto de tomar vuelo–, el barro se metía entre los dedos y briznas de pasto suelto se me quedaban pegadas a las piernas. Carmen estaba ahí, justo antes de la zanja grande. La vi de lejos, sentada en una rama, con los pies en el agua, como si hubiera estado así desde siempre. De sus pies brotaba otra chica idéntica, de agua, y las dos sonreían como el gato de Alicia en el país de las Maravillas. Cuando me acerqué la chica de agua se

rompió y la que estaba sobre la rama bajó de un salto. Era más alta que yo. Tenía puesto un short sucio de barro y una remera a rayas que había sido mía y le quedaba corta.

-¿Vamos a pedirle a mi abuela que nos dé el desayuno? – dijo como si hablara con una vieja amiga. Y se alejó por el agua con aires de princesa, moviendo como aspas sus brazos flacos.

Su confianza me ató a ella con un hilo invisible y la seguí sin preguntas.

-Ahora yo voy a vivir acá- me anunció cuando cruzábamos el puente hacia lo de doña Ángela.

Doña Ángela era la mamá de los vecinos isleños y la abuela de Carmen. Vivía con cuatro de sus ocho hijos en una casita del otro lado del riacho que separaba nuestro terreno del de ellos. Yo nunca había estado ahí y ahora cruzaba el puente colgante detrás de mi nueva amiga, la vista fija en la trenza negra que le bailaba por la espalda y le llegaba hasta la cola.

-Yo y mi hermano vamos a vivir en lo de mi abuela- insistió dándose vuelta. La trenza pegó un chicotazo-; el burro adelante para que no se espante. Mi hermano y yo digo.

-¿Con tu papá y mamá?

Barrió el aire con la mano con la mano como si los padres fueran algo que se pudiera borrar así, de un manotazo (después supe por mi papá que la mamá de Carmen los había abandonado para irse con un marino que vivía en Comodoro Rivadavia y que el padre trabajaba en el Tigre en un astillero y no se podía ocupar de ellos). Doña Ángela estaba en el muelle. El agua cubría los tablones

del piso, y la baranda y el banquito descascarados. Fin de semana tras fin de semana durante toda mi infancia yo había visto a doña Ángela sentada en el muelle. Quieta, enorme, vestida de negro, con el pelo blanco desordenado alrededor de la cabeza, como una nube, miraba pasar el río desde la mañana temprano. Cuando nos vio se paró despacio y caminó hacia nosotras levantándose apenas el vestido que le flotaba alrededor de las piernas. Se agachó para besarme. Una cadena de plata muy finita quedaba atrapada en la línea que dividía sus pechos inmensos. Quedé hipnotizada por lo que veía: ese lugar blando y tibio, tan diferente del escote huesudo de mi madre, se balanceaba apenas y me invitaba a hundirme en él, a dejarme envolver por su dulzura.

-Vamos, que les hago unas tortas fritas- dijo doña Ángela y la seguimos como pollitos.

La casa de los isleños era un cubo de madera ladeado y no estaba construida sobre pilotes. Mi papá siempre decía que había que ayudarlos a construir algo mejor, pero ese plan se postergaba cada año por diferentes motivos y ahora, por primera vez, yo pude entender por qué mis padres tenían esa conversación cada vez que crecía el río.

Esa mañana la cocina de doña Ángela era un espacio inundado, mal iluminado por la resolana que entraba a través de una ventanita cubierta por una tela vieja. Una nube de vapor salía de la pava que hervía sobre la cocina de hierro y el ruido metálico de la tapa que golpeaba sobre la boca de la pava resonaba en el silencio. Desde algún lugar llegó la voz irritada de un hombre.

-Alguien apague esa pava- dijo.

Su cara se asomó de un entrepiso elevado que balconeaba sobre el espacio de la cocina. Me miró. Yo no alcanzaba a ver su cara con claridad; la luz que entraba por la ventanita le iluminaba un solo ojo, hosco y cansado.

-Mamá- protestó levantando la voz.

La mano caliente de Carmen envolvió la mía.

-Voy a hacerles unas tortas fritas a las nenas, Tordo- dijo doña Ángela, y la cara desapareció en la oscuridad como por un conjuro.

-Se va a acabar la harina- dijo la voz del Tordo.

-Chico tiene que ir al almacén esta tarde- dijo doña Ángela y descorrió la tela de la ventanita.

La resolana iluminó un par de piernas flacas que se descolgaban desde el entrepiso, los dedos de los pies se abrieron y se cerraron en abanico y soltaron una nubecita de tierra que quedó suspendida en el aire. Alcé la vista. Sobre mi cabeza, como una aparición vi por primera vez la cara de Marito, su piel brillante, sus ojos negrísimos, su nariz, su boca llena y burlona, la pequeña cicatriz que, supe después, un mordisco de nutria le había dejado en el labio superior.

-La pinta puso un huevo en la viga- dijo y se dejó caer sosteniendo en el aire un huevo blanco y liso.

-¡Nos salpicaste!- dijo Carmen enojada.

-Tan secas que estaban- dijo él.

Carmen y yo nos miramos las piernas hundidas en el agua hasta los muslos y empezamos a reírnos. Carmen seguía teniéndome de la mano y ahora se puso ante mí y así, paradas una frente a la otra, nos reíamos como si lo que haría dicho Marito fuera la cosa más graciosa del mundo,

como si no existiera en la vida nada más que esas ganas de reírnos.

Años después de esa mañana inundada, una bruja me dijo que no era la primera vez que ellos y yo estábamos juntos en este mundo. Nuestras almas, dijo, ya se conocían y habían vuelto a esta vida a compartir un sueño.

Un lunes, a mediados de ese otoño, volvió Mabel, la madre de Carmen y de Marito. Vino sin el marino y con el bebé que había tenido la Navidad anterior, pero yo no lo conocí porque para el viernes a la tarde, cuando llegué, ya se había vuelto a Comodoro Rivadavia. Les dijo a todos que había venido a ver a sus hijos, pero nadie le creyó. Cuando se fue dejó al bebé, como si se lo hubiera olvidado, o por lo menos así decía Carmen, que decidió hacerse cargo de su hermanito y lo llevaba con nosotras a todas partes metido dentro de un trapo triangular que doña Ángela le armó con uno de sus vestidos viejos.

- Podríamos bautizarlo Mowgli- dije yo en cuanto lo vi. Esa semana había terminado de leer El libro de las tierras vírgenes, y el bebé, con su pelo negro como un cepillo y sus ojos alargados, me hizo recordar las ilustraciones de mi libro.

- Se llama Lucio- dijo Carmen y por la cara que me puso me di cuenta de que mi idea no le había gustado para nada.

El juego de las lobas sí le gustó y durante varios fines de semana nos íbamos al jardín, armábamos una especie de nido con hojas secas, acostábamos a Lucio sobre el trapo, dábamos vueltas a su alrededor en cuatro patas aullando y lamiéndole la cara, nos echábamos a su lado rodeándolo con el cuerpo para protegerlo de Shere Khan. Lucio agitaba los brazos y las piernas, y pegaba grititos como si estuviera encantado con nuestro juego. Hasta Marito hizo de jefe de la manada una tarde y salimos a

cazar los dos por los alrededores de la guarida mientras Carmen se quedaba con el bebé.

En febrero Carmen y yo habíamos empezado una casita sobre los árboles de la isla del medio. Un domingo decidimos terminarla y mudar allí unos cacharros y nuestra caja de libros. El Tordo nos había prohibido que lleváramos a Lucio al bote, así que lo dejamos en el muelle en un cajón que había fabricado Marito y al que le habíamos puesto un pequeño colchón. Atardecía y todos estaban dentro de las casas menos Marito, que pescaba río abajo, en el muelle abandonado. Desde nuestra casa del árbol podíamos ver el muelle de doña Angela con claridad. Calculamos que si Lucio lloraba podríamos llegar enseguida, convencidas de que no corría peligro alguno, cruzamos a la isla de enfrente para trabajar en la construcción de la casa.

Después, cuando nos contábamos a nosotras mismas cómo habían sido las cosas, a ninguna de las dos le parecía que hubiéramos dejado de mirar a Lucio por cinco minutos. Teníamos un martillo cada una y una caja de clavos. Nos pusimos a clavar los tablones a las ramas del sauce con la concentración que hace falta para no martillarse un dedo, pero entre clavo y clavo mirábamos hacia el muelle y veíamos sus piecitos que sobresalían del cajón cuando él sacudía las piernas en el aire. Cada tanto oíamos sus gorjeos felices, porque Lucio era un bebé alegre y no lloraba casi nunca.

Nos dimos cuenta de la creciente cuando ya no había nada que hacer. Era como si el río hubiera decidido crecer de repente y hubiese avanzado sobre la tierra en absoluto silencio, traicionero, con el propósito imperturbable de

llevarse a Lucio. Carmen fue la primera en darse cuenta y pegó un grito. Yo levanté la vista de una madera que estaba dándome un trabajo especial y vi enseguida lo que había pasado. Creo que también grité. Carmen ya estaba en el suelo, corriendo hacia el bote. El cajón había desaparecido.

Papá dijo después que él salió a la galería cuando escuchó mis gritos y que vio cómo yo desataba el cabo y cómo Carmen empezaba a remar antes de que yo me subiera al bote. Yo ya tenía un pie sobre el tablón de popa y el bote se separó de tierra con brusquedad. Grité. No sé si fue el bote o la tierra lo que se escapó de debajo de mis pies primero, pero me caí al agua con las piernas abiertas y un dolor intenso en la ingle. Carmen dejó de remar y por un momento no supo qué hacer. Me aferré al borde del bote y me trepé chorreando. Papá, desde el muelle, nos preguntó qué pasaba. Carmen había empezado a llorar y yo temblaba tanto que no atinaba a contestar.

- El río se llevó a Lucio- dijo Carmen. A nuestro lado pasó un pájaro flotando panza arriba.

El grito de Marito se escuchó apenas y al principio nos costó saber de dónde venía. Miramos en dirección al muelle abandonado, donde lo habíamos visto por última vez, pero el muelle estaba desierto bajo la luz cada vez más escasa. Recorrimos la costa con la vista río arriba, metido en el agua hasta la cintura, vimos a Marito que hacía señas desesperadas con los brazos en alto.

Carmen ya había empezado a remar en esa dirección y yo me paré en la popa con las piernas abiertas a pesar del dolor para mirar hacia delante con la esperanza de ver el cajón flotando a la deriva. Temblaba con espasmos y la

ropa pegada a mi cuerpo parecía haberse vuelto de hielo. Por primera vez en mi vida odié el color del río. De pronto parecía otro con su correntada y su capacidad de tragarse a una persona sin dejar rastros.

Al acercarnos a Marito vimos que hacía señas hacia la orilla de enfrente y ahí, con una punta enganchada entre los juncos, el cajón estaba girando sobre sí mismo y se soltaba ahora otra vez para seguir el curso de la corriente. Desde donde estábamos no se veía a Lucio.

Carmen apuntó hacia el cajón y remó con fuerza, pero el cajón iba más rápido que nosotras. Una sola hilera de maderas sobresalía del agua se estaba hundiendo. Marito corría por la orilla y ahora se había tirado a nadar. Vi un piecito. Se asomó apenas y el cajón se inclinó apenas por el movimiento y por un instante pensé que iba a darse vuelta, que íbamos a ver a Lucio caer al río y desaparecer. Me tiré al agua.

No me di cuenta hasta después, cuando papá me lo dijo, de que cuando llegara al cajón me iba a resultar muy difícil mantenerme a flote y empujarlo a la misma vez, pero yo no estaba pensando en lo que iba a hacer cuando llegara a Lucio. Solo estaba nadando hacia él.

Cuando me faltaban unas brazadas para llegar oí la orden de Marito.

- Nadá hacia los juncos- dijo-. Yo busco a Lucio.

Su voz tuvo la fuerza de hacerme obedecer.

Sentí el barro bajo mis pies al mismo tiempo que un agotamiento mortal convertía mis piernas y mis brazos en un lastre inamovible. Me aferré a un puñado de juncos. Apenas unos metros más lejos Marito hacía pie y levantaba en brazos a Lucio, que había empezado a llorar.

Lo abrazó muy fuerte y caminó hasta la parte más playa.
Por el medio del canal venía papá en la lancha, y Carmen,
metiendo los remos dentro del bote, saltaba a tierra con
el cabo. Río arriba se veía la punta del cajón, cada vez más
lejos, y un instante después, nada.

De los cuatro hijos que vivían con doña Ángela, yo solo conocía a dos al Tordo, que era el mayor, y a Chico, el menor. Los otros dos trabajaban los fines de semana haciendo changas y por esa época se fueron a vivir a Corrientes.

El marido de doña Ángela se llamaba Cátulo y era santiagueño, pero se había ido cuando los hijos eran chicos. Ella contaba que su marido nunca se había acostumbrado al agua y que en la gran crecida del año '37 se había vuelto a Santiago sin decirle una palabra, como si la culpa de la inundación la hubiera tenido ella. Después había empezado a mandarle unas postales escuetas cada dos o tres meses que se fueron espaciando hasta que solo llegaba una en carnaval.

-Escribe de puro mamerto, nomás – decía ella.

Un año después de que Carmen y Marito se mudaron a vivir con su abuela, el abuelo Cátulo vino de visita. Fue un gran acontecimiento que me perdí porque coincidió con las vacaciones de invierno y yo estaba en un campo en Sierra de la Ventana, pero Carmen me contó todos los detalles a mi vuelta.

El abuelo no hablaba mucho, dijo ella, casi ni los había saludado, aunque les había traído unas nueces confitadas deliciosas y un disco de zambas santiagueñas que mamá grabó en un casete para que pudieran escucharlo en el grabador que nosotros llevábamos los fines de semana. Doña Ángela dijo que el regalo era una maldad, que el abuelo sabía perfectamente que ella no tenía tocadiscos,

y Carmen me contó que los oyó discutir los tre primeros días porque el abuelo decía que cómo iba a saber él que en todos esos años no habían comprado un tocadiscos la abuela se quedaba callada y después volvía a la carga con que él sabía perfectamente que en la isla no había luz y que para qué iba a comprar ella un tocadiscos si no había luz. Carmen me contó también que sus abuelos se habían pasado los días enteros sentados en unas sillas de mimbre detrás de la casa mirando hacia el terreno del fondo.

El no quiere ver el río porque le echa la culpa de su soledad- decía doña Ángela en ese primer tiempo después de la visita.

Y se reía de lo distintas que son las personas, porque el río era, para ella, una gran compañía.

Con eso que tiene de pasar y pasar y estar siempre moviéndose, les quita importancia a las cosas –decía.

Y bastaba con verla sentada en el muelle, horas de horas, con la mirada perdida y las manos sobre el regazo, para saber que era cierto.

Creo que a los chicos les habría gustado que su abuelo se quedara. Tenía ojos grises, dijo Marito, y las manos muy arrugadas, y tocaba el cajón peruano.

Marito se enamoró del cajón peruano. Ese invierno se montaba a caballito en cualquier tocón y lo golpeaba entre las piernas abiertas moviéndose como si realmente lo hiciera sonar. Años después volvió de Santiago con un cajón peruano de verdad que le habían regalado y andaba con él por todos lados.

En esas dos semanas con el abuelo Cátulo, doña Angela había tomado vino y cerveza, y los chicos la habían

escuchado reírse en la oscuridad cuando creía que todos dormían.

Cuando yo la vi después de las vacaciones, estaba muy cambiada. Ella que era siempre tan silenciosa, se había vuelto conversadora y se le iluminaba la mirada a cada rato como si estuviera pensando cosas lindas. Se le dio por plantar malvones en unas latas viejas y hasta le pidió a mamá un gajo de azalea para ver sí podía hermosear un poco su jardín, como dijo.

Después se fue quedando callada y unos meses mas tarde ya no habló más y volvió a sentarse en el muelle a ver pasar el río.

Papá decía que doña Angela tenía el mal del sauce. Alguna vez, ya de grande, me dijeron que así le llaman a esa inercia de la que acusan a los isleños, que no los deja trabajar ni terminar las cosas y que les viene de tanto mirar el río. Para mí es otra cosa. El río fue siempre mi casa, la casa de Marito, mi lugar en el mundo. El mal del sauce, para mí es un mal de amor.

Doña Angela, Carmen y Marito adoraban al Tordo. Yo le tenía miedo. Tenía una manera de mirarme, siempre de lejos, que parecía decirme que en su mundo no había lugar para mí. Sabía por Marito que el Tordo contaba unos cuentos maravillosos y que cuando se ponía triste se iba solo a remar y cantaba canciones llenas de nostalgia en un idioma que ellos no entendían, pero a mí nunca me contó un cuento ni me habló más de dos o tres palabras. Sin embargo, de lo mucho que lo querían mis amigos, yo también lo quise un poco, y años mas tarde entendí lo que había detrás de sus humores violentos y su desconfianza, y le di la razón.

Mamá decía que era un resentido. Resentido y taimado, decía, y le echaba la culpa a la húngara que había aparecido por la isla veinte años antes, cuando el Tordo cumplió los dieciocho. Todos decían que era la mujer mas bella que habían visto por ahí desde que Doña Angela había dejado de ser joven aunque yo nunca pude imaginarme a doña Ángela joven, mis padres hablaban mucho de lo bella que había sido. La húngara había atracado en el muelle un sábado a la mañana y había desembarcado como una vikinga en tierra virgen- así me la describió papá después-, alta, orgullosa, con su pelo dorado, sus ojos azules y sus casi cuarenta años que, según papá, eran la edad de oro de la mujer y, según mamá, era la edad de la húngara y de nadie más. Sin explicar nada, ella había pasado frente a doña Angela con una inclinación de cabeza y había avanzado directamente

a buscar al Tordo en el galpón donde se secaban los juncos.

Nadie sabía dónde lo había visto antes, pero esa misma mañana el Tordo se subió al barco detrás de ella y desapareció por todo el fin de semana, como haría después cada vez que ella viniera a buscarlo.

Papá decía que la húngara no era húngara sino alemana y que su casa estaba llena de libros que ella le había dado a leer al Tordo y que por eso él se había vuelto resentido. Y decía que mis amigos iban a terminar como él, porque saber leer estaba muy bien, pero leer tanto, con una realidad como la de ellos, era un veneno. Yo no conseguía que me explicara esta idea, pero era algo en lo que mamá y papá estaban de total acuerdo- ella asentía y parecía genuinamente preocupada por el destino de mis amigos- hasta que Papá seguía con que lo peor era que la húngara le leyera al Tordo entre besos, porque esa combinación era mortal. Mamá pensaba que esas cosas no eran cosas para decirme a mí, se ponía a hacerle caras de disgusto y le lanzaba miradas fulminantes que a papá lo divertían bastante. A mí, la imagen del Tordo y la húngara besándose en una cama llena de libros encuadernados en cuero rojo y negro como los que había en la biblioteca de casa, sumergidos en el olor de las páginas y la sal de los besos- porque un verano yo había escuchado a un chico de la carpa de al lado decir que los besos eran salados- me llenó de sensaciones confusas los años previos a mi adolescencia.

El Tordo no te odia, Alma- me dijo Carmen una tarde cuando me atreví a confesarle el miedo que le tenía a su tío- trata de cuidarnos a nosotros.

Nos habíamos escondido entre los juncos recién cortados. Nos gustaba escondernos ahí porque nos lo habían prohibido y era como andar en un juego gigante de palitos chinos, separando los juncos que se habían caído de las pilas con la punta del pie para encontrar tierra firme sin aplastarlos. Estábamos sentadas frente a frente, entre dos montañas de juncos. El aire picante nos envolvía como un agua fría con olor a barro. Debo de haber mirado a mi amiga con desconcierto.

Él dice que, cuando vos vengas con tus amigos, vas a hacer como la húngara, que nunca lo busca cuando viene con gente.

- Vos sos mi mejor amiga-dije yo-, nunca te haría una cosa así.

Me hice una cruz sobre los labios para jurarlo y quise hacer un pacto de sangre que Carmen no aceptó. Pero el Tordo iba a tener razón y años mas tarde yo rompería mi juramento. No sé si Carmen me perdonó –nunca llegué a preguntárselo-, pero tuve que reconocer que yo era capaz de hacer algo que me parecía imperdonable, algo que siempre había condenado en los demás. Todavía siento vergüenza cuando lo recuerdo.

La tarde entre los juncos decidí que el tiempo le iba a demostrar al Tordo que yo no era como la húngara. Por otra parte, saber el motivo de su hostilidad me hizo perderle el miedo. De ahí en más, cuando la húngara pasaba con el barco lleno de amigos y él se encerraba en casa, yo compartía con Carmen el odio y la pena, y me sentía del mismo bando que el Tordo, contra la húngara y sus amigos y sus aires de superioridad.

¿Qué poder tenía la húngara que transformaba al Tordo, un hombre orgulloso y hasta feroz, en un cordero que la seguía mansamente cada vez que a ella se le daba la gana Carmen y yo nos hacíamos esta pregunta una y otra vez, y no podíamos contestarla. Un verano, tres años después de la creciente en que casi perdemos a Lucio, organizamos una expedición a lo de la húngara para investigar este tema a fondo. Necesitábamos verlos juntos, en el lugar del hecho, como decía Carmen, que por esa época había empezado a leer novelas policiales. Cuando nos subimos al bote, Marito está preparando su caña en el muelle de doña Ángela.

- ¿Adónde van – dice.

Encarna una lombriz, que se mueve entre sus dedos.

Ya hace un tiempo que nuestros juegos juntos se espaciaron y que él dejó de venir a la casa en los árboles. Nuestras excursiones a la isla del medio, donde asamos mojarritas en palito y nos contamos las historias de nuestra semana separados, ya no le interesan.

- Río abajo-dice Carmen.

- Miren que a la vuelta les toca corriente en contra.

- Ya nos dimos cuenta-dice ella y prepara los toletes-. No es para tanto-me dice a mí-, a la vuelta nos turnamos.

Nos quedamos ahí, sin zarpar. Marito ya no nos mira. Su cuerpo se echa hacia atrás, su brazo traza un arco y lanza la plomada, un silbido que vuela por el aire y cae con un golpe en el medio del río, los aros de agua se van abriendo uno después de otro hasta desaparecer. Desato

el cabo. Lo enrollo con cuidado. Quiero quedarme. Quiero seguir mirando a Marito, sentarme junto a él a esperar el pique, adivinar el pez que se acerca, que salta cuando su boca queda enganchada en el anzuelo. Es un buen día para pescar. Uso los juncos para empujarme hacia fuera, despacio. Nos alejamos. La caña de Marito se dobla hacia abajo. Él pega un tirón, un pez chico salta en el agua quieta y los brazos de Marito se tensan, recogen la línea. Su cuerpo creció sin que yo me diera cuenta del todo. El mío también. ¿Desde cuando siento un nudo en el estómago cuando lo miro

Carmen y yo seguimos atentamente la lucha breve de Marito y él alza su trofeo hacia nosotras, la distancia no me permite verle la sonrisa, pero sé que sonríe. Antes hacíamos una ceremonia alrededor de la pesca del día, un baile de agradecimiento que era una mezcla de ritual africano con bailecito de la Puna. Agito los brazos para celebrar con él.

- Me parece que era una lisa- dice Carmen y rema con energía.

Tiene brazos fuertes y debajo de la remera sus pechos firmes se mueven con libertad. Yo sufro la vergüenza de unos pezones agrandados y en punta que me duelen al menor roce. Trato de taparlos con corpiños que me sobran, siento que todo el mundo se ríe de ellos y me atormenta la certeza de que esa va a ser la forma definitiva de mi cuerpo.

- Creo que voy a ser monja misionera- digo cuando pasamos la desembocadura del arroyo.

Estamos pasando muy cerca de las ramas de un sauce y Carmen sube los remos al bote con un golpe seco y me mira. El bote sigue avanzando a la deriva.

- ¿Por qué misionera
- Porque quiero viajar.

Carmen se ríe.

- Y vas a usar toca

Sabe que estoy orgullosa de mi pelo largo, que me lo cepillo antes de irme a dormir y que es lo único que no quisiera cambiar de mí misma.

La monja que vino al colegio el otro día no usaba toca.

Ah, entonces sí puede ser que te hagas monja. Se inclina sobre el borde y mete la mano en el río, se moja la nuca, el agua le resbala por el cuello y le moja un triángulo en la remera. La piel de Carmen es tirante y suave.

- Era tercermundista, la monja.
- ¿Y eso?
- Se ocupa de los pobre del Tercer mundo.
- Yo pensé que había un solo mundo. ¿y vos querés ser monja para ir al Tercer Mundo?
- Sí.
- ¿Y dónde es?

En lugares como África. Hay Primer Mundo y Tercer Mundo. Lo que no hay es Segundo Mundo.

Carmen parece evaluar la información. No le interesa lo que ella llama los datos estúpidos que después le ocupan la memoria que ella necesita para otras cosas.

- Querés ir a África-dice.

Toda la semana pensé contarle a Carmen que quería ser monja y ahora que lo hice me siento estúpida.

Le pido los remos.

Carmen se queda esperando que le conteste y se da cuenta de que ya no voy a decir nada más. Se pone a cantar:

- Ay marinero, marinero,
quién te enseñó a nadar,
marinero, fueron las olas del río,
fueron las olas del mar.

Siento en las palmas de las manos el ardor del roce de los remos. Mañana voy a tener dos ampollas rojas, llenas de agua. Marito tiene callos. Cuando digo piedra y él dice papel, me envuelve la mano con su mano callosa.

- No sé si quiero ser monja.

La cara de Carmen se abre en una sonrisa.

- ¿Por qué mejor no buscamos otra excusa para viajar?
Vayamos a Salvador de Bahía-dice-, la de la canción.

Detrás de los sauces se empieza a vislumbrar el techo de la casa de la húngara.

La casa de la húngara quedaba al final del canal en una punta de tierra desde la que se veía a la noche la ciudad iluminada. Frente a la casa, cruzando el canal, había un banco de juncos donde los isleños trabajaban en enero para cortarlos y almacenarlos, y donde, en los atardeceres de verano Carmen y yo íbamos a ver salir la luna llena.

Nuestra excursión fue en la época de las madre selvas. Apenas nos metimos en el riacho donde la húngara atracaba su barco, nos envolvió el perfume dulce de las flores. Atamos el bote a la baranda del muellecito. Las chicharras cantaban en el aire quieto. La casa, construida sobre pilotes y rodeada de una galería techada, parecía flotar en el calor. Nos acercamos y subimos los escalones con cuidado. Sabíamos que si el Tordo nos veía se iba a enojar.

Carmen conocía la distribución de los cuartos porque había empezado a ir algunas tardes a limpiar la casa para ganarse unos pesos. Decía que la húngara tenía muchos libros y una foto de sus padres en blanco y negro en una plaza con palomas que no era Plaza de Mayo y que había que dejar la foto siempre de la misma manera y ponerle delante un florerito de flores frescas.

Yo tenía muchas ganas de conocer la casa y de ver el retrato, pero Carmen iba durante la semana y yo iba a tener que esperar a las vacaciones para acompañarla.

Me guió hacia la ventana de la húngara. Espió primero, y se dio vuelta para mirarme, con el dedo índice sobre los

labios, los ojos fascinados con los que había visto. Me hizo seña de que me acercara. Un gemido llegó a mis oídos con nitidez. Sentí un nudo en el estómago: lo único que nos ocultaba de la mirada del Tordo y de la húngara era el mosquitero y la sombra tibia del techo de la galería. Carmen se apretó contra la pared y volvió a asomar la cabeza para mirar. Yo, también contra la pared pero detrás de Carmen y fuera de la abertura de la ventana, ni siquiera me atrevía a moverme. Ella se dio vuelta otra vez. Como yo seguía inmóvil, se agacho y caminó en cuatro patas hasta el otro lado de la ventana para cederme su lugar. Una vez del otro lado me hizo seña para que me asomara.

El cuerpo desnudo de la húngara estaba de frente a la ventana, la cabeza echada hacia atrás y la boca un poco abierta en una expresión rara, que parecía de dolor. Aunque tenía los ojos cerrados volvía a apretarme contra la pared con el corazón al galope. Me asomé otra vez. El Tordo, debajo de la húngara, estaba hablando ahora entre dientes y ella tomó aire de golpe como si hubiera restado ahogándose. El respaldo de la cama estaba cerca de la ventana. Un ropero con un espejo en la puerta reflejaba la espalda de la húngara, amplia y muy blanca, que se angostaba en la cintura para abrirse otra vez en los glúteos inmensos donde los dedos del Tordo, en abanico, se clavaban en la carne como si fueran a lastimarla. Algo golpeaba contra la pared. El ruido metálico era como la música que movía a la húngara y ella parecía muy lejos de allí, en otro mundo. El pelo rubio se le pegaba a la cara y a la piel mojada de transpiración. Cuando su grito ronco se

mezcló con el gruñido del Tordo, yo tuve una sensación nueva y dolorosa entre las piernas.

- Puta – dijo el Tordo.

Y lo repitió varias veces, cada vez más suave como si lo fuera convirtiendo en una caricia. Se hizo un silencio. La húngara se tapó la cara con las manos y se echó sobre el Tordo. Estaba llorando.

Los sollozos se mezclaban con la voz del Tordo, una voz tan dulce que parecía venir de un hombre distinto al que yo conocía, y poco a poco la húngara dejó de llorar y se quedaron abrazados en silencio. Fue en ese silencio que siguió al llanto de la húngara que Carmen sintió la mordida del tábano. Después me discutió apenas se había movido para ahuyentarlo, pero oí con claridad el cachetazo que dio para matarlo. La húngara también lo oyó. Se sentó de golpe.

- Tu sobrinita y su amiga nos están espiando – dijo.

No esperamos la reacción del Tordo. Salimos corriendo hacia el bote como si el mismo diablo estuviera siguiéndonos.

Las cosas no anduvieron tan mal para mí como para Carmen. Por temas laborales del papá no fuimos el fin de semana siguiente, no volví a ver al Tordo por dos semanas, y entonces ya había pasado suficiente tiempo para no tenerle miedo. Carmen, sin embargo, sufrió represalias. Su tío dejó de hablarle y ella empezó a temer que la relación se hubiera roto para siempre. Para colmo, doña Ángela, que no dejaba pasar nunca más de cinco días sin hacerle alguno de sus platos favoritos, la tenía a dieta de coliflor y espinacas, que eran las verduras que Carmen más odiaba en el mundo.

Yo quise convencerla de que la dieta era una coincidencia, pero Carmen sabía reconocer las opiniones de su abuela. No creía que el Tordo le hubiera contado nada, pero doña Ángela tenía un claro sentido de las jerarquías: si el Tordo no hablaba con Carmen, ella no precisaba averiguar que había pasado para tomar partido por él y colaborar con la penitencia.

La noche del primer sábado en que volví a la isla, Carmen y yo nos acostamos en el muelle a contar estrellas fugaces.

- ¿La viste a la húngara cuando salió de la casa? – dijo Carmen.

La imagen del cuerpo desnudo de la húngara recortado en el vano de la puerta con los brazos cruzados me volvió a la mente.

- Es verdad que parece una vikinga – dije.

Un pez saltó en la oscuridad.

- La húngara no se largó a llorar porque él le dijo puta – dijo Carmen.

- Ya sé.

A ella, como a mí, debía de haberle tomado varios días poder llegar esa conclusión.

- ¿Cómo será estar enamorada? – dije.

Carmen, que siempre tenía una respuesta para todo, se quedó callada.

- Cuando te enamoras es que querés muchísimo a alguien – dijo finalmente - . Y eso es cuando sabés que el mundo no sería el mismo sin esa persona.

Pensé que el mundo no podía ser el mismo sin ella o sin Marito y me puse a pensar quien más me importaba tanto, pero sonó la campana que tocaban en mi casa cuando estaba la comida.

La pelea del Tordo y Chico fue ese domingo a la tarde. Hacia mucho calor y soplaban viento norte. A la mañana mamá había dicho que en días así encerraban a los locos y los hacía mirar verde. El río estaba muy bajo y había un olor fuerte a barro, a óxido, a plantas y peces medios podridos: el olor del río cuando las orillas se vacían y queda el barro al sol, con su vapor nauseabundo.

Carmen y yo habíamos terminado nuestra casita en el árbol a media mañana y habíamos invitado a Marito a festejar con unas rodajas de sandía. Vimos al Tordo bajar de la chata que lo había llevado al Tigre y entrar a la casa. En un día distinto nos habríamos dado cuenta que venía furioso, pero nos distrajo Virulana, el de la lancha almacén, que pasó río abajo y saludó con su silbato.

Chico se había metido en el cañaveral a cortar unas cañas para arreglar el cerco de uno de los vecinos de enfrente y,

según le dijo después a Marito, el Tordo salió de la casa hecho una tromba y entró a buscarlo para pegarle sin darle la mínima oportunidad de explicar nada. Nunca supimos quien le contó al Tordo que la húngara había venido a buscar a Chico esa mañana cuando él estaba en el Tigre y tampoco supimos si Chico había hecho algo con ella que le hiciera merecedor de la paliza, porque él juraba que ella le había pagado unos pesos para levantar la glicina que se había caído y que él no le había tocado un pelo, el Tordo no le creyó. Cuando entramos al cañaveral, lo había tirado al piso, estaba arrodillado a su lado retorciéndole un brazo para que no pudiera moverse y le olfateaba la cara y el cuello como un perro.

La piña primera fue un golpe seco en la cara. Chico gritó de dolor. El Tordo se apartó de él, le pateo las costillas. El cuerpo de Chico saltó un poco en el aire y después se encogió y con patadas se arqueaba y volvía a encogerse. Los golpes tenían un sonido extraño, imposible de olvidar. Por un momento pareció que el Tordo iba a matar a golpes a su hermano. De pronto se detuvo y quedó mirándolo como si estuviera pensando a donde le iba a pegar ahora. Chico se sentó y se agarró la cara con las dos manos. Yo nunca antes había visto a un hombre pegarle a otro.

- La glicina estaba caída en el piso – dijo Chico sin sacarse la mano de la cara.

El Tordo se dio media vuelta y se adentró en el cañaveral a grandes trancos.

- Por una puta de mierda – dijo Chico en voz muy baja. Le sangraba la nariz. Se paró y pensé que iba a irse detrás del Tordo pero se fue para la casa. Carmen, Marito y yo

no podíamos movernos. El viento golpeaba las cañas unas contra otras.

- ¿Por qué lo oía? – dije a la noche, sentada en el muelle junto a Carmen.

Carmen no contestó. Era una noche muy negra y quieta y sólo llegaba a rachas la música del grabador de mamá.

Oímos el golpe de alguien saltando dentro del bote y el ruido metálico de los toletes. La silueta del bote se desprendió de tierra firme y los remos chapotearon en el agua.

- ¿Quién va? – dijo Carmen.

Le respondió un silencio y los remos contra el agua.

- ¿Tordo? -

- Váyanse a la cama que es tarde – dijo la voz del Tordo en la oscuridad.

El bote se alejó río abajo, el ruido de los toletes y de las palas de los remos contra el agua se hizo cada vez más distante hasta desaparecer.

- Va a lo de la húngara – dijo Carmen. En la isla de enfrente, las estrellas se caían detrás de la silueta de los árboles-. Espero que no la mate, porque va a ir preso.

Esa noche soñé que unos hombres me perseguían con cuchillos. En el sueño, Carmen me contaba que la húngara estaba muerta, que su tío la había matado a tarascones.

El viernes siguiente a la pelea, cuando llegué a la isla, Carmen me esperaba en el muelle.

- Mi tío se fue a Santiago el lunes – me dijo sin darme tiempo ni siquiera de entrar mi bolso a la casa.

Doña Ángela tenía dos hijos en Santiago: Silvio y Angélico. Angélico criaba chanchos y cada tanto mandaba tanta cantidad de chorizos que doña Ángela tenía que darle algunos a Virulana para que se los vendiera con la lancha. Angélico los hacía con un grupo de amigos de distintas provincias – todos parranderos y borrachos, según doña Ángela- que lo iban a visitar una o dos veces por año y se instalan varios días en su casa hasta que terminan de hacer todos los chorizos y morcillas que había que hacer. El problema, me había contado Carmen, era que la pasaban tan bien que cuando se les terminaban los chanchos salían a buscar otros por ahí y más de una vez terminaban presos o en el hospital por las peleas con los vecinos. El Tordo hacía un par de viajes en el año para visitar a sus hermanos, pero esta vez no había dicho ni una palabra acerca de estar planeando un viaje a Santiago. Según Carmen, la repentina decisión de viajar era muy sospechosa.

Me había pasado el brazo sobre los hombros y ahora bajó la voz.

-¿Sabés que nadie vio pasar a la húngara de vuelta a la ciudad?

Ayudé a entrar las cosas y nos internamos en el cañaveral. El aire ahí adentro estaba frío y olía a humedad.

- Es muy difícil lograr el crimen perfecto – dijo Carmen -. Tenemos que investigar.

La naturalidad con que Carmen parecía asumir que su tío era capaz de matar a alguien nunca me llamó la atención; nuestra única tarea pasó a ser investigar lo que había pasado y me entregué una vez más a sus órdenes.

Era tarde para ir a lo de la húngara ese mismo día, así que decidimos ir al día siguiente, pero, mientras esperábamos la hora de la cena, nos sentamos en el bote y nos dedicamos a imaginar la muerte de la húngara.

Carmen la imaginó estrangulada.

- El brazo le cuelga para afuera de la cama con la mano abierta; los dedos ya se le estaban poniendo azules. Él ni siquiera le cerró los ojos antes de irse – dijo con la voz monocorde de las adivinas - . Algún día, en Santiago, se va a dar cuenta de lo que hizo y se va a emborrachar.

Carmen pensaba que las personas grandes tomaban alcohol para evitar las tristezas y decía que ella, cuando estuviese triste, no iba a tomar porque quería llegar alguna vez al fondo de la tristeza. Oyéndola, esa tristeza parecía un lugar real, como el fondo de un arroyo que salía del Desaguadero adonde siempre tratábamos de llegar pero nunca podíamos.

Seguramente influenciada por mi pesadilla, yo imaginé a la húngara acuchillada. Imaginarla muerta me hacía sentir un vacío en el estómago. Nos excitaba hablar de la muerte, pero de una cosa estábamos las dos seguras: el Tordo se iba a arrepentir.

No conté nada de todo esto en casa. Tenía la impresión de que mamá era capaz de darse cuenta de todo lo que yo trataba de ocultarle, así que, antes de que sospechara algo, dije que me dolía el estómago y me fui a la cama sin comer. Si el Tordo había matado realmente a la húngara, mamá era muy capaz de llamar a la policía ella misma. En mi cama, antes de dormirme, traté de imaginar si sería capaz de mentirle a la policía. No era buena mintiendo. “A explicación no pedida, acusación manifiesta”, decía mamá. Yo daba demasiadas explicaciones cuando estaba tratando de ocultar algo y siempre me descubrían, así que optaba por decir la verdad casi siempre.

Durante toda esa tarde unas nubes gordas de tormenta se habían juntado en el cielo y al día siguiente, a la hora de nuestra excursión a lo de la húngara, la lluvia era inminente. Apenas la casa se vislumbró entre los árboles, sentí que estaba viviendo la misma experiencia por segunda vez. La imagen de los besos sobre los libros había sido reemplazada por una mucho más brutal. El cuerpo blanco de la húngara, su llanto, se habían vuelto una especie de obsesión para mí y ahora, mientras el bote entraba en el canal, lo que había visto se me mezclaba con la sensación de la muerte y todo me parecía una misma cosa.

Cuando desembarcamos en el jardín de la húngara, el día se oscureció de golpe, un viento helado movió las copas de los árboles. Los verdes del jardín se habían vuelto sobrenaturales y las flores blancas del jazmín del país brillaban contra el cielo plomizo como si tuviera luz propia.

Carmen tenía las llaves de la casa y entramos por la puerta de la cocina. Afuera, el viento seguía soplando y una ventana o un postigo se golpeaba en alguna parte de la casa. Un trueno nos hizo saltar de susto y la casa se llenó de olor a tierra. La lluvia fuerte se largó de golpe con un ruido ensordecedor.

La cama de la húngara estaba deshecha y sobre las sábanas revueltas había pinocha que el viento habría traído volando por la ventana abierta. La puerta del ropero estaba entornada y un vestido de flores rosadas se había caído sobre los zapatos y sobresalía hacia el piso de la habitación.

Carmen cerró la ventana, miró bajo la cama, sacó las sábanas y las puso sobre unas sillas.

-No hay rastros de sangre- dijo y colgó el vestido.

Recorrimos la casa. En el living, el florerito frente al retrato se había volcado y el agua y las flores estaban desparramadas sobre el charco.

- Esto es de recién – dijo Carmen.

Iba arreglando todo como seguramente hacía cada vez que iba a esa casa durante la semana y yo la seguía, atenta a cualquier ruido y sintiéndome un poco inútil. El padre de la húngara parado entre las palomas con un sobretodo colgado del brazo, tenía cejas espesas y el pelo muy corto. La cabeza un poco echada hacia atrás y su boca demasiado chiquita para el tamaño de su mandíbula me convencieron de que era un hombre lleno de desprecio hacia el mundo, hasta cruel. La madre de la húngara con su peinado de los años cuarenta, su sombrero ladeado y sus ojos juntos, tenía un aire de ratita perseguida. Se lo dije a Carmen.

- Las apariencias engañan – dijo ella.

De espaldas al retrato sentía que nos miraban. Un golpe en el techo hizo que apretara con fuerza el brazo de Carmen.

- Se debe de haber caído una rama – dijo ella.

Sonaba tranquila, pero agarró de la mano y recorrimos el resto de la casa así, muy juntas, y con las manos agarradas. En el cuartito del motor, Carmen me soltó y se llevó el dedo a los labios. Yo solté un gemido muy cortito. Ella me miró, pero no dijo nada. Volvió a agarrarme de la mano. Creo que en otra situación me habría pedido que la esperara en el bote. No tenía mucha paciencia con mi cobardía.

La tormenta estaba parando cuando recorrimos la parte de abajo de la casa, un lugar oscuro debajo del porche donde encontramos un balde sin manija y algunas botellas vacías. Carmen me había hecho dejar las zapatillas bajo techo y el barro frío se me metía entre los dedos. Las gotas sonaban en los charcos, en las hojas, en las maderas sobre nuestras cabezas. El mundo había empezado a secarse y nosotros buscábamos las pistas de un crimen. No sé que esperábamos encontrar – era Carmen la que supuestamente sabía lo que estábamos haciendo -, pero un rato después decidió que nos fuéramos a la cocina a tomarnos unos mates.

- Para planear nuestros próximos pasos – dijo.

La carta estaba sobre la mesada de la cocina, bajo el tarro de azúcar.

Estaba escrita con una lapicera de tinta negra y tenía abrochado por el reverso varios billetes. Era para Carmen.

Carmencita: te dejo pago lo del mes que viene. Cerrá bien la casa y no te olvides de renovar las flores todas las semanas, yo no voy a venir por un tiempo pero confío en que mantendrás la casa tan bien como hasta ahora. Cariños, la firma de la húngara era ilegible, en parte por la letra y en parte porque estaba escrita con lo que parecía la última gota de tinta.

Carmen la examinó con atención.

- Muy sospechosa – dijo -, nunca antes me había dicho nada de mi trabajo.

- ¿Y? ¿Eso que tiene de sospechoso?

- La gente no se vuelve así de generosa así de repente.

A mi la carta me parecía normal y habría dejado de pensar cosas raras si no hubiera sido por la insistencia de Carmen.

- Esta carta puede haberla escrito mi tío perfectamente – dijo cuando remábamos de vuelta en el bote.

Durante gran parte del trecho de vuelta, fuimos en silencio. Yo pensaba si doña Ángela sería capaz de reconocer la letra de su hijo, si había alguna manera de mostrarle la carta sin despertar sospechas, tal vez tuviéramos que mostrarles algunas líneas para que no hiciera demasiadas preguntas. Doña Ángela no era una persona curiosa pero no había manera de saber como reaccionaría. Siempre tenía miedo de que la gente que iba los fines de semana dejara de ir y abandonara las casas. Así como estaba todo, decía, la plata apenas alcanzaba y ella no podía sumar a todas sus preocupaciones la de temer que sus clientes, como los llamaba ella, se olvidaran de pagarle o se decidieran a vender sus casas si no las iban a usar. Si le mostrábamos la carta, iba a angustiarse.

Estaba por compartir mis preocupaciones con Carmen cuando, unos cien metros antes de la punta de la isla del medio, una lancha arrancó de golpe y vimos la cabecita de un perro que nadaba en el lugar donde había estado la lancha.

- Qué hijos de puta, lo tiraron al río – dijo Carmen, y empezó a remar con fuerza en dirección al perro.

Doña Ángela nos había hablado de las personas de la ciudad que abandonaban a sus perros tirándolos en el medio del río, y uno de los perros de Virulana había aparecido en el muelle una mañana de Navidad, tan flaco y exhausto de nadar que lo habían bautizado con el nombre de Lázaro. Pero ver la lancha que se alejaba y

dejaba detrás la cabecita negra y blanca del que fue después nuestro perro nos indigno como pocas cosas como pocas cosas nos habían indignado en nuestra vida. La curiosidad por el destino de la húngara se vio opacada por la impaciencia de rescatar al perro que nadaba en círculos, desorientado, con una torpeza que ya desde lejos nos hizo sospechar desde lejos que se trataba de un cachorro.

Apenas nos acercamos nadó hacia nosotros y se golpeó contra el costado del bote. Pegaba unos ladriditos roncocos y rasguñaba la madera para subirse. Carmen soltó los remos y entre las dos lo alzamos para subirlo. Una vez parado adentro se sacudió el agua con poco entusiasmo y se encogió contra el piso moviendo apenas la cola como si no supiera muy bien que sentir o que hacer. Gemía despacito cuando lo bajamos en el muelle y recién entonces pareció calmarse. Yo nunca había visto un cachorro tan lindo como ese.

- Es el cachorro más lindo que vi en mi vida – dijo Marito, que había venido corriendo cuando nos vio llegar.

- Se llama Bartolo – dijo Carmen.

Y en verdad era como si hubiera traído el nombre escrito en una de las manchas negras del lomo. No podía llamarse de otro modo. Cuando lo Carmen lo bautizó, el cachorro se acercó y se apoyó contra su pierna. Ella lo rascó detrás de las orejas.

- Debe de tener hambre – dijo -, vamos a cocinarle algo.

Íbamos hacia la casa cuando apareció Lucio con su andar bamboleante, caminó hacia nosotros y se despachó con una perorata en su idioma, un tirón de emes y eles con muy pocas vocales que desesperaba a Carmen pero

lograba comunicar todo lo que él necesitaba. A todos nos pareció que esta vez era un discurso de bienvenida y Bartolo lo recibió moviendo la cola con entusiasmo.

- Bar – to – lo – dijo Carmen que aprovechaba todas las oportunidades que tenía para tratar de hacer hablar a Lucio.

Lucio la miró como la miraba siempre que ella separaba las palabras en sílabas, era una mirada inteligente y un poco burlona. Suspiró.

- Bartolo – dijo.

Marito soltó una risotada, él siempre decía que Lucio sabía hablar perfectamente y que no lo hacía porque había a demostrar una teoría que iba a desarrollar cuando creciera, algo que, según Marito, tenía que ver con la verdadera comunicación, que era casi por ósmosis.

Carmen abrazó a Lucio y la recompensó con otro breve discurso de emes y eles como para dejar bien claro que el hecho de que él pudiera decir “Bartolo”, con la “erre” perfecta y todo, no significaba que estuviera dispuesto a hablar. Tampoco significaba que fuera a dejar de llamarla mamá, por más que ella le mostrara una y otra vez la foto de su madre y le repitiera que ella no era su mamá. Al final del discurso Lucio le agarró la cara entre las manos.

- Mamá – le dijo y le besó la nariz.

Marito y yo nos reímos.

- Vamos, Bartolo – dijo Carmen -, me parece que va a ser más fácil hacerte hablar a vos que a este cabezadura.

Y nos metimos en la cocina a cocinarle un guiso a nuestro nuevo perro.

Desde ese día Lucio y Bartolo se volvieron inseparables. Para encontrar a Lucio bastaba con llamar a Bartolo y seguir la dirección de los ladridos, y cuando se internaban en la parte de atrás de la isla era cuestión de esperar hasta ver a Bartolo, que avanzaba a los brincos y aparecía y desaparecía por sobre los pastos altos como una liebre gigante. Lucio lo seguía blandiendo hacia un lado y hacia otro una caña que le había cortado el Tordo y que él usaba como si fuera un machete.

Ese invierno Marito había empezado, un poco prematuramente según nosotras, lo que él llamaba la educación de Lucio, que era la misma que él había recibido del Tordo. Como todavía era un poco temprano para enseñarle a leer y a escribir, había empezado por las primeras clases de pesca y natación, y tenía proyectadas las clases de escritura para el año siguiente. Marito tenía mucha ansiedad por enseñarle a su hermanito a leer y a escribir. Había empezado a leerle desde que Lucio tenía menos de un año. Con la llegada de Bartolo tuvo que incorporar un nuevo alumno a las clases. Desde la mañana temprano los tres se subían al bote, remaban hasta la isla del medio y se ataban a la rama que emergía de un árbol caído en la punta de la isla. Al rato Lucio y Bartolo estaban instalados en la popa con la mirada fija en la boyita roja mientras Marito leía en voz alta. De pronto un pique los alborotaba a los tres: Bartolo ladraba y corría de una punta a la otra del bote, Lucio empezaba a los gritos, Marito soltaba el libro, que iba a parar al fondo

del casco, y el bote se bamboleaba como una nuez; con tanto movimiento y tanto grito no había nadie en todo el canal que no se enterara de que Lucio había tenido un pique, y lo insólito era que no terminaran los tres en el agua.

Durante la semana, cuando Marito y Carmen se iban a la ciudad a sus clases, Lucio se quedaba con doña Ángela. Según ella, él y Bartolo se pasaban el día entero sentados en el muelle mirando hacia donde, a las seis de la tarde, aparecía la lancha colectiva que traía de vuelta a Marito y a Carmen, como si la vida se detuviera cuando sus hermanos no estaban y empezara otra vez todas las tardes cuando volvían. Creo que fue por eso que ninguno de los dos quiso vivir en la ciudad hasta que no les quedó más remedio.

Un domingo a la mañana, Marito vino a hablar con papá. Supe que venía con alguna misión importante cuando lo vi aparecer al mediodía recién bañado y vestido con su mejor pantalón. Papá y mamá estaban en el muelle tomando un copetín y yo me había acercado a llorar un plato de quesitos y aceitunas para llevar al cañaveral, donde Carmen me estaba contando una historia de amor entre dos de sus compañeros de clase.

Cuando vi llegar a Marito me senté a escuchar. Él ni me miró, como si estuviera haciendo un esfuerzo por no perder la concentración. Se paró frente a papá.

- Necesito hablarle de algo – dijo.

Papá le hizo ademán de que se sentara. Marito no se movió. Se había parado frente a él con los brazos a los costados del cuerpo y hasta parecía que estuviera conteniendo la respiración.

- Quiero prepararme para ingresar a la Universidad Tecnológica Nacional – dijo.

Papá se quedó en silencio.

- Quiero buscar un trabajo para pagar mis estudios y un lugar donde vivir, pero hasta que lo encuentre le quería pedir que me ayudara.

Marito miraba a papá a los ojos y dijo todo de un tirón, casi sin respirar.

Papá miró a mamá.

- Tendríamos que pensarlos tranquilos – dijo.

Marito se quedó parado donde estaba.

- Con tiempo – dijo papá.

Marito no se movió.

- Durante la semana.

- Esta semana se termina la inscripción – dijo Marito.

- No deberías haber esperado tan hasta último momento – dijo mamá.

No esperé hasta último momento. Mi papá me aseguró que me iba a conseguir un trabajo, pero hace dos semanas que desapareció.

- ¿Cómo que desapareció? – dijo mamá.

Papá la miro con reprobación. Todos sabíamos que el papá de los chicos tomaba y que se le daba por desaparecer.

- Tal vez tuvo que viajar – dijo Marito con una voz que casi no se le oyó.

Asentí para darle fuerzas. Papá se echó hacia atrás en la silla con un suspiro y tomó un trago de su gintonic. Los hielos se golpearon contra el vidrio. Mamá pinchó un quesito y empezó a girar el palillo como si no tuviera

intenciones de comer. Ninguno de los dos miraba a Marito.

- Yo lo voy a ayudar con mi semanalidad – dije.

Me pareció que Marito iba a decir algo, pero sólo me miró. No pude descifrar su mirada.

- Veo que ustedes dos ya hablaron de este tema – dijo mamá.

- No, Alma no sabía que yo les iba a pedir ayuda – dijo Marito.

Papá miró su reloj.

- Ya va a estar el almuerzo – dijo - . Esta noche te damos una contestación.

Marito se quedó un momento más y después se fue. Corrí detrás de él. Lo alcancé antes de que cruzara a su casa. Él ya había puesto un pie en el tablón y le toqué el brazo. Se dio vuelta. El sol que pasaba entre las cañas le dibujaba luces y sombras en la cara. Tenía los ojos brillantes.

- Seguro que te van a decir que sí. Lo que pasa es que siempre discuten los gastos y de quién es la plata y eso – dije.

Pensé que Marito tenía ganas de largarse a llorar.

- Ni siquiera tengo algo que pueda vender – dijo.

- Te van a decir que sí, Marito – insistí.

No soné tan convencida como me habría gustado. Él se dio media vuelta y se fue corriendo.

Durante el almuerzo, mamá y papá hablaron de cualquier otra cosa y cuando yo les pregunté qué iban a hacer me dijeron que tenían que pensarlo. Más tarde, mientras tomaban café en el living de verano, un cuartito con ventanas de mosquitero que estaba a la sombra de los robles y que en verano era siempre fresco, los oí hablar

del tema. Me senté bajo la casa para escuchar la conversación, pero sólo llegaba de a ratos, cuando alguno de los dos levantaba la voz o cuando las chicharras se callaban todas a la vez. Papá parecía dispuesto a darle la plata a Marito. No parecía muy entusiasmado, pero, por algunas frases sueltas que le escuché, deduje que estaba a punto de ceder. Era mamá la que no quería saber nada. Como siempre que discutían, su voz iba subiendo de volumen y la de papá se volvía cada vez más baja. Yo nunca me enteraba de los argumentos que usaba él al final de las discusiones; mamá terminaba gritando y todo lo que decía, recriminaciones de cosas que le había hecho papá en el pasado, se parecía mucho aun cuando los temas fueran distintos.

- Tampoco podemos hacernos cargo de él como si fuera hijo nuestro – dijo mamá ahora.

Corrí hasta el living y me paré frente a ellos. Me faltaba el aire.

- Marito es un genio, sabe un montón de cosas, todo lo que lee se lo acuerda – dije -. Ninguno de mis amigos tiene tantas ganas de estudiar como él.

Papá apoyó la taza de café sobre la mesa y me miró de una manera rara.

- Siempre me ayuda con los deberes – dije.

- Ya sé, Alma – dijo papá.

- El tema es de cuánta plata mensual estamos hablando – dijo mamá -. Nosotros no somos ricos.

Yo nunca me había puesto a pensar en eso, pero sabía que éramos más ricos que doña Ángela y que el Tordo, y hasta más ricos que Virulana. Mamá no trabajaba, teníamos esa casa y un departamento en Buenos Aires.

Yo iba al colegio en un ómnibus que era sólo para las del colegio. Todo eso pensé antes de que papá se levantara del sillón.

- Voy a meditar – dijo, así le llama él a dormir la siesta.

- ¿Lo van a ayudar?

- Y... no sé si vamos a poder zafar – dijo papá.

- Y después va a venir la hermanita y dentro de diez años el hermanito – dijo mamá.

- No cruces los puentes hasta llegar a ellos – dijo papá.

Era la frase favorita de mi abuelo, y según mamá mi abuelo se había estrellado siempre contra las cosas por no prevenirlas. Se encogió de hombros ahora.

- Hací como quieras. Está visto que yo no tengo ningún peso en este tipo de decisiones – dijo -. Como si la plata fuera tuya – agregó en voz más baja.

Y lo siguió hasta el cuarto. La discusión había llegado al punto donde parecía llegar todas las discusiones de plata entre papá y mamá.

Esa tarde, cuando nos preparábamos para irnos, vimos a Marito parado en su muelle con un bolso. Estaba vestido con una camisa blanca planchada y los pantalones azules que se había comprado a principio de ese año para una entrega de premios en su colegio.

- ¿Qué estás haciendo? – grité de muelle a muelle.

Sabía la respuesta, pero escucharla me hizo sentir un vacío en el estómago.

- Espero la colectiva – dijo Marito.

Desde la casa se escuchó la voz de mamá que llamaba a papá para que desconectar algo del motor de luz.

- Pero qué te vas a volver en colectiva – dijo papá -. Vení que te llevamos.

Marito no se movió. Desde el San Antonio se escuchaba el ruido de la colectiva para tomar el canal.

- Sostené la lancha que voy a ayudar a tu madre – dijo papá.

Yo quería correr al muelle para pedirle a Marito que viniera con nosotros, pero me subí a sostener la lancha.

- Dale, vení y jugamos a los campeones de esquí – dije.

La colectiva paró en el primer muelle de la isla de enfrente. Até una defensa al costado de la lancha para que no se golpeará contra el muelle, bajé y corrí hasta lo de doña Ángela.

Mientras cruzaba el puentecito vi a Lucio y a Bartolo, que también corrían hacia el muelle. Cuando llegué, Lucio estaba abrazado a las piernas de Marito y le pedía que no se fuera.

- Si me abrazo a tus rodillas ¿venís en la lancha con nosotros? – dije.

Marito agachó para alzar a Lucio.

- Me tengo que ir, negrito. Vos cuidá bien a la abuela – dijo y bajándolo me miró un momento en silencio a los ojos -. Estás loca – dijo, levantó el bolso y me siguió hasta nuestro muelle.

Papá estaba acomodando un canasto con hortensias en la lancha.

- Marito viene con nosotros – dije y me habría gustado agregar algo, pero no supe bien qué. De chico, cuando Marito tenía que volver a la ciudad, sólo tenía que aparecer en el muelle y subirse a la lancha. Hubiera dicho eso, pero supuse que estaba de más.

- Pero claro, cómo te vas a ir en colectiva – dijo papá.

- Mirá que elegante estás – dijo mamá que traía una lámpara de pie que necesitaba arreglar.

- Deme – dijo Marito y le sacó la lámpara de las manos.

Mamá había hecho un bollo suelto con el cable y lo seguía teniendo agarrado como si no supiera qué hacer con él. Marito apoyó la lámpara en el muelle, desarmó el bollo, lo enroscó con rapidez y sacó de su bolsillo una gomita con la que ajustó el cable para que no se desarmara. Después cargó la lámpara en la lancha, tenía un modo de moverse entre la lancha y el muelle que no sabría describir, pero los movimientos que a todos nos hacían tambalear a él jamás lo sacaban de su eje, como si para él todo hubiera sido tierra firme.

Nos subimos a la lancha y él soltó el cabo y se subió último. A pesar de que le había hecho un lugar a mi lado en el respaldo del segundo asiento, se sentó atrás, sobre

la caja del motor. Cuando lo miré para hacerle una seña de que viniera adelante, estaba girado hacia atrás, despidiéndose de Lucio.

Cuando éramos chicos, habíamos vuelto juntos a la ciudad varias veces. Parados en el espacio que había entre el asiendo de adelante y la popa, aferrados aun cabo para jugar a que estábamos esquiando, Marito hacía unas imitaciones de los campeones de figuras en esquí. El agua que levantaba el caso de la lancha cuando cruzaba las olas de los barcos grandes nos empapaba y Marito levantaba una pierna o agarraba la soga con los dientes y enroscaba los brazos alrededor del cuerpo. El show terminaba siempre igual: él inventaba una contorsión muy ridícula y me miraba desolado, como si no supiera la manera de desarmarla. Me hacía reír mucho. Apenas dimos vuelta a la punta de la isla, le pedí otra vez que se sentara a mi lado.

- Sí, sentate al lado de Alma, que hoy va a haber tráfico. Te vas a mojar ahí atrás – dijo papá.

Y Marito se sentó a mi lado, su brazo contra el mío, nuestras piernas una junto a la otra, todo a lo largo. Papá aceleró. El viento nos iba llenando los ojos de lágrimas que se despegaban de los ojos, corrían hacia atrás por la cara helada, se perdían en el pelo, se metían en las orejas. El brazo tibio de Marito rozaba el mío; sus zapatos, junto a mis zapatillas sucias de barro, brillaban, fuera de lugar, obedientes. Su nuca descubierta tenía el piquito de pelo perfecto que, nos había dicho doña Ángela, era la señal de que detrás de él nacería un varón.

- ¿Venís hasta el club o te dejamos en el muelle de la guardería? – dijo papá, gritando por sobre el ruido del motor.

- Como le venga mejor a usted – dijo Marito.

La guardería quedaba a cinco minutos del club. Papá atracó en el muelle.

- ¿Lo van a ayudar? – dije cuando Marito se estaba bajando.

- No te preocupes – dijo Marito-. Papá me consiguió un trabajo.

- Hablamos el fin de semana que viene – dijo papá-. Pero contá con nosotros.

- Alguna ayuda te vamos a dar – dijo mamá y el tono de bondad en su voz me desagradó más que su dureza del mediodía.

Marito asintió con la cabeza. Ya era tarde para decirle eso.

- ¡Suerte en el trabajo! – grité.

Y lo miré alejarse con la absurda sensación de que me daba la espalda para siempre.

Todos los meses desde que desapareció la húngara, el Tordo le traía a Carmen una carta casi idéntica a la que habíamos encontrado bajo el tarro de azúcar. Abrochado a la carta venía el sueldo del mes y como posdata, subrayada, la recomendación de no olvidarse de las flores a su padre. Yo me preguntaba para qué había puesto una foto del padre con la madre si después la iba a hacer como si le pusiera flores sólo al padre, pero a la vez entendía perfectamente que la húngara no tuviera ganas de ponerle flores a la señora con la cara de ratita.

- Tal vez ni siquiera sea la madre – dije un día mientras remábamos hacia lo de la húngara para poner una hortensia recién cortada en el florero frente a la foto.

- Es la madre – dijo Carmen -. Un hombre con esa cara no se casa dos veces.

Y no hubo manera de que me contestara cómo era la cara de los hombres que se casan más de una vez. Tampoco pude imaginarme dónde había visto ella tantos hombres como para llegar a esa conclusión.

Cada tanto Carmen volvía a la hipótesis del crimen. Le seguía pareciendo sospechoso que las cartas las trajera su tío y que la húngara no hubiera vuelto nunca más a la isla. En sus arranques de suspicacia, hacíamos nuevas excursiones en busca de pruebas, de algo que hubiéramos pasado por alto. A Carmen le gustaba ponerse el vestido de flores rosadas y sentarse en la cama de la húngara con la teoría de que la luna del espejo, al verla vestida así, le iba a transmitir algo. A mi la idea de

que el espejo reflejara algo que no fuera lo que me rodeaba me parecía aterradora, y durante esas sesiones me sentaba en el piso contra la pared y evitaba mirar a Carmen o al espejo. La espada arqueada de la húngara y su mirada de aquella tarde me perseguían. El sol, a través de la cortina de junco, dibujaba rayas en la pared de enfrente y del otro lado de la ventana se escuchaba a veces el ronroneo de las alas de un picaflor que construía su nido colgando de la cenefa de la galería.

Después empezó la recolección de juncos y a Carmen se le pasaron las sospechas por un tiempo o por lo menos no volvió a mencionarlas. Su única preocupación pasó a ser la de pasearse frente a los isleños con la excusa de ayudar. Había tratado de que le dieran permiso para entra al agua con un machete y trabajar a la par de los hombres, pero como no la dejaban tuvo que encontrar otras maneras de ayudarlos.

Los isleños cortaban juncos de un banco en la desembocadura, justo frente a la casa de la húngara, cruzando el canal. Algunas veces, de chica, yo había ido con papá a llevarles tereré o cerveza fría. Recordaba también sus torsos y sus brazos cubiertos de mosquitos hinchados de sangre, el sudor blancuzco que se les metía en los ojos cuando levantaban la cabeza para aceptarme la bebida, el olor a alcohol de Chico y su mirada vidriosa. Hoy en día, esa imagen para mí misma caminando entre ellos rodeada de la nube de mosquitos, blanca, pulcra, con mis aires de princesa generosa y la inevitable condescendencia de tener diez años y estar en esa posición, me da una confusa sensación de vergüenza.

Por distintos motivos los recuerdos de ese verano con Carmen tampoco me hacen del todo feliz. Yo acaba de cumplir catorce años y Carmen ya tenía quince. Mi cuerpo seguía sin hacer grandes progresos mientras que ella se había transformado, y hasta se movía distinto, como si las curvas de su cuerpo le hubieran cambiado la manera de moverse. Preparábamos una heladera con bebidas y remábamos hasta la desembocadura para repartirlas. Cuando llegábamos, Carmen me paraba los remos, se paraba en la popa con la heladera a sus pies y repartía las bebidas. Las servía como si estuviera en la barra de un bar: se reía, sacudía el pelo de un lado al otro, estiraba el cuerpo para alcanzarles los vasos, sus piernas morenas brillantes de transpiración y sus pechos libres bajo la blusa. Yo era testigo de las miradas de deseo de los hombres, de la corriente que creaba ella con sólo moverse entre ellos. Me sentía invisible, profundamente desdichada.

Marito y ella habían empezado a ir a fiestas en el arroyo Felicaria a las que papá y mamá no me dejaban ir. Los domingos a la mañana llegaban en la colectiva de las ocho, muchas veces sin dormir, y yo tenía que escuchar los cuentos de las conquistas de Marito. Según Carmen, todas las chicas estaban enamoradas de él. Mis únicos amigos me estaban dejando atrás.

Durante la semana dibujaba la cara de Marito en mi diario. Lo dibujaba y lo borraba y lo volvía a dibujar y terminaba arrancando las hojas, enojada porque mis dibujos no se parecían a él como me hubiera gustado. Los que me salían bien los pegaba en el diario. Todas las noches miraba una foto donde se lo veía abrazado al

Tordo y mostrando a cámara un dorado que ocupaba el primer plano y que era lo único que estaba en foco. Pero su cara borrosa era lo último que veía yo antes de dormir, y eso me hacía feliz. En la isla me daba cuenta de que no podía seguirlo por todas partes como un perrito faldero, y estaba segura de que todos iban a terminar por darse cuenta si lo miraba frente a otros. Cuando él no estaba, no podía quedarme quieta. Iba de casa a lo de doña Ángela y de lo de doña Ángela a casa, me sentaba en su muelle, después en el mío; después otra vez en el suyo. Si me iba con Carmen a algún lado, solo pensaba en volver. Si él se iba a pescar, me sentaba a mirarlo desde lejos. No sabía si Carmen se daba cuenta de lo que me pasaba. A veces, para torturarme a mí misma, me decía que ella sabía perfectamente lo que yo sentía y que no lo hablaba conmigo para no decirme que era una estupidez, que su hermano nunca se iba a fijar en mí.

Ese invierno, yo también empecé a ir a fiestas. Mamá me llevó a una modista que me cosió una pollera larga de pana azul y una de mis amigas me prestó una blusa tejida con mangas abullonadas.

Entré a la casa donde se hacía la fiesta y me topé con tres de los chicos que desvelaban a mis amigas. Estaban sentados en un sillón a la entrada, como esperando las reverencias de todas las que llegábamos (o así lo creí yo entonces, que no sabía nada de las inseguridades ajenas). Al primero, un rubio con un flequillo lacio que le tapaba un ojo, le pisé el pie; al segundo le di un beso brusco, un choque de los huesos de la cara y pasé al tercer, rezando para que no apareciera ninguno más por un rato. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que ninguna de mis

amigas se había vestido con algo ni remotamente parecido a mi atuendo. Parecía una princesa medieval en una fiesta hippie. Me acerqué a una mesa donde había sándwiches de miga y me puse a comer. Estaba por terminar el segundo cuando entendí que las mujeres no comían, esperaban paradas contra una pared y fingían que no se daban cuenta de que los varones, que sí comían, las miraban para seleccionar sus parejas de baile. Me aparté de la mesa y me paré entre mis compañeras de colegio a esperar. No podía hablar con ellas y fingir que no sabía que estaba siendo observada. Espiaba a los varones, que en algún momento, a una orden invisible, avanzaron todos juntos hacia nosotras. Una a una, mis compañeras salieron a bailar. El lugar contra la pared que había estado tan poblado unos minutos antes se fue vaciando y yo sentía crecer la pared detrás de mí como una pantalla gigante donde mi figura solitaria se proyectaba para que todos la vieran. Noté que las pocas chicas que iban quedando se iban por el pasillo hacia el interior del departamento. Mis compañeras que habían sido elegidas bailaban, hablaban con sus parejas, se reían. Yo estaba muy derecha, seguramente tenía la cabeza un poco echada hacia atrás, un gesto que descubrí unos años más tarde en unas fotos de la época y que era un intento de fingir que no me importaba lo que me estaba pasando. En algún momento yo también me interné por el pasillo. En un cuarto con empapelado de rosas y una cama de bronce tapada de sacos y carteras, las menos agraciadas de la clase hablaban entre ellas. No quise quedarme. Con la frente alta y un nudo en el estómago volví al living, lo atravesé caminando entre los que bailaban y salí al

balcón. Algunas parejas se besaban en un extremo poco iluminado. El piso reflejaba el cambio de luces del living, que de pronto se había oscurecido mucho. Volví a mi lugar contra la pared. Como en un teatro negro, la pista de baile se llenó de camisas blancas, fosforescentes; las sonrisas de los que bailaban parecían flotar en el aire. El ruido del flequillo lacio pasó junto a mi abrazado a una de mis compañeras. Me miró un instante y se tapó la boca para disimular una risotada que yo escuché claramente. Después le dijo algo a mi compañera. Ya no estaban frente a mí cuando ella giró para mirarme y se rió. Debajo de mi blusa medieval, mi corpiño blanco, vacío, estaba suspendido en el aire como una marioneta rara. Me tapé con los brazos y volví al pasillo. No quería volver al living y tampoco quería ir al cuarto o al balcón. Lo único que podía pensar era que quería estar muy lejos de ahí, con Carmen, y que iba a tener que esperar toda otra semana entera para ir a la isla.

Cuando mamá me pasó a buscar le dije que nunca más en mi vida quería ir a una de esas fiestas.

- Quiero ir los bailes en el Felicaria – le dije.

- No seas ridícula – dijo - ¿Qué vas a ir a hacer vos a uno de esos bailes de gente pobre?

Le dije que no me importaba que fueran bailes de gente pobre.

- Pero a ellos sí les importa – dijo.

- Vos qué sabés – dije, y di vuelta la cara para que ella no me viera llorar.

En invierno el río se pone gris. No es solo el agua la que cambia de color y pierde el tono rojizo del verano: los sauces y los robles pelados, los álamos, los liquidambar, hasta las casuarinas se funden con el río, y el paisaje cambia, se vuelve uniforme, silencioso. En esos meses nuestra casa se ponía más húmeda. Los viernes, al abrirla, el frío calaba los huesos y a la noche las sábanas parecían mojadas, como si hasta un momento antes hubieran estado en el jardín bajo el rocío helado. La casa de doña Ángela, en cambio, se mantenía caliente por la cocina de leña, y, aunque mamá no soportaba el olor dulzón que me quedaba en la ropa y en el pelo cuando iba a lo de mis amigos, a mi me gustaba pasarme las tarde de invierno ahí. Carmen juntaba los colchones contra la esquina y yo le pedía el grabador prestado a mamá y escuchábamos música, planeábamos nuestro brillante futuro, como le decía Carmen, o hablábamos de sus compañeros de colegio o de las mías.

A Carmen no le caían simpáticas mis compañeras de colegio. Yo había pensado alguna vez que les tenía celos, pero no era eso. Las cosas que yo le contaba la tenían convencida de que un colegio de mujeres solas era un nido de víboras.

- Deben de querer arrancarse los ojos, Almita – me decía. Yo las defendía sin demasiado ardor: frente a Carmen sostenía que ellas verdaderamente trataban de consolarme por mi fracaso en las fiestas.

- Ah, sí, flor de consuelo – decía Carmen -. Te dicen que les ruegan a sus príncipes para que te saquen a bailar, pero que ellos no quieren ¿y vos creés que te están consolando? Están retorciendo el puñal. ¡Qué les van a decir que te sacan a bailar! Si alguno te llega a sacar y te descubre, ellas no bailan nunca más en su vida.

Después, cuando nos juntábamos en el entrepiso, las imitaba abrazada a la escoba. Al rubio lacio lo había bautizado flequilludo y lo había convertido en uno de sus personajes favoritos. Se paraba agachada para no golpearse la cabeza y besaba el mango de la escoba suspirando.

- Flequilludo mío, ¿quién es la más bella del mundo? – decía, y cambiaba la voz -. Alma, gorda culona, Alma es la más bella del mundo.

Apartaba la escoba de sí horrorizada y se llevaba la mano a la frente, al borde del desmayo como la dama de las camelias.

- ¿Cómo has dicho, cómo has dicho? – suspiraba, se sostenía con la pared para no caerse y de pronto se daba vuelta y la cara se le había transformado.

- Matadla – decía -, traedme sus ojos color de miel y su noble corazón envuelto en este pañuelo.

A veces se escuchaban las risas de doña Ángela, que nos cocinaba tortas fritas, o de Chico y Marito, que reparaban sus mediomundos sentados en el piso de la cocina.

Yo sabía que Carmen exageraba, pero su fe en mí me sostuvo durante todo ese invierno, y a principios de septiembre tuve mi primera menstruación.

Una de las primeras tardes de esa primavera encendimos un fuego en un claro en la isla del medio y nos envolvimos cada una en una manta, sentadas espalda contra espalda. Nos gustaba hablar así. Yo sentía las vibraciones de la vez de Carmen y el calor de su cuerpo contra la piel de mi espalda, y miraba el río que pasaba debajo de los sauces de la orilla. Había decidido que esa tarde le iba a contar lo que sentía por Marito, pero, ahora que el momento ideal para mi confesión había llegado, me daba culpa haberle escondido mi secreto tanto tiempo y no sabía como empezar.

- ¿Hay alguna cosa que te haya pasado que no hayas querido contarme? – dije.

- Era una manera torpe de empezar, pero supongo que pensé que, si lograba que ella confesara un pecado parecido al mío, me iba a resultar más fácil hablarle.

- ¿Alguna cosa como qué?

- No sé. Alguna cosa cualquiera. Algo que no me hayas contado.

Se hizo un largo silencio. La sentí ajustarse la manta alrededor del cuerpo. Las brasas formaban dibujos en el fuego.

Nada me había preparado para escuchar lo que Carmen me contó entonces. Traté de recordar todas mis impresiones del sábado anterior, su cara de la mañana del domingo. La recordé cuando había llegado del baile en la colectiva de las ocho, con su vestido verde y el pelo lacio de cuando se hacía la toca. No podía rescatar ningún detalle que me hubiera llamado la atención. Durante ese domingo anterior y parte del sábado actual, yo había estado con mi amiga y no había notado ningún cambio. La

escuchaba con voracidad, suspendida de cada una de sus palabras, y la recordaba a la vez durante el fin de semana anterior: en el entrepiso mientras hablábamos de nuestras cosas, en el bote cuando habíamos salido a remar por el Víboras, durante la siesta mientras comíamos las últimas mandarinas robadas de la isla de los vecinos. Había supuesto sin pensarlo demasiado que, si una chica se acostaba por primera vez, le quedaba una marca visible, una diferencia tan grande con la que había sido antes que no se me podía haber escapado en una amiga que conocía tanto. No puedo acordarme de las palabras que usó para describirme su primera noche con un hombre. Sé que no me dio detalles concretos y que yo no se los pedí. Me hablaba y las imágenes que se formaban en mi mente eran vagas, como retazos de un sueño, su emoción parecía colarse por mi espalda junto con las vibraciones de su voz. Sentía que estaba viviendo a través de ella algo inmenso, imposible de contar. Hacía casi diez años que yo iba a un colegio católico. Durante los últimos tres años, el tema de la virginidad ocupaba cada vez más espacio en las charlas de la clase de catequesis. Tenía gran cantidad de ideas al respecto: había algo que todos los hombres iban a querer de mí, algo que iban a tratar de obtener por todos los medios, algo de lo que yo me tenía que cuidar con todo el celo de que era capaz. Los chicos que yo conocía y los que pudieran conocer no podían controlarse, estaba en su naturaleza hacerme caer. Y no caer era responsabilidad de las mujeres: prevenir antes que curar, “evitar la ocasión”, como decía sor Francisca, “fortalecer la virtud”. Había algunos métodos muy importantes que pasaban de

unas a otras antes de la primera fiesta y una infinidad de consejos que ya había escuchado muchas veces: no dejar que a una la agarraran de la cintura con las dos manos –la técnica para que esto no pasar, la palanca, era una presión que había que hacer con las dos manos contra los hombros del chico que estaba propasándose para que él entendiera que no obtendría nada de una y aprendiera a comportarse-; no había que dejar que el chico nos hablara demasiado al oído, los labios cerca de la oreja eran especialmente peligrosos; para bailar lentos era necesario separa las piernas, pero el ángulo tenía que ser lo suficientemente cerrado como para impedir que el chico metiera una de sus piernas entre las nuestras. Acostarse antes del casamiento era pecado mortal. Hasta esa tarde yo había pensado que la obsesión de mis compañeras era ridícula, que yo no la compartía. Mis fantasías con Marito nunca pasaban de un beso, pero yo no lo había atribuido para nada a la influencia de las monjas, pensaba de buena fe que el tema no me preocupaba. Esto que me contaba Carmen iba mucho más allá de todo lo que yo había pensado hasta el momento; se acercaba a las imágenes inquietantes que yo tenía de la húngara, a sensaciones confusas en las que yo no había querido pensar mucho. De pronto, la idea de que mi amiga hubiera cometido un pecado mortal cobró importancia inesperada. Lo que ella me estaba contando era hermoso, pero yo sentía una vaga preocupación que iba creciendo con su relato. La tierra soltaba un vapor helado. Junto con la admiración y los celos, una angustia que no habría podido explicar crecía dentro de mí. Mucho tiempo después supe que esa tarde, mientras escuchaba

la historia de amor de Carmen, el sexo ya había quedado para mí indisolublemente ligado al castigo.

El cambio que yo esperaba descubrir llegó un tiempo después y fue tan fuerte que hasta mis padres me preguntaron qué le pasaba a Carmen que estaba tan distinta. Mi amiga se había enamorado como yo nunca antes había visto enamorarse a nadie. Comparado con los noviazgos de mis compañeras de colegio, el amor de Carmen se parecía a un maremoto, a una fuerza que se había llevado por delante y la había transformado en una de esas diosas de la mitología, salvaje y poderosa y hasta un poco aterradora. Cada fin de semana la veía más luminosa, más fuerte y decidida. No le tenía miedo a nada, se sentía capaz de cruzar a nado el Paraná de las Palmas para llegar a la casa de Emil, tanto lo nombraba que hasta yo me sentía a veces enamorada de él sin conocerlo. Se veían poco porque él trabajaba en una fábrica en el Tigre y los fines de semana tenía que ayudar a su padre en la isla, pero un mes más tarde Carmen empezó a ir a lo de Emil los sábados. Él era el hijo de un polaco que había nacido en Misiones y de una polaca que había llegado a la Argentina con sus padres como refugiada de guerra. Tenía un montón de hermanos como nombres imposibles que Carmen había anotado en un papel junto con unas vocales rarísimas, nasales, que se pronunciaban de una manera diferente de las nuestras y que ella practicaba en cualquier momento con una concentración que jamás había tenido para el colegio. Yo le decía que parecía loca, pero su pasión era contagiosa:

en poco tiempo habría dado todo por pasar un sábado con ella en la casita del Durazno.

Cualquier cosa que yo hubiera pensado del amor antes se volvió inconsistente frente a la pasión que le agarró a Carmen. Lo que le pasaba a ella era palpable como la corteza de los árboles, como la tierra misma, era algo que la hacía desesperarse de rabia cuando el Tordo se negaba a llevarla al Durazno, algo que la hacía llorar a la noche cuando nos quedábamos en el muelle contando las estrellas fugaces, algo físico que bien podría haber sido el castigo con que amenazaban las monjas si no hubiera sido por la felicidad que parecía brotar de mi amiga cuando venía de haber pasado un sábado con Emil o cuando se bajaba de la colectiva a la mañana después de haber estado con él en un baile. El brillo de sus ojos y la mezcla de dulzura y ferocidad en la expresión de su cara eran tan extraordinarios que el sólo verla me daba un golpe al corazón.

En la foto que trajo un mes más tarde, un rubio de piel dorada miraba a la cámara. Los ojos azules le sonreían con adoración a Carmen, que le sacaba la foto. Estaba sentado tras una mesa de mantel a cuadros rojos y blancos y tenía frente a él un plato de sopa.

- Zure – dijo Carmen- Es una sopa de harina agria con embutidos y huevo duro. ¿No está buena la foto que le saqué?

Y cuando hice una mueca –lo de la harina agria no me había sonado muy tentador- me aseguró que si la probaba nunca más querría comer otra cosa en mi vida. Así de extremista se había puesto. La mamá de Emil era, según Carmen, la mejor cocinera del mundo y los

embutidos que ahumaba con enebro en un horno de barro que la habían hecho sus hijos convertían a los chorizos santiagueños en una porquería insulsa. Por este comentario que hizo desaprensivamente durante un almuerzo, doña Ángela la tuvo a coliflor durante varios días. Pero a ella no le importaba. Decía que se sentía capaz de soportar cualquier castigo mientras estuviera al lado de Emil. Yo le pedía que no dijera esas cosas que me hacían pensar sin quererlo en la ira divina. Y a la vez yo quería sentir como ella, brillar como ella; y quería, más que nada en el mundo, que Marito y yo fuéramos como ella y Emil.

Ese diciembre el vecino de enfrente festejó sus cincuenta años con una fiesta. Ya desde el fin de semana anterior había una gran excitación de nuestro lado del canal. Doña Ángela se acordaba de las fiestas que hacían los vecinos para los cumpleaños de sus hijos y, decía, no eran gente de andarse con chiquitas. Chico y el Tordo cruzaron a ofrecerse como mano de obra y los contrataron con una muy buena paga, y hasta Marito estuvo por conseguir trabajo, aunque después no se concretó. Mis padres habían recibido una invitación por correo, una tarjeta con letras doradas que Carmen les pidió de recuerdo y guardó en una de las cajas de zapatos forradas con papel madera donde guardaba dibujos de Lucio, postales que yo le mandaba cuando me iba de vacaciones, frases escritas en papelitos sueltos, las notas de la húngara y todos los papelitos de las entradas a los bailes del Felicaria desde que había conocido a Emil. En otra de las cajas tenía tapitas de coca y de cerveza, corchos y moños de regalo, y

cuando doña Ángela la acusaba de urraca se defendía con un argumento muy claro:

- Cuando sea vieja voy a pegar todo en una de las paredes de mi casa y me voy a sentar a mirar mi vida en ese collage – decía. Y seguía juntando lo que Marito había bautizado como “la basura mnemotécnica”.

El sábado de la fiesta, a pesar de la ola de calor que había empezado tres días antes, la gente empezó a trabajar en el jardín desde la mañana. Sobre el pasto recién cortado armaron varios grupos de mesas y sillas, en una esquina contra los álamos levantaron una glorieta de maderas blancas con enredaderas de jazmines crecidas como si la glorieta hubiera estado siempre ahí y cerca del río instalaron bancos de plaza y unas mesitas de hierro. Unos hombres que llegaron en la colectiva del mediodía trabajaron durante toda la tarde para iluminar el jardín; desde nuestro muelle el jardín de los vecinos parecía un hormiguero de gente que iba armando un escenario que por momentos parecía solo para nosotros.

Al atardecer refrescó un poco y el vecino vino en su lancha a buscar al Tordo para que ayudara a los invitados a desembarcar y fuera anclando las lanchas en un lugar protegido en la isla del medio. Chico estaba desde la mañana acarreando cosas de un lado a otro.

Cuando bajó el sol, mamá, vestida con una pollera de gasa color lavanda y una blusa de flores, y papá, con un saco claro y pantalones elegantes, se subieron a la lancha y cruzaron el canal. Yo había pensado invitar a Carmen y a Marito a ver la salida de la luna en la desembocadura, pero los tres decidimos que no queríamos perdernos la llegada de los invitados. Río abajo, doña Ángela y Lucio se

habían instalado en el muelle en unas sillitas y Bartolo estaba sentado al lado de Lucio con las orejas paradas y muy atento al espectáculo.

Las luces iluminaban los árboles desde abajo y, a medida que iba anocheciendo, el jardín de enfrente se convirtió por fin en el escenario terminado. Los invitados formaban grupos que se movían entre las mesas y sus voces y sus risas llegaban en ráfagas, como retazos alegres de la obra. A las ocho llegó una lancha de alquiler con la mayoría de los invitados y con los músicos: una orquesta de cámara que se instaló bajo la glorieta y se puso a afinar los instrumentos.

Carmen, Marito y yo preparamos un picnic y nos armamos nuestra propia mesa en el muelle. Bajó el sol. Cuando la luna se asomó por detrás de la línea de árboles, en la costa de enfrente, el sonido de una flauta llegó por el agua hasta nosotros, limpio y dulce como la noche. Carmen buscó mi mano y yo reprimí un impulso de buscar la de Marito. Lo había sentido tomar aire de golpe con los primeros sonidos.

Ninguno de los tres habló durante el concierto. Con cada pieza nueva nos mirábamos deslumbrados y a la luz de la luna los ojos de mis amigos brillaban de emoción. A medianoche se apagaron todas las luces y alguien avanzó por el jardín de enfrente con una enorme torta. El canto de los invitados sonaba sobre el río, tapando los ruidos de la noche. La luz de las velitas hizo flotar las caras en la oscuridad y después, por un instante, sólo los iluminaba la luna.

Un rato más tarde de que empezara la música para el baile, Carmen se quedó dormida en la reposara y yo bajé

los escalones y metí los pies en el río. La corriente se abría y me acariciaba los tobillos. Podía escuchar la música a lo lejos y ahí, a mi lado, el agua contra los palos del muelle.

Marito bajó los escalones y se sentó cerca de mí con los pies también en el agua. Me pareció de pronto que las ranas de nuestro jardín cantaban más fuerte y que la música y las risas de la fiesta de enfrente sonaban más lejanas. Hacía calor. Me levanté el pelo. Marito metió la mano en el río y después me rodeó la nuca con la mano mojada y fresca. Bajé la cabeza y cerré los ojos. Sentía la remera pegada a la espalda. Tenía miedo de que se oyera mi corazón en la oscuridad.

- Hace mucho calor – dijo.

- ¿Por qué no nos damos un baño? – me atreví a decirle.

De chicos lo habíamos hecho muchas veces, pero ahora hacía un par de años que no nos bañábamos juntos de noche. Le pedí que cerrara los ojos para poder sacarme la ropa y él se tapó la cara con las manos. Dejé los pantalones y la remera en el escalón. Me metí en el agua y me dejé llevar un trecho hasta aferrarme a la soga de la amarra que estaba suspendida a pocos metros del agua. La rodana de la amarra giró con un quejido y la soga aflojó la tensión y bajó hasta el agua. Hundí la cabeza en el río. Ahí abajo sólo podía escuchar el zumbido de mis oídos. No vi a Marito cuando se sacaba los pantalones. Apareció de pronto a mi lado y lo sentí rozarme cuando se agarró de la soga un poco más alejado río abajo. Giré para quedar de frente a él. La corriente no estaba fuerte, pero la sentía rodearme y seguir su camino hacia Marito. Sabía que si me soltaba iba a terminar contra su cuerpo, pero no quise hacerlo. Fue él el que se acercó usando la

soga para ir contra la corriente. Estaba muy serio y me costaba descifrar su expresión, pero me miraba como si me tuviera miedo. Sentí que iba a besarme y traté de pensar qué iba a hacer yo si él me besaba. Seguía mirándome. Yo estaba temblando. Después de lo que me pareció una eternidad, Marito se acercó un poco más. Muy despacio, como si no quisiera asustarme, extendió su mano y me tocó la cara.

No escuché el motor de la lancha de mis padres hasta que estuvieron muy cerca. Tiré de la soga para llegar antes al muelle y no había terminado de subirme el cierre de los pantalones cuando papá me gritó para que atajara la soga.

Marito había desaparecido. Supuse que se había dejado llevar por la corriente hasta su muelle. Mucho más tarde, cuando ya Carmen se había ido y todos habíamos entrado a la casa, vino a buscar su ropa. Lo vi desde la ventana de mi cuarto. A la luz de la luna se movía como un gato. Nunca en mi vida había estado tan feliz.

Me desperté cerca del mediodía pensando en Marito como si no hubiera pasado un segundo desde que habíamos estado en el agua. Me levanté y me vestí apurada. Era como si no pudiera seguir respirando si no lo veía. Mientras cruzaba el puentecito corriendo oí las risas de Lucio pataleando en el agua y la voz de Carmen.

- Pateá, pateá – decía Carmen. Bartolo ladraba a coro.

Marito no estaba en el muelle con ellos. Me asomé a la cocina de doña Ángela y lo llamé. No había nadie en la casa.

- ¿Y Marito? – le pregunté a Carmen con la voz más neutral que pude lograr.

- Se levantó con que se tenía que ir a Santiago a ver a los tíos – dijo Carmen -. Se fue en la colectiva de la mañana.

Me senté en el banquito. Se me habían aflojado las piernas. No sé qué cara habré puesto, pero Carmen no me sacaba los ojos de encima y se puso a tantear los bolsillos de su pantalón.

- ¿En qué andan ustedes? – dijo -. Te dejó una nota.

La nota estaba dentro de un sobre de los de la húngara. Tenía tachado el nombre de Carmen y debajo, en letra imprenta. Marito había escrito “Para Alma”.

Me fui hacia el cañaveral. Oí que Carmen mandaba a Lucio a preguntarle algo a doña Ángela y me seguía.

- ¿Qué tanto tiene que decirte a vos? – dijo Carmen acercándose.

- Quiero leerla yo sola – dije.

Ella se detuvo en seco.

- Ah, bueno, qué misterio – dijo, y pensé que iba a irse, pero se quedó frente a mí.

Me temblaban las manos cuando abrí el sobre. El papelito estaba doblado en cuatro y se había pegado a la solapa del sobre. Lo despegué de un tirón. *Lo mejor va a ser que nos olvidemos de lo de anoche*, decía la nota. Eso solo. No estaba firmada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo iba a olvidarme de la cosa más linda que me había pasado en toda mi vida? Volví a leer, miré el reverso del papel y el interior del sobre.

- Se fue – dije como para mí misma.

- Te dije que se había ido – dijo Carmen -. ¿Me vas a contar que te pasa?

Guardé la nota en el bolsillo de mi pantalón.

Carmen resopló y con una última mirada ofendida, me dio la espalda.

- Me voy a lo de la húngara – dijo.

- Esperame – dije -. Te acompaño.

Nos subimos al bote y Carmen soltó la amarra y agarró los remos. Yo me senté en la popa. En el viaje se me caían las lágrimas sin que pudiera reprimirlas; la nota en el bolsillo pesaba como una piedra. A cada rato Carmen soltaba un suspiro exagerado, pero no decía nada. Yo sabía que estaba esperando, que si hubiera sido por ella me habría ahorcado para que hablara; sus suspiros y su mirada eran peores que todas las preguntas que quería hacerme.

- Piedra, papel o tijera – dijo -. Si perdés, me contás.

Carmen entró los remos y el bote se atravesó como si hubiera estado en desacuerdo con el rumbo que le

dábamos. Escondimos la mano derecha detrás de la espalda.

- Piedra, papel o tijera.

No nos sacamos la vista de encima mientras formábamos la figura a resguardo de la mirada de la otra. Siempre que jugábamos yo tenía la fantasía de adivinar qué iba a hacer Carmen. Si me concentraba lo suficiente sería capaz de saber la figura que ella estaba formando, como si mi mente tuviera la capacidad de adelantarse en el tiempo y ver el puño cerrado, la palma abierta o los dedos en “v” antes de que ella los mostrara. Esta vez me decidí por la piedra sin pensarlo dos veces, pero no estaba para nada segura de querer ganar.

Carmen armó el papel. Me rodeó el puño cerrado con un grito de victoria.

- ¡Desembuchá!

El bote empezaba a girar sobre sí mismo y ella bajó los remos y retomamos la dirección. Ahora que había ganado sonreía satisfecha y esperaba sin presionarme.

- ¿No te diste cuenta de nada? – dije cuando ya casi llegábamos a lo de la húngara.

- ¿Cuenta de qué?

- De mí.

- De vos qué.

- De mí y Marito.

Carmen soltó otro de sus suspiros.

- Dale, nena, hablá de una vez – dijo.

Yo me quedé en silencio. Con un golpe, la proa del bote chocó contra la tierra. Carmen subió los remos y se bajó con la soga para atarnos a la costa.

- ¿Bajás? – dijo.

Yo no podía moverme y había empezado a llorar otra vez. Carmen se acuclilló en la costa y estiró el brazo para ofrecerme su mano.

- Si no querés, no me cuentes – dijo -, pero no llores. No puedo aguantar ver llorar a la gente.

Tomé su mano y me quedé mirándola sin moverme. Su mano áspera apretó la mía apenas. Y entonces se lo dije.

- Estoy enamorada de Marito – dije y una vez dicho me pareció que contarle todo a Carmen era lo único que podía hacer.

Nos sentamos bajo la morera y empecé a contarle en desorden todo lo que se me cruzaba por la cabeza. Los recuerdos se me aparecieron de pronto como una claridad asombrosa y me di cuenta por primera vez de que mi vida estaba llena de momentos con Marito que había juntado desde la infancia. A medida que hablaba, las ganas de estar con él se volvían más y más fuertes; me faltaba el aire. Carmen me escuchaba en silencio, mordiendo el tallo de una flor silvestre.

Le conté de mis dibujos, de lo larga que se me hacía la semana, de la felicidad que sentía los viernes a la tarde cuando la lancha daba la vuelta a la esquina del canal y se acercaba a la isla y yo lo veía parado en el muelle; la alegría que me hacía temblar, las ganas de reírme de solo verlo, la vergüenza ante la posibilidad de que él se diera cuenta. Le hablé de mi desazón cuando él no estaba, de la certeza de que entonces no había nada para mí en el mundo. Hablé de sus ojos, de la cicatriz que tenía en el labio, de su risa, de la forma en que se movía su cuerpo cuando pescaba en el muelle. Carmen se ponía boca

arriba, después boca abajo, después otra vez boca arriba. Cada tanto arrancaba otra flor. No podía quedarse quieta. - Yo creo que él también está – empecé a decir, pero Carmen alzó las cejas y no me animé a terminar la frase -. El sonido acompasado de una chata se oyó desde el canal. Carmen se dio vuelta para quedar boca abajo. Escupió un tallo.

- ¿Él nunca te dijo nada? – pregunté.

- Se corta la lengua antes de contarme eso a mí.

- Pero a vos qué te parece.

Lo que más hubiera querido en el mundo era que Carmen me dijera que Marito estaba enamorado de mí, pero no me lo dijo.

- Emil tiene un cartel en su cuarto con una frase de Marie Curie que dice “Hay que ser resistente y creer en uno mismo”. Era polaca la Curie.

- ¿Y?

- Y no sería una cosa fácil si ustedes dos se enamoraran – dijo ella, se levantó y salió de debajo de la morera sacudiéndose los pantalones -. ¿Me acompañás a la casa? Conociéndola como la conocía, me vi venir el final de la conversación.

- ¿Por qué no sería una cosa fácil? – dije.

- Porque se armaría flor de despelote. ¿Vamos?

Carmen estaba dando por terminado el tema. Le volví a preguntar por qué, pero no me contestó. Se alejó hacia la casa encogiéndose de hombros.

- Otro día – dijo -. Tengo que pensar bien este asunto.

Podía pensarlo todo lo que quisiera. Yo me sentía capaz de esperar a Marito por el resto de mi vida.

- ¿A vos te molesta que yo esté enamorada de Marito? – dije.

Se dio vuelta.

- ¿Estás loca? Sos la amiga que más quiero en el mundo – dijo.

Hacía mucho que yo no iba a la casa de la húngara y, tal vez porque sabía que había estado vacía tanto tiempo, que me pareció que tenía ahora un aspecto desolado. Chico estaba comprando los materiales para pintarla y ya había empezado a lijar las barandas de la galería, pero no era eso lo que le daba el aire de abandono, o por lo menos no me pareció que era eso. El pasto estaba bastante alto y el jazmín del costado de la casa había crecido mucho, las rachas de su perfume nos rodeaban a medida que nos acercábamos. El camino que iba del muelle hacia la casa estaba sucio de la pinocha de las casuarinas y el muelle estaba ladeado: una de las patas se había quebrado y estaba atada con alambre. Tal vez de ahora en adelante mi vida cuando Marito no estuviera iba a ser así: con ese peso en el corazón.

- No entremos – dije, pero Carmen quería cambiar las flores y me juró que sólo estaríamos dentro un momento. Apenas abrió la puerta nos golpeó un olor nauseabundo. Carmen se paró en el medio del living y me miró asustada.

- ¿Qué es este olor? – dijo.

El living tenía las cortinas de juncos bajas y estaba bastante fresco, pero el olor era tan fuerte que no se podía estar.

- ¿Cuánto hace que no venís? – dije.

No hacía tanto. Había estado con Emil hacía menos de una semana cambiando las flores y ventilando.

- Esto es nuevo – dijo.

Recorrimos toda la casa sin encontrar nada y ya estábamos por darnos por vencidas cuando a Carmen se le ocurrió volver al cuarto y mirar dentro del ropero.

Ahí, acostada sobre el vestido de rosas, había una gata muerta. Los cadáveres de dos gatitos muy chiquitos estaban todavía en la posición para mamar. Unos gusanos blancuzcos y ciegos habían hecho un agujero en las ancas de la gata y, a la luz filtrada por los juncos de la cortina, estaban tan atareados que creaban la ilusión de que la gata se movía apenas, como si quisiera todavía proteger a sus gatitos con las patas traseras.

- Buscá unos diarios y una bolsa en la cocina – dijo Carmen.

Pero yo no podía moverme.

- Andá a buscar una bolsa. Tenemos que sacar esta gata muerta de acá – dijo Carmen.

Esta vez la obedecí.

Sostuve la boca de la bolsa abierta para que Carmen metiera la gata y los gatitos dentro. Cerré los ojos pero eso hizo que el olor pareciera más fuerte y volví a abrirlos. Los fijé en la cara de Carmen. Estaba muy seria. Le hizo un nudo a la bolsa y la apoyó en el piso. El vestido había quedado manchado de sangre y tenía costras pegadas y algunos gusanos que se retorcían desesperados. Las ganas de vomitar se me mezclaron con las ganas de llorar. Habría jurado que quería llorar por el vestido y me sentí muy estúpida. Las manchas marrones que ensuciaban las flores pastel, la sangre seca que me

imaginé había dejado la gata al dar a luz; la muerte ahí en la oscuridad del ropero, en la casa vacía, me habían hecho sentir que la vida podía darse vuelta de golpe. Nunca antes había sentido que la vida podía acabarse en el medio de algo que no tenía nada que ver con la muerte.

Durante los primeros fines de semana después de que Marito se fue, llegaba ansiosa, segura de que ese viernes sí iba a verlo. Tres semanas más tarde, cuando Carmen me dijo que había llegado una carta donde él decía que se iba a quedar un tiempo más viajando por el Norte, ya no tuve ni ganas de ir a la isla.

Fue una época desdichada. Sin Marito, yo estaba perdida, como si todo lo bueno que había deseado para mí se hubiera vuelto imposible en ese mes rompí el juramento que le había hecho a mi amiga siete años antes.

Se acercaba mi cumpleaños y a mamá y a papá se les ocurrió que una manera de lograr que los chicos que iban a las fiestas dejaran de ignorarme era hacer un asado en la isla. El argumento era que si esos imberbes, como les decía papá, no me sacaban a bailar, era simplemente porque no me conocían. Entonces había que forzarlos a descubrirme y la isla era el mejor lugar para que me vieran en acción.

El despliegue fue bastante impresionante: papá contrató una lancha colectiva que llevó a los veinte invitados a la isla y en el fondo del jardín armamos dos mesas largas de madera y le pedimos a Chico que hiciera dos corderos que estuvieran desde temprano asándose en unos hierro en forma de cruz. Carmen y yo nos pasamos toda la mañana preparando ensaladas y las decoramos con flores y hojas, porque según Carmen mi fiesta era un banquete y así eran los banquetes. Mamá tuvo que ponernos un límite porque cerca de mediodía seguíamos agregando

tanta decoración que no iban a entrar los comensales, pero las mesas quedaron muy bonitas y Carmen estaba tan orgullosa de nuestra obra que le pedí a mamá que nos sacara fotos. Todavía las tengo: una serie en la que aparecemos brindando con las copas vacías y haciendo poses extravagantes detrás de las flores de nuestra decoración.

Cerca de la hora de llegada de mis invitados, nos dimos un baño en el río con shampoo y un jabón con perfume a rosas que Carmen había comprado especialmente y cuando sentimos el motor de la colectiva entrando al canal, ella fue corriendo a cambiarse y yo, que estaba lista, me paré en el muelle a darles la bienvenida a mis invitados.

Estaba tan nerviosa que me empezó a temblar la boca y habría dado cualquier cosa por que Carmen estuviera conmigo. La primera en bajar era Lucila Atkins, una de las chicas más populares del grupo que había sido elegida la más linda de la clase. Lucila no era amiga mía, pero todas queríamos ser amigas de ella. Era hermana del flequilludo que Carmen imitaba en nuestros juegos y ser aceptada por ellos era una especie de meca: las reuniones en su casa eran, según todas mis compañeras, las más divertidas y, aunque yo nunca había ido, secretamente me moría por que me invitaran. Lucila tenía pelo rubio y lacio hasta la cintura, nariz respingada y carita de muñeca, y usaba polleras de volados y camisas de florcitas que le traía el papá de los Estados Unidos. Ese día tenía un par de jeans con patas de elefante, zapatos de plataforma y una de sus camisitas de flores, y verla bajar de la colectiva me bastó para sentirme ordinaria y

falta de gracia con mis pantalones rectos y mi remera de algodón. Detrás de ella bajó Antonio, el chico que a ella le gustaba. Todos los lunes mis compañeras esperaban la llegada de Lucila para enterarse de los detalles de lo que prometía convertirse en el noviazgo del año, pero, por algún motivo desconocido para nosotras, Antonio no se decidía y esta indefinición parecía afectar a todo el curso. El resto de los invitados fue bajando de a uno, y todos me habían traído un regalo y parecían felices de estar ahí. Mamá acomodó a los varones en un cuarto y a las mujeres en los otros dos, y la casa se llenó de gritos mientras nos poníamos los trajes de baño e íbamos saliendo hacia el muelle. Los chicos corrían y se tiraban de cabeza a nadar, salpicaban a las chicas que se habían sentado en los escalones, se gritaban cosas entre ellos, se desafiaban. Algunas de las chicas se animaron a meterse en el río, otras lo miraban con desconfianza, todos hablaban maravillas de la isla, de *mi* isla, y por primera vez en mi vida tuve la sensación de que tenía una posibilidad de formar parte del grupo.

Cuando apareció Carmen, no la vi. Yo estaba saliendo del agua y uno de los chicos, no me acuerdo cuál, me tenía agarrada del pie para no dejarme subir los escalones. Lucila se asomó por la baranda. Se había envuelto en una toalla rosada y se peinaba el pelo.

- Te buscan, Alma – dijo y me hizo una cara rara, una cara de burla.

Carmen no la vio, pero los que estaban en el agua y en los escalones miraron con curiosidad para descubrir de qué se burlaba Lucila. Carmen estaba parada en una punta del muelle, esperando. Se había vestido como para uno de

los bailes del Felicaria y se veía tan distinta a todos, tan ridícula con su vestido brillante, su peinado y sus labios pintados de rosado, que sentí que el mundo se me venía abajo. Alguno se rió.

- Ah, hola, Carmen – dije, grité más bien, mientras la saludaba con el brazo en alto.

Hay cosas que pasan en un instante pero ocupan un espacio enorme, como si cruzaran el tiempo en cámara lenta. Mi voz había sonado chillona, impostada, el tono les había dicho a todos que la presencia de Carmen me tomaba por sorpresa, como si ella se hubiera invitado sola. Mi saludo había implicado claramente que yo no tenía mucho que ver con ella. Y ya era tarde para echarme atrás. Carmen también me había escuchado.

- Voy a ver si tu mamá necesita ayuda – dijo y, antes de que yo pudiera reaccionar, se dio media vuelta y se fue.

Salí del agua y subí corriendo los escalones, pero ella ya se había metido en la casa y yo me quedé parada ahí, chorreando agua, rodeada de los que hasta ese día nunca habían sido mis amigos y que ahora habían sido testigos de mi traición, y ni siquiera se daban cuenta de lo que yo acababa de hacer.

“Ella es mi mejor amiga”, quería decirles, pero no me salían las palabras.

Corrí detrás de Carmen. A mi espalda, oí que Lucila se reía.

- ¿Vieron lo que era ese vestido? – dijo, un coro de risas remató su comentario.

Carmen estaba en la cocina preparando una panera.

- ¿Por qué no venís afuera? – dije.

- Acá estoy bien – dijo ella y siguió cortando rodajas de pan.

- Estábamos bañándonos en el río antes de almorzar.

- Ya vi – dijo ella.

- No te preocupes por el pan. Podemos llevarlo a la mesa así y que cada uno se corte – dije.

Ella me dio la espalda y salió por la puerta de atrás con la panera llena.

La seguí.

- ¿No querés darte un baño?

No me contestó. La miré apoyar la panera sobre la mesa y me quedé esperando su próximo movimiento.

- Mejor me voy a casa – dijo.

Lucila, con la toalla rosada atada alrededor de la cintura, se acercó por el costado de la casa.

- ¿Ya está el almuerzo? – dijo.

- Ella es Carmen – “mi mejor amiga” hubiera querido decirle, pero tampoco pude decirlo esta vez.

Lucila se acercó a saludar, pero Carmen hizo una inclinación de cabeza, le dio la espalda y se puso a acomodar unas flores.

Los demás empezaron a aparecer y rodearon la mesa hablando a los gritos y riéndose. Papá dijo que el almuerzo estaba listo y la noticia fue recibida con vítores y silbidos de alegría.

Carmen se alejaba hacia su casa.

- ¡Está el almuerzo, Carmen! – grité.

Levantó la mano.

- Ya vengo – dijo.

Yo sabía que no iba a volver.

Los días después de mi cumpleaños fueron horribles. Ni siquiera los comentarios de mis compañeras de colegio sobre mi cumpleaños distraerme del desprecio que sentía por mí misma. Tenía charlas imaginarias con mi amiga en las que le pedía perdón y ella terminaba abrazándome, pero sabía que nada iba a volver a ser como había sido y a la mañana, cuando me despertaba, la escena en el muelle se me venía encima como una pesadilla de la que no iba a poder despertarme nunca más en la vida. En el colegio, las cosas fueron volviendo a la normalidad y para el viernes, cuando todas empezaron a hablar de sus planes para el fin de semana, yo me sentía otra vez ajena al grupo, como si mi cumpleaños hubiera sido un paréntesis que me había dejado más sola que nunca.

El sábado, cuando llegué a la isla, Carmen no estaba y doña Ángel me dijo que había avisado que se quedaría en lo de Emil todo el fin de semana. Sin ella y sin Marito, el día se me hizo eterno y desolado. Las cosas empeoraron cuando el domingo, a eso de las diez, la lancha de Virulana atracó en el muelle de doña Ángela y todos, Bartolo incluido, se subieron para irse de paseo. Me paré contra la baranda para saludarlos, pero Lucio fue el único que me hizo adiós con la manito. La figura de doña Ángela, enorme y tranquila, alejándose río abajo en la popa de la lancha, me llenó de tristeza, como si me estuviera dando la espalda a propósito y me dijera así que yo ya no existía para ellos. Me quedé mirándolos hasta

que desaparecieron detrás de la curva hacia el Desaguadero.

Me senté a mirar los remolinos que forma el río contra los pilotes del muelle, las nubes de limo que se arman y se desarman en el agua. El río estaba alto y limpio, y era uno de esos días brillantes, tan perfectos que mi desazón no encontraba un lugar donde refugiarse. A media mañana, mis padres me invitaron a dar una vuelta en lancha. No quise ir. Me pasé la mañana sentada en los escalones, la garganta me dolía de ganas de llorar. Tenía la sensación de que todo lo que me había importado hasta ese momento había desaparecido para siempre.

Después del almuerzo, cuando mis padres se fueron a dormir, crucé a lo de doña Ángela. No tenía demasiado claro qué era lo que quería hacer, pero de pronto estaba dentro de la casa silenciosa, sentada en el blanco junto a la cocina de leña. El hierro de la cocina irradiaba calor y motas de polvo flotaban en la luz que entraba por la ventanita. Ahí, por primera vez en el día, pude llorar.

La idea de subir al entresuelo del lado donde estaba el cuarto de Marito fue tan repentina que me sobresaltó. Yo nunca había estado en esa parte de la casa. Desde el espacio de enfrente, donde jugábamos, solo se veían unas cortinas de junco y Carmen me había dicho que el Tordo le tenía prohibido que fuéramos, pero yo sabía que Marito tenía su cama ahí y ahora lo único que quería era conocer su cuarto y buscarlo a él en sus cosas.

No es que yo me hubiese hecho una idea previa o que estuviese esperando algo concreto, pero no estaba preparada para encontrarme con lo que me encontré. La luz que entraba por una ventana chica iluminaba libros y

más libros: contra las paredes, en el medio del espacio, en pequeños montones, en algunos sectores llegaban casi hasta el techo; parecían ocuparlos todo. Alguien había armado pilas de ladrillotes cruzadas por tablas de madera y chapas y en los estantes de esa biblioteca improvisada se amontonaban los libros. En algunas partes las chapas se doblaban hacia abajo por el peso y los libros estaban ladeados o apilados. Tardé en darme cuenta de que en algunos sectores de esta biblioteca formaban las paredes que dividían el espacio en tres cuartos muy chicos, de no más de dos metros por dos. a la entrada de cada cuarto había una cortina de juncos que colgaba del techo.

Me asomé a uno de los cuartos. Una pintura ocupaba casi toda la pared de enfrente, la única que no estaba formada por libros porque correspondía a la pared externa de la casa. La pintura era de una mujer desnuda, recostada hacia atrás con las piernas abiertas. Su sexo, pintado de rojos y naranjas, parecía iluminado desde adentro. No tardé en reconocer a la húngara, con el pelo suelto y la mirada que le había visto a través de la ventana cuando hacía el amor con el Tordo. Estaba recostada en unos almohadones de flores y todo a su alrededor crecían plantas. Entre las hojas había peces y pájaros, y ella sostenía en una mano un libro con tapas azules, el dedo índice entre las hojas como si estuviera por retomar la lectura. Solté la cortina de golpe. Lo que yo estaba haciendo ahí estaba mal. Imaginé la furia del Tordo si me encontraba espiando su cuarto y sentí el impulso de salir corriendo. Pero mi curiosidad fue más fuerte que mi miedo. Presté atención a los ruidos de afuera. Salvo las chicharras de la siesta, no se oía nada –ni

un motor, ni una voz-, nada que pudiera significar que ellos estaban cerca. Lamenté que Bartolo también se hubiera ido. Iba a tener que estar muy atenta.

En el próximo cuarto la biblioteca forma dos de las tres paredes y hacia ángulo con las otras dos que pertenecían a la esquina de la casa. Contra esas dos paredes, en el rincón, había un colchón en el piso cubierto por una colcha de telar con flores de colores alegres. A un costado de la cama otro pilón de libros formaba una mesa de luz. Clavados a la única pared de material había una infinidad de fotos, recortes de revistas y papeles con cosas escritas. Me acosté en la cama y hundí mi cara en la almohada buscando el olor de Marito. Mi corazón parecía a punto de explotar.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, con la cara en la almohada y el oído atento a los ruidos de afuera. No sé qué pensaba antes de darme vuelta y sentarme en la cama, antes de prestarles atención a las paredes y los libros. Solo sé que me sentía feliz y aterrada a la vez, y que por un rato me olvidé de todo lo que había pasado. En la pared había una foto de Marito con su guardapolvo y sus cuadernos atados con un cinturón, otras con unos hombres que, por el parecido con el Tordo y con Chico, debían de ser sus tíos; fotos en un paisaje muy distinto al de la isla, seco y achaparrado y lleno de árboles de ramas retorcidas. Me detuve en una polaroid desteñida en la que él estaba sentado sobre el apoyabrazos de un sillón desvencijado, con el brazo por detrás de los hombros del que deduje sería su padre: un hombre flaco y abatido con las manos aferradas a las rodillas huesudas, como a una tabla de salvación. Marito trataba de sonreír a cámara

pero tenía los ojos muy tristes. Había fotos de Carmen y de Lucio, y estaba mirando una de Mabel y un hombre vestido de marinero parados frente a la estatua del lobo marino de la Rambla de Mar del Plata cuando me pareció escuchar un motor que se acercaba. Corrí a la ventan del cuarto del Tordo y espié hacia fuera. No me había puesto a pensar en cómo haría para salir si ellos ya estaban a la vista y el miedo me hizo un vacío en el estómago. Una lancha roja pasó por la orilla de enfrente y se alejó río arriba. Calculé que, si los veía acercarse, todavía tendría tiempo de bajar corriendo y escabullirme detrás de la planta de orejas de elefante que estaba a medio metro de la entrada. Era posible que no me vieran, ocupados como estarían en bajarse. Volví al cuarto de Marito y me senté en su cama. En la pared había una infinidad de imágenes del mar recortadas de revistas, un campo de girasoles, una foto enmarcada con cartón de los isleños en el corte de juncos: Marito en una punta, a los diez o doce años, con los brazos flacos y las costillas salidas, sostenía un machete en alto como en son de guerra. Superpuesta a una esquina de la foto, había una hoja suelta con el poema “Las manos” de Miguel Hernández. Porque estaba buscando solo una parte de Marito y no era capaz de ver lo que no estaba buscando, el poema me pasó casi desapercibido. Solo pude darle su verdadera dimensión años más tarde, cuando miré para atrás y las cosas se unieron como las cuentas de un collar. Pero esa tarde en su cuarto, desesperada por encontrar entre sus cosas algo que me dijera lo que sentía por mí, no fui capaz de ver lo que no hablaba de mí pero hablaba de él con una vehemencia conmovedora.

Sobre la mesa de luz había cuatro libros, uno de ellos abierto y boca abajo como si Marito se hubiera ido a Santiago sin darse cuenta de que no iba a retomarlo por un tiempo. Era *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon una foto se cayó de entre las páginas cuando quise devolverlo a su lugar. Era una foto mía. Las manos se me empezaron a temblar. Sentada en el muelle de la casa, un poco fuera de foco, apenas se me veía; seguramente me la había sacado alguien desde el muelle de doña Ángela. Decidí que había sido Marito; si hubiera sido Carmen, ella me la habría mostrado. En el lado de atrás, había unos versos que yo no conocía escritos con la letra enérgica e inclinada de Marito. *Yo amo en ti lo imposible / Pero de ningún modo la desesperanza. Nazim Hikmet.*

Los leí una y otra vez, *amo en ti, amo en ti, amo en ti.* Marito había escrito que me amaba. El significado de los versos parecía desaparecer frente a esa revelación. Guardé la foto entre las páginas de libro y miré una vez más a mi alrededor.

Después me arrepentí de no haberme quedado hasta saciar mi curiosidad, pero esa tarde, mientras bajaba la escalerita del entrepiso, solo podía pensar en que no todo estaba perdido. Una felicidad absurda se había apoderado de mí. Marito me amaba. Algún día iba a volver. Y yo iba a estar esperándolo.

SEGUNDA PARTE

1

Pasó más de un año antes de que volviera a ver a Carmen y a Marito. Recuerdo vagamente ese período, como si hubiera vivido en una especie de limbo esperando las señales que me iban a empujar a retomar mi vida. En algún momento quise dar quinto año libre, pero mis padres no me dejaron. Iba al colegio y me dormía con la cabeza apoyada en los brazos y el saco azul tirado encima como una carpa. La mayoría de las profesoras ni se preocupaba por despertarme, porque de todas maneras mis notas eran buenas, Salía poco y, aunque seguía yendo a la isla, los fines de semana sin Marito y sin Carmen se me hacían largos y aburridos. Mabel había aparecido un día durante la semana y se había llevado a Lucio con ella, y desde entonces doña Ángela estaba más callada que nunca. A veces durante ese invierno fui a visitarla. Me sentaba en un banco contra la pared mientras ella cocinaba. Bartolo me apoyaba la cabeza en las piernas y se quedaba muy quieto, mirándome. Yo sentía su aliento húmedo sobre la pierna, el peso de su cabeza, su mirada que no se apartaba de mí. Me parecía que en cualquier momento iba a ponerse a aullar de desesperación. Supe que Carmen vivía casi todo el tiempo en lo de Emil. Marito estaba viviendo con el padre, estudiaba en la Universidad Tecnológica y trabajaba en un astillero. Yo pensaba que ya no iba a volver a verlo, pero cada vez que la lancha tomaba la curva para entrar al canal, se me

hacía un nudo en el estómago y forzaba la vista para descubrirlo en el muelle sentado mirando el río, como tantas otras veces. Era como si una parte de mí se hubiera independizado de la otra y hubiera decidido seguir soñando a pesar de todo. A Carmen le había escrito dos cartas. No me las había contestado.

En Marzo de ese año fue el golpe militar. Más tarde en mi vida, tratando de recordar el principio de la dictadura, tuve que reconocer que por muchos meses no hubo una gran diferencia para mí entre ese gobierno y el anterior. El 24 de marzo la televisión de casa estuvo encendida casi todo el día, pero mis padres no hicieron muchos comentarios. Recuerdo uno, sin embargo: “Alguien tenía que poner orden”. No me había dado cuenta de que papá y mamá habían estado viviendo con miedo. Para ellos la Junta Militar iba a ordenar el país y después llamaría a elecciones. Yo no tenía entonces ninguna opinión pública. Iba a un colegio donde rara vez se hablaba del tema y el primer contacto cercano que tuve con la influencia de ese gobierno fue cuando la maestra de Educación Cívica, una mujer bajita y apasionada que yo quería mucho, fue acusada de subversiva y despedida del colegio. Por supuesto no fue eso lo que nos dijeron a nosotras, pero Lucila Atkins trajo la noticia y todas sentimos que era una acusación grave aunque no supiéramos bien qué quería decir.

- Hay que tener cuidado con las opiniones en tu colegio- me dijo papá-. Estas cosas son complicadas. No te metas.
- Eso fue todo. Yo solo quería terminar quinto año y que mi vida cambiara. Y entonces volvió Marito.

Un sábado de finales de ese otoño, papá tomó la curva para entrar al canal y Marito estaba en el muelle pescando. Así, sin previo aviso. Yo había soñado con esa imagen durante más de un año, pero nada me había preparado para el terror que sentí. Él estaba ahí por fin y yo no sabía cómo iba a ser mirarlo a los ojos, que me mirara, si nos íbamos a reconocer, no en el sentido, reconocernos con el amor que nos habíamos tenido antes, hacía un siglo. Le tenía de pronto el miedo que se le puede tener a un extraño y, a la vez, me daba tanta alegría verlo que no podía respirar. Estaba paralizada en la popa de la lancha y al mismo tiempo me imaginaba saltando al agua para nadar hacia él. Nos saludó de lejos y recogió la línea. Mientras la lancha se acercaba, él cruzó el puentecito, apareció en nuestro jardín, atravesó la sombra de las casuarinas y entró en la luz del sol que daba de lleno en el muelle. Y fue como si apareciera de golpe, iluminado; caminaba hacia mí con el cuerpo suelto, los brazos a los costados, la cara abierta en una sonrisa. Yo lo saludé desde la lancha- no sé qué le dije- y me puse a pasarle los bolsos y apenas podía mirarlo mientras se los pasaba. Recién después de dejar la lancha en la amarra pude saludarlo. Lo abracé. Mamá y papá estaban ahí, pero yo no quería deshacer el abrazo nunca más. Fue él quien se apartó. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas y me apuré a entrar los bolsos para que no me vieran. Una vez dentro de la casa tuve que irme a mi cuarto para recuperar el aire. Lo escuché cuando acomodó las cosas en el porche y le contó a papá que los estudios iban bien y que el Tordo le había construido un galponcito en el fondo del terreno para que armara un taller de

reparaciones. Los reflejos del sol entre las hojas bailaban en el piso, en mi colcha, en mi cara y yo oía su voz ahí afuera, más grave que antes, crecida; no me podía mover.

- A lo mejor te das maña para arreglarme el grabador-dijo mamá -. Hace meses que no anda.

Él dijo que sí, que si quería se lo miraba ese mismo día. Mamá dijo que después lo buscaba. Yo seguía sentada en la cama.

Estuve así mucho tiempo. Lo vi cuando atravesó el jardín para volverse a su casa. Mamá y papá se prepararon un copetín y sacaron las sillas al muelle. Lo que yo más quería era que él viniera a buscarme, pero sabía que no iba a hacerlo y tuve la sensación de que podíamos quedarnos todo el fin de semana así, yo de un lado y él del otro, como si el riacho que separaba nuestras casas se hubiera convertido en un océano. Entonces se me ocurrió llevarle el grabador.

Lo vi antes de cruzar el puente colgante. Caminaba de un lado a otro y no me escuchó acercarme. Supe, con un golpe en el corazón, que él estaba ahí porque tampoco se animaba a cruzar. Finalmente me vio. A Marito no le gustaba que su cara lo traicionara, siempre decía que nunca en su vida se había puesto colorado y yo lo vi llorar una sola vez, varios fines de semana después de ese, cuando se dio vuelta el bote del Tordo. Pero cuando me vio sobre el puentecito podría jurar que le subieron los colores a la cara.

A mí me parecía que se podía oír mi corazón.

Estiré los brazos con el grabador hacia delante.

- ¿Viniste a traérmelo? - dijo.

Todo lo que había querido decirle durante tanto tiempo parecía juntarse en mi garganta y solo podía mirarlo, con el grabador frente a mí como un escudo o como una ofrenda. Él me lo sacó de las manos.

- Pesa – dijo.

Seguíamos enfrentados y yo no sabía que hacer con mis manos, tenía unas ganas irresistibles de hacer muecas o payasadas, algo que no fuera estar parada así frente a él.

- Me mostrás tu taller- se me ocurrió decir por fin.

Caminamos hacia el fondo, casi tocándonos. Sentía su cuerpo, su brazo tibio. El único sonido era el de nuestros pasos sobre las hojas.

- ¿Vas a volver a vivir acá? - dije.

- No. Voy a empezar a venir los fines de semana. Ya no trabajo más en el astillero.

El taller era un galponcito de chapa en el fondo del terreno de doña Ángela. La puerta se resistió un poco y después se abrió. Adentro, el piso era de tierra. Contra una pared había un catre con la colcha de flores que yo había visto en el cuarto de Marito; en una esquina, el cajón que él había traído de Santiago del Estero y algunos libros. Contra el lado opuesto, una mesa de fórmica un poco chueca, con patas de metal y un corcho con herramientas.

- A lo mejor podés hacer arreglos para gente de Buenos Aires- dije.

Él había apoyado el grabador sobre la mesa y se puso a acomodar las herramientas sobre el tablero de corcho para que coincidieran exactamente con la silueta dibujada. Los árboles se movían afuera cambiando la luz y mi mente saltaba de una cosa a otra, tratando de decidir

qué hacer: podía sentarme en el catre, preguntarle algo sobre sus herramientas, sobre su viaje a Santiago; miraba el grabador sobre la mesa como si fuera a encontrar allí la inspiración para decir algo.

-¿no querés sentarte?-dijo, y yo me senté en una punta del catre como si me lo hubiera ordenado.

Él dio vuelta la silla para quedar enfrentados y apoyó los codos sobre las rodillas inclinándose hacia delante, se rascó la cabeza, algo que hacía cuando estaba nervioso y que tal vez por eso me tranquilizó.

- ¿Qué pasó con Carmen?- dijo él de pronto.

Yo no esperaba la pregunta.

- Algún día te cuento- mentí.

Le agradecí a Carmen en silencio que no le hubiera contado nada.

- Quiere casarse- dijo él.

No me resultaba fácil hablar de Carmen. No me sentía con derecho a saber nada, a opinar sobre su vida.

- La extraño mucho- dije y estuve por contar que le había escrito dos cartas, pero no lo hice, si empezaba a hablar de Carmen iba a querer decir todo y sabía que Marito pensaría que lo que yo había hecho era imperdonable.

Nunca había querido tanto estar cerca de alguien, saber exactamente qué estaba pensando. No habíamos hablado mucho en nuestra vida, pero antes nos había bastado con estar cerca. Ahora de pronto yo tenía una conciencia de mí misma que no había tenido y estaba demasiado atenta a él, esperando una señal que me orientara. Pensé preguntarle por qué se había ido así, de golpe, pero tampoco era posible. Había pasado más de un año. ¿Se

habría olvidado de nuestro encuentro en el agua? Tal vez para él no había significado nada.

- Ella y Emil están yendo a las villas. Les dan apoyo escolar a los chicos y se ocupan de la gente.

Así dijo, de la gente, y por un instante raro sentí que yo formaba parte de otro mundo, un mundo que no era de gente.

- Qué lindo hacer eso- dije y me acordé de Carmen cuando repartíamos cervezas durante el corte de juncos. Sobre los libros vi una postal con la foto de la bifurcación de un camino. La agarré y la di vuelta. En letra de imprenta, despareja, decía “Feliz Navidad” y estaba firmada por su primo Caco. Él me había hablado muchas veces de Caco; cuando volvía de Santiago, siempre traía cuentos de sus aventuras juntos y más de una vez me había contado los viajes y las grandes cosas que iban a hacer cuando fueran grandes.

- ¿Qué es de la vida de Caco?-dije.

Tardó en contestarme, supongo que buscaba una manera de decirlo.

- Se murió.

Hay hechos que no se pueden amortiguar con palabras. Puedo verme de afuera, ahí sentada, con la postal en la mano y la sensación de que ahora pesaba una tonelada y yo no sabía qué hacer con ella ni con lo que me acababa de decir Marito. ¿Qué podía decirle? Volví a leer “Feliz Navidad” y miré otra vez los caminos. Debe de haber pasado un instante antes de que me parara y fuera a abrazarlo, pero ahora me parece que pasó un siglo. Él se dejó abrazar, se había enderezado en la silla, su cuerpo parecía de madera.

- ¿Qué pasó? – dije.

- Se murió de Chagas.

Era la primera vez que yo oía esa palabra y me dio vergüenza no saber de qué me estaba hablando. Se me debe de haber notado en la cara.

- Es una enfermedad de los pobres- dijo él.

Me quedé esperando que dijera algo más, pero se quedó callado y yo volví al catre y agarré la postal porque no sabía qué otra cosa hacer.

La campana de casa con la que mamá anunciaba que estaba el almuerzo rompió el silencio.

- ¿No querés venir a almorzar?- dije.

Negó con la cabeza.

-Pobrecito-dije.

Era la palabra más horrible qué podía decir en ese momento y me dieron ganas de llorar nada más por haberla dicho, por lo torpe que me sentía, por no poder hacer nada, porque Marito había vuelto y ahora parecía más lejos que nunca.

- Me tengo que ir-dije-. ¿Vuelvo a la tarde?

Se había parado y estábamos frente a frente. Sentía que no me iba a poder mover nunca más si él estaba ahí. Nos mirábamos a los ojos y me pareció que su cuerpo y después su cara desaparecían; solo quedaban sus ojos y yo viajaba dentro de ellos a un espacio inmenso. Y sentí que a él le estaba pasando lo mismo, como si estuviéramos encontrándonos en el fondo de la mirada y entonces no necesitáramos hablar. No sé si fue él el que se acercó o fui yo. De pronto estaba tocando su cicatriz con la punta de los dedos. Sentí la hendidura diminuta en

el borde de los labios. Después, no sé cuánto después, estábamos besándonos.

La enfermedad de Chagas o tripanosomiasis cruzi humana es una parasitosis producida por el protozoo flagelado Trypanosoma cruzi, hematófilo que se reproduce en los tejidos por división binaria, múltiple y progresiva.

Se transmite por la picadura de un insecto hematófago con el nombre vulgar de “vinchuca”.

El cuerpo de la vinchuca está compuesto de tres regiones: cabeza, tórax y abdomen. La cabeza es alargada, fusiforme en la mayoría de las especies. Posee un par de ojos globosos y salientes, un par de ojos menores y un par de antenas, receptoras de sensaciones. En la cara central del tórax se insertan las patas, que son delgadas y largas. Gran parte del dorso del abdomen está cubierto por alas. Queda descubierto un reborde con manchas transversales claras, característica muy importante para identificar a las vinchucas.

El insecto se refugia sobre todo en las grietas de los pisos y paredes de adobe de los ranchos, entre el empajado de los techos y detrás de los muebles y objetos. En las viviendas, la presencia de la vinchuca se descubre con relativa facilidad por medio de sus deyecciones, de color pardo-amarillento y negro, que manchan las paredes como si fueran gotas de tinta china.

Leía acostada en mi cama, antes de irme a dormir. Apoyé el libro abierto sobre mi pecho y me puse a mirar las paredes del cuarto, lisas y blancas; la lámpara china de papel las teñía de un suave color anaranjado. Desde el cuarto de papá y mamá me llegaban las voces de la

televisión y, a través de la ventana, el murmullo constante del tráfico. Alguien en el departamento de arriba caminaba con tacos de un lado a otro. Tuve ganas de tomar agua y fui a la cocina. La heladera ronroneaba en la oscuridad del fondo y la luz de la calle iluminaba la mesada limpia, el secaplatos apoyado contra la pared de azulejos. A esa hora el portero ya se habría llevado la bolsa de basura que mamá dejaba en el pasillo de servicio. Cada vez que mamá encontraba una cucaracha en la cocina llamaba al administrador y armaba un escándalo. Al día siguiente aparecía el hombre con la mochila y el departamento quedaba con un olor suave pero desagradable que parecía tranquilizarla. Traté de imaginarme una casa del tamaño de nuestra cocina, como me había dicho Marito, una casa con paredes de adobe y grietas, con techos de paja llenos de nidos de vinchucas escondidos. Volví a mi cuarto con el vaso de agua y me metí en la cama. Marito me había hablado de las noches en Santiago, de los sonidos del monte y del silencio que le zumbaba en los oídos. Me había contado cómo dormía con sus primos en unos catres atados con sogas para que entraran todos y cómo en verano sacaban los catres afuera, debajo de los árboles, para que corriera un poco de aire. También me había contado cómo a veces, en la mitad de la noche, escuchaba a sus tios haciendo el amor. *En las noches calurosas o templadas, cuando las personas se retiran a dormir y apagan la luz las vinchucas comienzan a salir de sus refugios; si están en los techos o en la parte alta de las paredes se dejan caer desde la altura con un ruido seco, como gotas de lluvia.*

Ya no se oía la televisión en el cuarto de al lado, pero alguien, en otro piso, había puesto música clásica. Para mamá y papá un rancho era algo pintoresco, ese es el adjetivo que habrían usado. Ahora creo que la diferencia entre esa visión y la de Marito marca de alguna manera la distancia que yo tuve que atravesar para empezar a entenderlo.

Me sentía muy orgullosa de mí misma ese fin de semana cuando me puse a hablar del Chagas. A la luz del farol de kerosén, Marito arreglaba una licuadora vieja que había traído de Buenos Aires y yo estaba sentada en el catre y me daba aires de experta preocupada por el tema.

-Lo que me pregunto es cómo puede ser que no se den cuenta de que están enfermos-dije en algún momento. Si la enfermedad te agranda el corazón hasta no sé cuántas veces su tamaño, no debés de sentirte muy bien.

Marito siguió arreglando la licuadora. No había dicho una sola palabra desde que yo había empezado a hablar.

- ¿Cómo pueden seguir trabajando? Los que salen al campo o los obreros de la construcción...-otra vez esperé a que él dijera algo-. El libro decía que la enfermedad es asintomática, pero yo no entiendo cómo puede ser asintomática. Me parece que no deberían hacer esfuerzos muy cansadores.

Yo misma me di cuenta de que acababa de decir una estupidez, la gente de la que estaba hablando no podía elegir qué trabajo hacer y mi comentario era enervante, pero Marito, que siempre me marcaba esas cosas, siguió callado. Tenía la espalda transpirada, había desarmado toda la licuadora y ahora estaba concentrado en una piecita que seguramente era la que se había roto. Pensé

en preguntarle si a su primo se le había puesto el ojo en compota cuando lo picaron las vinchucas, si él lo había visto. Quería saber si ellos sabían que el primo se podía morir. Pero el recuerdo tenía que ser muy doloroso para él. Tal vez fuera por eso que estaba tan callado.

-Lo que yo no sabía era que el Chagas es una de las principales causas de mortalidad infantil-dije tratando una vez más de engancharlo a él con la conversación.

Giró en la silla y se quedó mirándome como si estuviera decidiendo si hacía el esfuerzo de hablarme.

-No entendés nada-dijo.

Otra vez, siempre “no entendés nada” y esa ignorancia mía que él me tiraba encima como una montaña de tierra.

- ¿Qué es lo que no entiendo?

- En tu mundo no pasan esas cosas. Mi primo se murió porque lo picó un bicho que vivía en el techo de su rancho- se había quedado con el tornillo en la mano como si no supiera dónde iba-. Los que podrían hacer algo para que eso no pasara se dedican a escribir estadísticas, libros estúpidos que hablan de mortalidad infantil. – Me dio otra vez la espalda y eligió un tornillo.

Traté de entender lo que él me decía, pero una vez más lo que me importaba era que me estaba dando la espalda, que estaba tan enojado conmigo que yo ni siquiera podía pararme y abrazarlo, y me sentía ridícula por estar ofendida y todo era un malentendido.

-¿Te acordás de Lucio cuando era bebé? –dijo Marito.

Claro que me acordaba.

- Y ahora pensá cómo te hubieras sentido de saber que estaba en peligro de morirse todos los días por cosas muy

tontas, por un bicho que había en la casa o porque nosotros no sabíamos cómo cuidarlo; si no hubiéramos sabido, por ejemplo, que en verano hay que darles mucha agua a los bebés porque si no se mueren deshidratados. Cosas así.

Yo me acordé de cuando había subido el río y Lucio casi se nos había ahogado.

-No sé qué hubiéramos hecho si se nos ahogaba esa vez. Marito soltó lo que tenía en la mano y se quedó muy quieto. Su sombra bailaba sobre el corcho y las siluetas vacías de las herramientas que él estaba usando se alargaban y se deformaban frente a él.

- Algo así todos los días, todo el tiempo. Nadie entiende nada. Leen mortalidad infantil y no piensan en sus propios hijos muertos. Ese es el problema. Las cosas les pasan a otros.

Era como si no me hablara a mí. Me levanté y lo abracé por la espalda. No sabía qué otra cosa hacer. No sabía por qué estaba tan enojado conmigo. Yo no le había hecho nada.

- ¿Por qué te enojás conmigo?- le dije.

La puerta se abrió de golpe y el Tordo entró al taller. Se quedó un instante parado ahí, mirándonos como si acabara de encontrarse con su peor enemigo.

- Andate a tu casa- me dijo.

Yo me había apartado y Marito se había parado de un salto y los dos enfrentábamos al Tordo, que cabeceó señalándome la puerta. Miré a Marito, pero él tenía la vista fija en su tío.

- Qué te molesta-dijo.

- No tiene nada que hacer acá.

Y entonces Marito me miró. Era imposible saber lo que estaba pensando, pero me apoyó la mano en la espalda y me empujó con suavidad para que me fuera.

El Tordo tenía unos papeles y antes de que yo saliera los sacudió frente a Marito.

- ¿En qué mierda te estás metiendo?

Salí del taller y me quedé afuera, escondida en la oscuridad. Podía oír las voces, el tono indignado del Tordo.

Marito dijo algo en voz muy baja, solo escuché palabras sueltas que no pude hilar.

- Y andás con la chica de al lado-dijo el Tordo-.

¿No te das cuenta de que no va una cosa con la otra?

Marito no le contestó.

Me di cuenta de que estaba helada. Me habían empezado a castañetear los dientes y el rocío me estaba mojando la ropa y el pelo.

El tono del Tordo se volvió suplicante.

-Salí de todo esto, negrito-dijo-. Ya se lo dije a tu hermana. Son chicos. No se metan en estas cosas.

-No soy chico-dijo Marito.

Cuando salieron del taller, me escondí en la oscuridad entre las hojas de elefante. Los vi pasar a pocos metros, sus caras y parte de sus torsos iluminados por la luz del farol del kerosén.

-Dejate de joder con esa chica-dijo el Tordo.

Se alejaron hacia la casa, pero antes de que se perdieran en la oscuridad todavía alcancé a escuchar algo más.

-Es imposible para vos-dijo el Tordo.

Al día siguiente volvió la húngara. Yo estaba en el muelle con un tazón de café. No me animaba a cruzar a lo de doña Ángela para buscar a Marito y estaba esperando que él apareciera en el muelle o viniera a buscarme. Pensaba una y otra vez en lo que había pasado el día anterior. Me preguntaba cómo íbamos a seguir juntos, dónde nos íbamos a ver si el Tordo no quería que nos viéramos. Por momentos estaba segura de que íbamos a poder superar cualquier obstáculo y por momentos me desesperaba la idea de que no pudiéramos estar juntos.

De espaldas a mí, en su muelle, el Tordo tomaba mate y desenredaba unas tanzas. Lo vi darse vuelta hacia la entrada del canal y un instante después oí un motor. Era el barco de la húngara. El Tordo siguió desenredando sus tanzas, pero su cuerpo se había puesto rígido y yo sabía que quería darse vuelta, que sólo fingía seguir con su tarea.

La húngara pasó frente a la isla sin saludar. Iba parada al timón, con las piernas un poco abiertas y la mirada fija al frente. A su lado había un hombre. Un brazo de él la tomaba de la cintura, iba fumando un cigarro. De lejos se parecía al padre de la húngara en la foto con las palomas. Algo en el corte de pelo o en la mandíbula, quizá la manera de pararse. Me cayó antipático. Cuando se alejaron, el Tordo se paró y se fue hacia la casa. Un rato más tarde escuché la sierra eléctrica en el fondo del terreno. Las tanzas habían quedado sobre el banco y el

sol pasaba a través de la maraña de hilos creando una burbuja de luz.

Cuando Marito apareció, a las once de la mañana, Chico se había ido en la colectiva, y papá y mamá habían ido en la lancha a hacer compras al almacén. El ruido de la sierra eléctrica no había parado en toda la mañana y se oían caer las ramas, una después de otra, como si el Tordo estuviera dispuesto a desmontar el fondo del terreno hasta dejarlo pelado como un desierto.

- ¿Viste a la húngara? dijo Marito sentándose a mi lado.

Miró hacia mi casa y me rozó el brazo con una caricia.

- Papá y mamá no están-dije-. Sí, la vi.

-Se casó con un milico-dijo Marito.

Virulana les había dado la noticia hacía un mes, pero el Tordo no había querido creerle. Hasta se le había ido al humo y lo habían tenido que parar entre todos. Yo conocía la historia de la húngara y el Tordo a través de los cuentos de papá y algunas cosas que me había dicho Carmen, pero nadie antes me había hablado de la historia como me habló Marito esa mañana. Durante años, además de ver a la húngara los fines de semana, el Tordo había viajado a Buenos Aires para encontrarse con ella. De esos encuentros, él volvía siempre con una valija de cuero vieja llena de libros. Los había leído todos. Ahora, dijo Marito, los tenía alrededor como un fuerte, había hecho las paredes de los cuartos con ellos. Yo no le dije que los había visto.

- Toda nuestra infancia nos leía los libros-dijo Marito-. Se sentaba en la cocina a la noche, después de comer y nos leía. A veces hasta recitaba poemas enteros de memoria. Carmen se iba a la cama y yo luchaba contra el sueño

hasta que no podía más y me quedaba dormido ahí, en el banco de la cocina.

Según Marito, el Tordo podría haberse ido a Buenos Aires a trabajar en lo que hubiera querido, pero nunca había podido vivir lejos de la isla. “Lejos del río”, decía él. En el año ’62 se había mudado a un departamento que le había prestado la húngara y se había conseguido un trabajo.

-Por alguna parte hay una foto de él con traje y corbata, la cosa más rara que viste en tu vida-dijo Marito-. Pero qué, no duró ni un mes. Y después ella lo dejó. Esa fue la primera vez que lo dejó.

Le conté que Carmen y yo los habíamos visto haciendo el amor.

-Ella es lo mejor y lo peor que le pasó al tío en su vida-dijo Marito.

Muchas veces, después pensé en esa frase. ¿Cómo se miden esas cosas? Si alguien nos hace felices y después conocemos el peor sufrimiento a causa de esa misma persona, ¿cómo sacar una conclusión definitiva de algo que nos lleva del Cielo al Infierno? La vida sigue, es imposible saber cómo habría sido si hubiéramos abierto otras puertas, si no nos hubiéramos abierto otras puertas, si no nos hubiéramos enamorado de la persona de la que nos enamoramos. Aquel día pensé si alguna vez Marito diría algo así de mí, si en ese momento estaba preguntándose lo mismo. Hoy, recordar esa pregunta me demuestra lo inútiles y absurdos que son nuestros pensamientos sobre el futuro. Le agarré la mano.

-Yo quiero ser lo mejor que te pase en la vida. Él entrelazó sus dedos con los míos.

Quería preguntarle qué era lo que estaba haciendo y por qué su tío decía que entonces no podía andar conmigo, pero no quería decirle que los había escuchado.

El Tordo apareció en la costa con una pila de troncos entre los brazos. Iba echado hacia atrás y los troncos le tapaban la cara. Se subió al bote que estaba amarrado contra la orilla y los acomodó en la popa. Hizo varios viajes. El bote se iba hundiendo por el peso y cuando quedaba apenas una franja sobre el agua, él soltó el cabo, se subió en el hueco que había dejado en el medio y acomodó los remos. Nos había visto, pero no dijo nada.

Marito se paró y bajó los escalones del muelle.

-Vas muy cargado,tío-gritó.

El Tordo no le contestó y se alejó remando río abajo.

-¿Adónde va?-dije.

Marito parecía no saber qué hacer. Subía un par de escalones y los volvía a bajar, siempre mirando a su tío.

-Si pasa la colectiva, lo hunde. Está loco-dijo.

El Tordo se alejaba. Apenas se veía un pedazo de su gorro de lana por encima de los troncos, los remos a los costados y una franja angosta del bote.

Marito le pegó una palmada a la baranda del muelle, subió los escalones sin dejar de mirar a su tío y salió corriendo por la costa detrás de él. Yo lo seguí.

-Quedate en tu casa-dijo cuando vio que cruzaba el puentecito detrás de él.

No le hice caso.

Más allá de lo de doña Ángela, el río hacía una curva y había un terreno con una casa abandonada que había pertenecido a un club de pescadores. Lo que había sido el

jardín estaba ahora lleno de cortaderas y tocones, las plantas crecidas hacían difícil avanzar y en algunas partes del terreno estaba embarrado. A través de los árboles de la costa, veíamos avanzar el bote. Las zapatillas se me hundían en el barro y los pantalones mojados se me pegaban a los tobillos. Marito avanzaba a grandes pasos. Una zanja atravesaba el final de ese terreno y él saltó. Yo acababa de saltar cuando oímos el motor de un crucero. Marito corrió a la costa.

-Carajo-dijo y saltó al agua.

Avanzó con el agua por la cintura, se sacó en suéter y empezó a moverlo de un lado a otro como una bandera.

-Aminorá-gritaba.

Yo corrí por la costa hasta un muelle roto que había unos metros más adelante y empecé a saltar agitando los brazos. En la cabina del crucero, un hombre de campera azul y gorro parecía no haber visto el bote. Marito seguía gritando. El crucero nos pasó por enfrente. En la popa había dos mujeres sentadas frente a una mesa con tragos. Las mujeres, de grandes anteojos negros, iban de cara al sol. Una vio a Marito y pareció gritarle algo al hombre. Sé que el hombre nos vio. Miró a Marito y después me vio a mí. No aminoró. Cuando pasó al lado del bote, la estela del barco-una ola enorme- pegó contra el costado del bote y lo dio vuelta.

El Tordo se cayó al agua. Las pilas de troncos se desarmaron y los troncos se cayeron, se hundían un momento, volvían a la superficie y se quedaban flotando alrededor del bote dado vuelta. Recién entonces, el hombre aminoró. Las mujeres de la popa se habían parado y miraban hacia nosotros. El Tordo salió a la

superficie y pasó los brazos sobre el casco del bote. Se quedó así, muy quieto. El bote seguía a la deriva, boca abajo, rodeado de troncos, con el Tordo abrazado al casco mientras las mujeres y el hombre miraban la escena como si estuvieran mirando una película. Marito salió del agua y corrió por la costa hasta estar a la par de su tío. Yo corrí detrás de él. El hombre gritó algo y una de las mujeres tiró un salvavidas anaranjado que de todas maneras estaba atado a la popa y siguió detrás del barco, en la estela, un salvavidas inútil que el Tordo ni siquiera pareció ver.

El terreno se terminaba en un riacho demasiado ancho para cruzar a pie. Marito y yo nos quedamos parados ahí. El crucero había detenido la marcha, pero seguía avanzando con la fuerza de la corriente y el hombre parecía no atinar a resolver nada.

-Volvé, hijo de puta-gritó Marito.

El Tordo seguía inmóvil, con la cara apoyada en el casco del bote.

Estuvimos así, sin poder dar una solución, hasta que Virulana apareció con la lancha almacén y se acercó a toda la velocidad que le permitía su motorcito. Se puso a la par del bote y paró el motor. Fue él el que logró hacer reaccionar al Tordo y entre los dos dieron vuelta el bote y rescataron algunos de los troncos. Los demás se alejaron con la corriente, junto con el salvavidas anaranjado, las mujeres y el hombre de gorro.

Conseguir que mis padres me dejaran volver del colegio en colectivo había sido una conquista para mí. Hacía un año que caminaba todas las tardes las diez cuadras que me separaban de la parada en la calle Maipú con una nueva sensación de libertad, como si ese fuera el principio de una vida mucho mejor que la que tenía. Alguna vez Lucila Atkins, que vivía cerca de casa, se ofrecía a llevarme. Casi siempre le decía que no, pero esa tarde, meses después de mi reencuentro con Marito, acepté. Quería llegar pronto. Había empezado un dibujo de la isla y quería llegar a casa para encerrarme a dibujar. Llovía. Salí del colegio debajo del paraguas de Lucila, que me estaba hablando de una pelea que había tenido con Antonio ya no me acuerdo por qué. Federico, su hermano, la había ido a buscar y nos hizo señas desde el auto. Unos metros más atrás, con una campera roja con capucha y parado debajo de la lluvia, estaba Marito. Me saludó con la mano, me sonrió. Yo me quedé parada sin saber qué hacer. Miraba a Lucila y otra vez a Marito, y no podía decidirme a caminar hacia él, como si mi cuerpo estuviera recibiendo órdenes contradictorias y el resultado fuera esa inmovilidad. Nunca había tenido mis dos mundos enfrentados tan claramente. Fui hacia Marito y lo abracé. Lucila y Federico se habían cobijado debajo del paraguas y me miraban como si me hubiera vuelto loca.

Tomé del brazo a Marito y me acerqué a ellos.

-Él es Marito-dije.

Federico le dio la mano y Lucila vaciló un instante antes de besarlo.

-Me vino a buscar.

Y me sentía un poco avergonzada, como si de pronto me hubiera quedado desnuda frente a la mirada de dos personas peligrosas. Federico hizo un gesto de despedida con la cabeza.

-Vamos-le dijo a su hermana.

Tuve la sensación de que se habían subido al auto ansiosos por criticarme. No sé si esto lo pensé entonces o lo deduje después, cuando pasó lo que pasó, pero a veces parece que el tiempo no existiera para mí, que en un momento dado fuera capaz de sentir vagamente cosas que toman forma en un tiempo posterior, como si algo del futuro se filtrara en el presente.

-¿Son tus amigos?-dijo Marito mientras caminábamos hacia Maipú para tomar el colectivo.

-No-dije-. Ella está conmigo en la clase, pero no es mi amiga. Él es el flequilludo que imitaba Carmen cuando yo estaba triste porque nadie me sacaba a bailar ¿te acordás?

Marito se detuvo y me abrazó. Nos besamos.

-Estás empapada-dijo, se sacó la campera y nos metimos los dos debajo.

Seguimos besándonos. La lluvia sonaba contra nuestro paraguas improvisado y los coches pasaban por la calle, con un siseo, como reptiles gigantes.

Una hora más tarde, nos sentamos en una mesa en La Giralda, en la calle Corrientes. Yo llamé a casa y mentí. Dije que estaba en lo de una amiga nueva, inventé un nombre para que mamá no tuviera el teléfono y colgué

antes de que me pudiera preguntar algo más, con la excusa de que la mamá de mi amiga necesitaba el teléfono. Una mujer de pelo muy corto se apoyó contra la pared y se quedó mirándome mientras fumaba. Sentí que se burlaba de mí. Marito había elegido una mesa junto a la ventana y me senté frente a él. La calle Corrientes estaba llena de gente. Corrían bajo la lluvia, se chocaban, se esquivaban, se apiñaban debajo de los salientes para guarecerse de la lluvia. Los colores de los colectivos brillaban a la luz de las marquesinas de los teatros, había mucho ruido, una mezcla confusa de voces y gritos y bocinas y músicas que salían de quién sabe dónde. Yo nunca había estado en un lugar tan ruidoso, tan lleno de gente distinta. Sentí que Marito me estaba llevando de la mano al corazón de una ciudad de la que yo sólo conocía un pedacito.

Pedimos chocolate con churros y nos tomamos las manos sobre la mesa.

-¿Nunca habías estado en la calle Corrientes?-dijo Marito cuando nos trajeron el pedido.

Yo había ido algunas veces con mamá al cine Los Ángeles, pero eso había sido hacía años, y seguramente no habíamos estado en la calle más de lo necesario para tomar un taxi. Marito nunca había ido al cine Los Ángeles.

-Cómo no vas a conocer la calle Corrientes-dijo.

Me encogí de hombros.

-Es como si fueras una extranjera en tu propio país.

Una gorda con un sweater verde muy apretado se acercó a pedirnos un cigarrillo. Se inclinó sobre Marito provocativamente mientras él buscaba un paquete que tenía en el bolsillo de la camisa. Yo nunca lo había visto

fumar. Ella encendió su cigarrillo y nos tiró el humo encima sin dejar de mirarlo. Apestaba a tabaco. Se alejó contoneándose como un gato, con el jean mojado pegado a su enorme trasero.

-¿Qué caradura?-dije.

-¿Por qué? -dijo Marito -. No todo el mundo tiene plata para comprarse lo que se le da la gana.

Me acusó otra vez de vivir en una burbuja. Dijo que había mucha gente que vivía de manera muy distinta de la que yo conocía. Yo estaba muy consciente de eso, pero las monjas del colegio nos recordaban siempre que teníamos que agradecer a Dios por haber nacido en casas privilegiadas y nos machacaban desde la primaria eso de que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja a que un rico entrara al reino de los cielos. El comentario de Marito me hizo sentir otra vez afuera de su mundo, como si él y la gorda estuvieran de un lado de una pared y yo del otro. Ahora me parece que esa tarde fue el principio de una larga conversación que él y yo mantuvimos durante mucho tiempo, el principio de un diálogo en el que yo me iba a sentir invariablemente juzgada por él.

No creo que hayamos estado en La Giralda más de dos horas. Marito miraba todo el tiempo por la ventana, sus ojos iban y venían de mi cara a la puerta y de ahí a las mesas de al lado. Siempre lo había visto en la isla, concentrado en su pesca o en nuestras conversaciones, la mirada intensa y quieta, algo suelto en el cuerpo que yo admiraba en él. No reconocí a este Marito disperso, irritado. Parecía preocupado por la presencia de los demás, por las caras que entraban y salían de La Giralda.

Un rato después me acompañó hasta el colectivo. No nos besamos al despedirnos. Desde la ventanilla de atrás lo vi en la parada, con su campera roja, sus piernas flacas, su cara tensa, distinta. Me hizo adiós con la mano y yo le contesté y apoyé mis labios sobre el vidrio frío. Me había hecho tan feliz que me fuera a buscar al colegio, pero no sabía qué pensar de nosotros ahora. Por la calle, gente sin paraguas corría de un refugio a otro. En las paradas hombres y mujeres se subían al colectivo con el pelo pegado a la cabeza, la lana de sus sweaters tenía olor a humedad. Yo me preguntaba si esa noche iban a comer algo, si en su casa tendrían una cama seca y caliente, si alguien los abrazaría y los haría sentir que la vida valía la pena. Y de alguna manera era como si los viera por primera vez.

El llamado de Federico ese jueves me tomó totalmente por sorpresa. Era para invitarme a una fiesta en San Isidro al día siguiente. Yo no tenía ganas de ir; pero a la vez me sentí halagada y me escuché a mí misma aceptando la invitación como si todavía fuera esa que había sido dos años atrás, la que pasaba las fiestas parada contra la pared, anhelando que Federico o cualquiera de sus amigos se acercara a sacarla a bailar.

Me pasó a buscar en el auto de su papá. Lucila y Antonio iban en el asiento de atrás y en el viaje Federico y Antonio discutieron porque Federico no había aceptado un ofrecimiento del padre para estudiar en los Estados Unidos.

-Dios le da pan al que no tiene dientes –dijo Antonio.

Federico lo acusó de envidioso. No tenía ganas de estudiar, bastante lo habían perseguido para que terminara el bachillerato; su tío se estaba llenando de plata en una cueva y lo había invitado a trabajar con él.

-Para eso no hay que estudiar. Hay que tener algo acá –dijo tocándose la sien.

Antonio no estaba de acuerdo. Ganar plata así, para él, era lo mismo que jugar en el casino y era ilegal.

-¿Qué ilegal ni ilegal? –dijo Federico-. Es lo único que se puede hacer para tener guita en este país.

Me preguntaron qué iba a estudiar yo.

-Letras –dije.

-Filosofía y Letras-dijo Federico.

- No. Letras. La facultad es la de Filosofía y Letras, pero son dos carreras separadas.

- ¿Y vas a empezar por la “A”? –dijo Federico.

Se rió como si acabara de hacer el mejor chiste de su vida. Manejaba rápido. A la altura de Acassuso empezó a pasarse los semáforos en rojo. Yo, que me había arrepentido de ir en el minuto en que colgué el teléfono, empecé a desear que la noche pasara lo antes posible.

La fiesta era en una casa sobre el río. Un ventanal daba a la barranca y a lo lejos se veían las lucecitas de las boyas y de algunas chatas. Había mucha gente reunida en grupos con vasos de vino en la mano, sentada en los sillones, algunos estaban conversando en una galería del otro lado del ventanal. La música sonaba fuerte y en el comedor, dividido del living por unas puertas corredizas, había una gran mesa con fuentes de fiambres, panes de diferentes tamaños y salsas, para hacerse sándwiches. En otra mesa larga contra la pared había botellas de vino y baldes de hielo con cerveza. La dueña de la casa era una flaca pálida y muy maquillada que estudiaba Derecho con Antonio. Vino a recibirnos colgada del brazo de un novio que me puso la mano en la nuca cuando me saludó.

-Esta fiesta mata mil- dijo Lucila mientras se preparaba un sándwich-, las nuestras, al lado, parecen de jardín de infantes.

Era verdad que todos eran más grandes que nosotras y que, aunque yo había dejado de ir a las fiestas que organizaban mis compañeras, ésta tenía un aire más distendido y más libre que las que yo recordaba. Federico me alcanzó un vaso de vino y lo acepté. Nunca había tomado en una fiesta.

Cuando terminé el vaso, las voces habían subido de volumen y, contra una biblioteca con libros encuadernados en cuero y portarretratos de plata con fotos de la familia, un grupo de invitados se había puesto a bailar.

Antonio propuso que bailáramos y Federico me llenó el vaso otra vez. Yo no quería tomar más. Cuando nos acercamos a la biblioteca apoyé el vaso en un estante. Por primera vez estaba en una fiesta acompañada y en lo único que podía pensar era en Marito. Me parecía que nunca en mi vida lo había extrañado así. Bailaba sin ganas y trataba de disimular mi incomodidad, pero no podía sonreírle a Federico cuando se acercaba y abría los brazos frente a mí; no me sentía capaz de seguirle el juego. A nuestro lado Antonio y Lucila hacían pasitos graciosos, imitaban a John Travolta con el brazo estirado frente a ellos y nos apuntaban con el índice riéndose. Tomé más vino para ver si lograba soltarme, unirme a ellos. Federico no dejaba de mirarme y yo imaginaba que estaría pensando que era aburrida, que con razón nunca nadie me había sacado a bailar.

-Vamos a dar una vuelta por el jardín- dijo de pronto.

Lo seguí sin ganas. Sentía el cuerpo muy liviano, como si mis pies estuvieran apoyándose en un suelo movedizo. Me pesaba la cabeza. Cuando Federico me agarró la mano para guiarme entre la gente, quise soltarme, pero no atiné a hacerlo. Él me llevó hasta el borde de la barranca y se sentó contra el tronco de un liquidámbar iluminado desde abajo. Las hojas dejaban pasar la luz con un resplandor rojizo. Tiró de mi brazo y sentí que me caía

a su lado con un ruido sordo. Pasó su brazo por detrás de mi espalda y me atrajo hacia él.

-No –dije.

Mi voz quedó reverberando en el aire.

-¿No qué? -dijo él.

Insistió. Traté de pararme pero él me obligó a quedarme sentada.

-No qué –volvió a decir, y trató de besarme.

Tenía aliento a vino y su cara, tan cerca, me pareció desagradable, como si de pronto las sombras la hubieran convertido en una máscara. Me aparté y él se volvió a acercar. Me solté con violencia y, esta vez sí, pude pararme. -¿Me vas a decir que no a mí? –dijo.

Corrí hacia la casa. No sabía qué hacer, quería irme, pero no se me ocurría cómo. Él me siguió.

El living estaba lleno de gente. Habían apagado las luces y un resplandor azulado iluminaba a las parejas en la pista improvisada. Lucila y Antonio bailaban muy juntos y se besaban. Me acerqué a ellos y me quedé parada ahí, sin saber qué decir. Federico también se acercó.

-Me voy a llevar a esta su casa –dijo casi a los gritos.

Lucila y Antonio dejaron de bailar y nos miraron asombrados.

-Parece que a tu amiga solo le gustan los gronchos –dijo Federico.

Me hubiera gustado reaccionar de alguna manera, insultarlo; lo seguí en silencio. Toda mi energía estaba dedicada a no desarmarme. No quería subirme al auto con él, pero nunca había estado en una situación así. No tenía plata para un taxi, no conocía a nadie. Llamar a mis padres no era una posibilidad.

En el auto íbamos en silencio. Yo espiaba el perfil de Federico, sus mandíbulas apretadas y la vista fija al frente. Las veredas estaban desiertas y detrás de las ventanas oscuras me imaginé con envidia a la gente durmiendo en sus camas. Trataba de no moverme, de no hacer ningún ruido, como si pudiera desaparecer hasta bajarme en casa. Cuando llegamos a la Avenida del Libertador, Federico apretó el acelerador a fondo. A la altura de Beccar nos paró un patrullero. Nos iluminaron de afuera con una linterna muy potente y nos hicieron bajar del auto. Gritaban. Un policía empujó a Federico contra el auto y otro hizo lo mismo conmigo. Nos obligaron a poner las manos en el techo. El policía que estaba detrás de mí me aplastó contra el auto con su cuerpo. Sentí sus manos que me tocaban, bajaban hasta la cintura, las caderas, bajó por las piernas, volvió a subir. Me tocaba con las palmas abiertas. Federico estaba diciendo algo de su padre –su padre tenía un puesto en el Ministerio de Economía- y el policía me tocó entre las piernas con la mano caliente. Su cara se me acercó por detrás y sonreía.

-¿Estás mojada, putita? –me susurró al oído.

Me tenía acorralada contra el auto. Yo podía ver a Federico del otro lado, su cabeza baja, el pelo rubio, las manos sobre el techo del auto.

-Esperá –gritaba-. Dejame llamar a mi viejo.

-¿Qué viejo ni viejo? –le dijo el policía-. No tiene documentos y quiere llamar a su papito –le dijo al que estaba conmigo.

Yo sí tenía documentos, pero ellos dijeron que nos iban a llevar a la seccional para averiguación de antecedentes.

Traté de levantar la cabeza pero el policía me la bajó con fuerza y me golpeó la frente contra el borde del auto.

-Quedate quieta –dijo.

Me temblaban las piernas y tenía ganas de vomitar. Los autos pasaban por la avenida. Nos vi de afuera, como si yo pasara en uno de sus autos. Una parejita detenida: qué habríamos hecho para que nos trataran así, para que nos tuvieran contra el auto con las piernas abiertas, la luz roja del patrullero, intermitente, barriendo nuestros cuerpos acorralados, las cabezas gachas, las caras de los policías. Nadie se detenía a preguntar. Nadie quería meterse.

No supe de dónde salió el tercer policía. Debe de haber estado ahí todo el tiempo, pero yo no lo había visto. Tenía una radio y una voz entrecortada estaba diciendo algo que no oí.

-Dejalos –dijo el tercer policía-. Tenemos que ir para La Lucila.

El policía que estaba a mi lado me agarró de la nuca y me obligó a levantar la cabeza.

Y se fueron.

Nunca pensé que alguna vez iba a tener tantas ganas de que mi mamá se despertara y se asomara a preguntarme cómo me había ido en una fiesta. Me había quedado parada frente a su puerta y de pronto me habían vuelto las ganas de vomitar. Ahora estaba sentada sobre la tapa del inodoro, con un gusto ácido en la boca, atenta a cualquier ruido. No creo que hubiera podido contarle a mamá lo que me había pasado, pero me la imaginaba abriendo la puerta, con su bata rosada y el suave perfume que emanaba de ella cuando estaba recién levantada, y pensé que era lo que más necesitaba en el mundo. Me lavé los dientes, me di una ducha y me largué a llorar mientras el agua caliente me bajaba por la cara, por el cuerpo, me limpiaba, me devolvía el calor. En la cama seguí llorando. Eran las tres de la mañana y el departamento estaba oscuro y silencioso. Cuando me quedé dormida, ya habían empezado a cantar los primeros pájaros.

Horas después me desperté con el ruido de la lluvia. Escuché a mamá preparando el desayuno, pero no quise levantarme. Si llovía no íbamos a ir a la isla y de pronto me parecía que no tenía ninguna razón para levantarme, que podía quedarme en la cama para siempre, con la cara hacia la pared y la vida en blanco. Estaba convencida, además, de que no iba a poder mirar a Marito a los ojos nunca más, de que la noche anterior me había separado de él, me había dejado marcas imposibles de disimular.

Mamá me tocó la puerta cerca del mediodía para invitarme a salir a almorzar con ellos. Dije que no tenía hambre y que prefería quedarme. Me había puesto a pensar que la única persona a la que podría contarle lo que me había pasado era Carmen. Ella habría encontrado una manera de hacer que las cosas no parecieran tan malas, siempre lo había hecho. De pronto, perderla era la cosa más triste que me había pasado en toda mi vida. Cuando papá y mamá volvieron de almorzar, yo estaba frente al televisor y se pusieron a contarme un encuentro que habían tenido en el restorán con una amiga que hacía años que no veían. Estaban contentos, entusiasmados con su amiga reencontrada. No se dieron cuenta de nada y yo supe que hay cosas que llevamos adentro y nadie puede ver, y que esa es la verdadera soledad, callarse y no encontrar consuelo en nadie, no buscarlo siquiera, como si el silencio fuera el único destino de las cosas que más duelen.

Después, ya nunca le conté a nadie lo que había pasado esa noche. Durante todo el fin de semana siguiente tuve ganas, por momentos, de hablarlo con Marito, pero tenía miedo. No le podía decir que había salido con Federico y mucho menos que no había reaccionado cuando lo insultaron a él. Toda mi actitud me parecía imperdonable y estaba segura de que él me iba a juzgar con dureza. Pareció darse cuenta de algo porque varias veces me dijo que estaba rara y el sábado a la tarde me pidió perdón por la forma en que me había tratado en La Giralda. Dijo que a veces se enojaba y no sabía bien por qué, que sabía que yo no era como otras personas a las que no les importaba nada de los demás. Yo lo escuchaba y tenía

ganas de llorar, pero no podía ponerle palabras a lo que me pasaba. Quería decirle que nuestra discusión de La Giralda no tenía nada que ver con mi estado de ánimo, pero de pronto ya no estaba tan segura. Las escenas del viernes a la noche seguían repitiéndose en mi cabeza y, cada vez que Marito me hacía una caricia o me besaba, yo sentía que no lo merecía, que lo había engañado. El paisaje se había vuelto gris y hacía frío, pero el cielo estaba muy azul; el aire mismo parecía de vidrio, tan cristalino y helado como si estuviera a punto de quebrarse.

El Tordo no estaba. Marito me dijo que tal vez se había ido unos días a acampar al fondo del Durazno, a unos aserraderos abandonados. No era la primera vez que desaparecía. Y a doña Ángela no le molestaba que nosotros estuviéramos juntos. El sábado al mediodía la ayudé a cocinar un guiso de lentejas y almorzamos los tres en la cocina. Bartolo se acostó debajo de la mesa y apoyó su cabeza sobre mis pies. Se me ocurrió que era el único que sabía todo lo que me pasaba, que no necesitaba entenderme para estar ahí, incondicional. A él sí habría podido contarle todo.

A la tardecita, cuando volví a casa, mamá y papá me esperaban sentados en el living.

-¿No te parece que estás pasando demasiado tiempo con ese chico? –dijo papá.

-¿Con qué chico? –dije.

-Con Marito, Alma –dijo mamá-. Ya no son chicos y Carmen no está.

Pareció que iba a seguir pero miró a papá como si necesitara ayuda para encontrar las palabras.

-No nos parece muy adecuado que pases tanto tiempo con él –dijo papá.

-¿Por qué? –dije.

Me acerqué a la chimenea y acomodé los troncos de quebracho con el atizador. El fuego soltó una lluvia de chispas. Así, de espaldas a ellos, me era más fácil juntar fuerzas para contestarles, pero ellos no habían dicho nada más. Oí chocar los hielos en el vaso de whisky de papá.

-Marito es mi mejor –dije.

Mamá se movió en el sillón. En este tipo de conversaciones ella no hablaba mucho, miraba a papá. Pero yo siempre sentía que era ella la que estaba detrás de las palabras de él, como un ventrílocuo, como si hubieran ensayado lo que querían decirme.

-Marito y vos son muy distintos –dijo Papá.

-No me parece –dije-. Marito tiene mucho más en común conmigo que todos los chicos de Buenos Aires.

Mamá suspiró.

-Igual no entiendo qué les preocupa tanto que tenga un amigo –dije-. ¿Qué quieren? ¿Qué me hace la vida sola?

Sabía que ese era un buen argumento. Mi soledad los preocupaba y alguna vez los había oído decir que tal vez la costumbre de ir todos los fines de semana a la isla no había sido buena para mí. Tal vez tendría que empezar a invitar amigas a la isla, dijeron, siempre había estado con los vecinos, pero ahora las cosas eran distintas.

-No tengo amigas –dije.

Lo dije y me di cuenta de que era cierto. Mis únicos amigos verdaderos habían sido Carmen y Marito.

-Tal vez tendrías que hacer algo al respecto –dijo mamá.

Hacer algo al respecto, como si uno pudiera elegir a quién amar.

-Estoy bien así –dije. De pronto me sentí muy sola.

-Si te lo decimos es por tu bien –dijo papá.

Me agaché frente al fuego y agregué un leño. Otra vez las chispas volaron hacia todos lados.

-No se preocupen –dije.

Me habría gustado hablar con ellos de todo lo que me pasaba, pero sabía que no iban a entenderme.

-A la estufa del pasillo le faltaba kerosene -dije.

Y me fui a buscar el bidón al cuartito del motor antes de que pudieran decirme algo más.

Antes no había tenido necesidad de mentirles a mis padres, pero a partir de entonces entendí que no podía pretender que apoyaran mi relación con Marito y mi vida se fragmentó: empecé a vivir en compartimentos aislados. Por un lado tenía el colegio y las actividades que tenían que ver con los estudios, por el otro mis fines de semana con Marito, y por otro, también distinto, mis encuentros con él en la ciudad. Nuestros encuentros en Buenos Aires se volvían difíciles, tirantes. A veces él iba a buscarme al colegio o nos encontrábamos en alguna parte y, a pesar de la alegría de vernos, terminábamos peleándonos por alguna pavada. La tarde en La Giralda parecía repetirse: me sentía juzgada, dejada de lado; Marito me decía que era mejor contármelo y yo quedaba una vez más del otro lado de la pared. Muchas veces terminaba pensando que mis padres y el Tordo tenían razón, que nuestros mundos no se podían juntar, pero me bastaba llegar a la isla y ver a Marito en el muelle para que todas mis dudas desaparecieran. En la isla siempre retomábamos una manera de estar juntos que venía desde la infancia. Parecía que cualquier diferencia que tuviéramos, cualquier desencuentro, se podía resolver con piedra, papel o tijera, nuestras manos escondidas un momento, armando la figura que nos liberaría de cualquier discusión. Conversábamos de miles de cosas, planeábamos viajes, salíamos a remar por los riachos y encendíamos fuegos en la isla del medio. Nos reíamos mucho. Y nos gustábamos. Nuestros besos, la forma en

que nos buscábamos con el cuerpo, tenía una fuerza que borraba cualquier diferencia. Marito empezó a enseñarme a tocar la guitarra y escribíamos letras de canciones y poemas; él me daba libros para leer y por él conocí a Miguel Hernández y a Lorca y a Nazim Hikmet. En el colegio, las chicas escuchaban a James Taylor, a Crosby Stills Nash – Young, a América y a David Gates. Con Marito conocí a Spinetta, a Charlie García, a Violeta Parra, a Los Olimareños. Él me hacía escuchar las letras de las canciones y me hablaba de una realidad que él, en esos momentos, llamaba “nuestra”. Yo entonces le mentía para no sentirme sola. No podía decirle que para mí no había una realidad “nuestra” que no fuera nuestros días en la isla, los besos, el aire frío y húmedo de su taller, las caminatas por la orilla, el olor metálico del barro, su cara y su boca y su cuerpo, y también esos secretos que tenía aunque no quisiera hablarme de ellos. Pero a su lado me sentía desorientada o desenfocada. Ni siquiera estaba muy segura de querer realmente ir a la facultad. Quería escribir, quería viajar, conocer gente, sentirme menos sola, quería que él me amara y estar juntos, pero no podía sentirme parte de nada. Todos los demás a mí alrededor pertenecían a algo, a un grupo, a una manera de pensar que compartían con otros, tenían pares, lugares de pertenencia; yo estaba sola. A todos les ocultaba algo, porque yo era un montón de fragmentos que no se unían, y en todas partes tenía la sensación de estar y no estar. Había un solo lugar en el que me sentía entera: en la isla. Y porque Marito estaba conmigo, yo sabía que él era el único que me conocía entera, tal como yo era cuando no tenía necesidad de mentir.

Sor Francisca era la monja que daba clases de catequesis en el colegio. Era una mujer grandota, con la cara redonda y una nariz gorda llena de venitas que se le ponía roja cuando se fastidiaba. Desde la primaria, cada año, nos contaba la historia de Adán y Eva. Estaba obsesionada con el Pecado Original. Había ido cambiando sus técnicas de narración y ajustándose a nuestras edades, pero siempre machacaba con eso: cómo la serpiente había tentado a Eva y Eva a Adán para que comieran la manzana prohibida. En segundo grado, Sor Francisca había colgado en el pizarrón una pintura de Adán y Eva cuando Dios los echó del Paraíso. Todavía recuerdo la impresión de Adán y Eva agachados, tapándose porque de pronto les había dado vergüenza estar desnudo. Miraban hacia atrás a Dios, que los apuntaba con el dedo, furioso, y huían de Él aterrados por todos los castigos que ahora iban a tener que sufrir por haber pecado.

Alguna vez yo le había preguntado por qué, si Dios sabía que iban a pecar, los había dejado hacerlo. A mí ese Dios indignado no me había gustado nada. Me parecía muy cruel lo que había hecho. Lo imaginaba escondido detrás de unos arbustos, esperando para salir a apuntar con el dedo, haciéndose el decepcionado cuando había sabido desde el primer momento que las cosas iban a salir mal. Ya en la secundaria yo había hecho un comentario que me había ganado la enemistad eterna de Sor Francisca.

-me parece un poco sádico-dije en voz muy baja, pero ella me escuchó.

Pensé que iba a persignarse. La nariz se le puso como un farol.

-Dios nos hizo a su imagen y semejanza. Y, para que fuéramos como Él, tenía que darnos libre albedrío-dijo con la voz atragantada.

-¿Y cómo sabemos entonces que Él no puede elegir el mal?-dije.

Sor Francisca me miro como si estuviera frente al mismo demonio. Era evidente que la idea de que Dios pudiera elegir el mal no se le había cruzado ni remotamente por la cabeza.

El timbre del recreo la salvó.

-Vamos a tener que hablar de esto-Dijo y pareció que iba a seguir, pero se puso a juntar sus cosas apurada y salió de la clase abrazándose a sus papeles.

-Te van a matar -dijo Lucila Atkins.

Y las chicas alrededor de nosotras parecieron estar de acuerdo con ella.

Al día siguiente, Sor Francisca me llamó aparte.

-Toda la noche recé para que Dios te conceda la gracia de la fe -dijo-. A través de la razón no se llega a Dios.

Lo peor de todo era que yo ni sabía cuando había empezado a sospechar de ese Dios bueno y misericordioso. Sentí que ella tenía un poco de razón, que tratar de entender tantas cosas era un defecto horrible que no me iba a dejar ser feliz.

Marito y yo teníamos muchas conversaciones sobre religión y muchas veces, durante ese último año de colegio, yo llegaba a las clases de catequesis con los argumentos que él me daba, muchos de ellos de la novela Abraxas de Hermann Hesse, que él me leía en voz alta y

me tenía totalmente fascinada. Las ideas del libro me tenía en pie de guerra permanente con Sor Francisca.

Una tarde, sin previo aviso, Sor Francisca les mando una nota a mis padres.

Alma se está apartando del camino de la fe, decía la nota. Sería aconsejable que hablaran con ella en este momento difícil de su vida cristiana.

Mamá me leyó la nota en voz alta en el auto el viernes a tarde. Me habían pasado a buscar por la salida del colegio para ir a la isla y esa conversación era lo último que yo quería en la vida, pero tuve que contarles las discusiones con Sor Francisca desde el asiento de atrás. Papá me miraba por el espejo retrovisor y mamá se giraba cada tanto muy fastidiada y después seguía con la vista al frente y sacudía levemente la cabeza hacia los dos lados.

-tendrías que leer a santo Tomas de Aquino –dijo papá-. Va a ser mucho más efectivo que los rezos de sor Francisca.

Mamá le mandó una de sus miradas fulminantes.

-no veo qué es lo que te hace gracia –dijo.

Por la luneta de atrás pasaban las copas de los árboles a todas velocidad y me acosté en el asiento para mirarlas.

-Dos locos se escaparon del manicomio en una moto –me puse a contar-. Uno dijo “qué rápido pasan los árboles”. Y el otro le contestó: “Sí, a la vuelta me vuelvo en árbol”.

-¿Quién te está metiendo estas cosas en la cabeza? –dijo mamá.

-¿Qué? ¿Lo de los locos?

Mamá se asomó hacia atrás furiosa.

-No te hagas la viva –dijo.

Era verdad que muchas de mis dudas estaban alimentadas por las conversaciones que tenía con Marito, pero la enemistad con Sor Francisca era anterior y me dio rabia que mamá no me creyera capaz de pensar por mí misma.

-Me parece que el Dios misericordioso de las clases de catequesis es una buena excusa para lavarse las manos y no hacer nada para cambiar las injusticias del mundo – dije.

Eran palabras de Marito, pero yo estaba de acuerdo con él. De todas maneras, apenas las dije, me arrepentí. Estábamos en una luz roja y papá también se dio vuelta para mirarme.

-¿Con quién hablás de esas cosas? –dijo.

El auto de atrás le tocó la bocina para que avanzara.

-Está verde –dijo mamá-. Contestale a tu padre.

Pasamos por debajo de una maraña de cables de luz que se perdían entre las ramas de los plátanos.

-Con nadie –dije.

-Con nadie –repitió mamá. ¿Desde cuándo pensás vos que el mundo está lleno de injusticias?

Lo decía como si fuera una idea rarísima y por primera vez pensé que Marito tenía razón cuando decía que a nosotros solo nos importaba nuestra propia felicidad.

-Así empiezan –le dijo mamá a papá como si yo no estuviera ahí acostada en el asiento de atrás-.

Primero quieren cambiar el mundo y después terminan poniendo bombas debajo de las camas.

Me senté.

-No seas tan extremista –dijo papá, pero me miró otra vez por el espejo y me preguntó, también él, quién me estaba metiendo esas cosas en la cabeza.

-¿No habrá sido esa profesora de Educación Cívica, no? –dijo mamá.

Un Falcon se detuvo en el semáforo a nuestro lado. El hombre que estaba en la ventanilla frente a la mía iba con la vista hacia delante, pero de pronto me miró. Y había algo en su mirada, en la dureza de su boca, que me hizo sentir un miedo instantáneo. Lo vi decir algo y el que manejaba se dio vuelta para mirarme. Se rieron. Me alejé de la ventana.

-Te hice una pregunta –dijo mamá.

El tráfico se había detenido y yo no podía sacarles la vista de encima a los del auto de al lado, como si algo en ellos me fascinara y me diera repulsión a la vez. El que manejaba abrió la ventanilla, sacó una sirena como la de los autos de policía y la puso en el techo. La luz estaba apagada, pero un instante más tarde se encendió, y el sonido angustiante de la sirena hizo que todos empezaran a hacerse a un lado para dejarlos avanzar. El hombre que iba atrás había sacado el brazo por la ventanilla y tenía una mano abierta apoyada en la puerta. Era una mano rosada y corta, hasta femenina.

-Qué tipos desagradables- dijo papá.

-¿Son policías? –pregunté.

Y deben de ser –dijo él girando para tomar la calle Maipú, que baja hacia el río.

Nadie habló hasta que llegamos al club, como si los hombres del Falcon hubieran tenido el poder de callarnos.

-Ni sueñes con que vas a esquivarle el bulto a esta conversación –dijo mamá mientras bajábamos las bolsas del baúl.

-No entendés nada –le dije y bajé corriendo la barranca hasta el muelle.

El río estaba alto y me puse a preparar el cabo para cuando papá atracara la lancha.

En la isla se tranquilizaban. Tal vez se olvidaran de seguir interrogándome.

-Todo el mundo va a Miami –decía mamá.

Casi no había día en que su vida no pareciera estar dedicada a convencer a papá de la importancia de ese viaje que él no quería hacer.

-Si no vamos ahora, ya no vamos a ir –decía también, como si Miami estuviera a punto de desaparecer o se fuera a acabar el mundo antes de que ellos conocieran “el paraíso de la compra”, como le decía papá.

Ella se defendía, no era solo por las compras, él nunca quería ir a ninguna parte, nunca le daba los gustos, era capaz de ir, por el resto de su vida a los mismos lugares y morirse sin haber conocido el mundo. De oírla era como si de repente nuestra vida hubiera perdido el sentido; papá me estaba poniendo de excusa, decía ella, yo ya tenía edad para quedarme sola unos días, no me iba a pasar nada.

En eso yo estaba totalmente de acuerdo con ella. La perspectiva de quedarme sola me entusiasmaba tanto que tenía que disimular. Si mamá se daba cuenta, era muy capaz de cambiar de idea, qué tanto quería hacer yo sin ellos. No habían logrado sacarme ni una palabra en la conversación que habíamos tenido en la isla el día de la carta de Sor Francisca, pero estaban atentos a mis llamadas de de teléfono y a mis salidas, y yo tenía miedo de que descubrieran en cualquier momento que Marito y yo nos veíamos en Buenos Aires también. Lo que más quería era que se fueran para poder invitar a Marito a casa, estar con él por una vez en la ciudad sin tener una

mesa de café entre nosotros, mostrarle mi mundo, mi cuarto, mis cosas.

La gotita que horada la piedra, le dijo papá a mamá la noche que se apareció en casa con los pasajes. Me pareció que nunca había visto a mamá tan feliz como esos días previos al viaje, escribiendo listas y hablando con sus amigas, sí, ella también iba a conocer Miami, y anotaba direcciones, y me hablaba de Miami como si estuviera por hacer un viaje al futuro, a un mundo de verdad, no como el nuestro lleno de impedimentos.

Los acompañé en el remís al aeropuerto y asentí obedientemente a todas las indicaciones que me dieron antes de perderse detrás del personal de Migraciones. Papá quiso fingir que era arrastrado a algo que no le interesaba, pero era obvio que también estaba feliz. Había conseguido datos de lugares a donde ir, distintos de los de mamá, como se ocupó de aclarar; a lo mejor en la playa se encontraban alguna mina en tetas, había dicho la noche anterior durante la comida guiñándome un ojo.

Era la primera vez en mi vida que tenía por delante una semana entera sin mis padres y, al abrir la puerta de casa, sentí que había crecido de golpe, que era dueña de mi tiempo, que podía hacer lo que se me diera la gana. Puse música y anduve bailando por el departamento, mirándome en el reflejo de las ventanas; abría la heladera que mamá había dejado llena de comida y me imaginaba las horas con Marito, al fin solos, realmente solos, sin campanas que nos interrumpieran, sin necesidad de disimular, sin nada que se interpusiera entre nosotros. Nunca había estado tan feliz.

Marito llegó a las cuatro de la tarde. Me trajo un ramo de margaritas. Estaba contento. Preparamos un mate; yo había comprado un mate especialmente, lo había escondido en mi cuarto para que mamá no lo viera y lo había curado durante la mañana rogando para que Marito no se diera cuenta de lo nuevo que era. En la isla tomábamos mate y yo siempre había dicho que en Buenos Aires tenía la misma costumbre. –Mate nuevo –dijo apenas se lo pasé para que cargara la yerba.

-El viejo se me partió –dije y me sentí muy tonta por no haber podido decir nunca que prefería el café. El paquete de yerba también estaba lleno.

-El mate es para compartir y yo siempre estoy sola.

Y algo de cierto había en lo que acababa de inventar. Pero nada me importaba más que el hecho de que él estuviera ahí. Teníamos todo el día por delante, una semana por delante, si queríamos, porque yo había pensado invitarlo a quedarse, como si lo invitara a jugar al papá y la mamá.

-Para la manada de lobos nos falta Lucio –dije.

-Pobre Lucio, criado por un par de locas –dijo Marito.

Me gustó que dijera eso, me gustó saber que para él Carmen y yo habíamos sido como dos mamás locas.

Siempre me dije a mí misma que yo no había pensado acostarme con él cuando lo invité. Alguna vez habíamos hablado de hacer el amor y habíamos decidido esperar y a él le había parecido bien. Me daba miedo que él pensara mal de mí si me acostaba con él, pensaba que tal vez fuera algo que estaba mal a pesar de las ganas que tenía, quién sabe qué podía pasar después. Y él había dicho que, cuando yo estuviera lista, ya nos íbamos a dar cuenta, o algo así. Creo que también había dicho que no

teníamos ningún apuro. Cuando lo invité a casa sabiendo que mis padres no iban a estar, podría haberme imaginado que era una oportunidad demasiado perfecta para que no termináramos en la cama. Estaba en el aire entre nosotros, pero yo no le había puesto palabras, ni siquiera imágenes, y eso hacía que nos tratáramos con una cortesía rara, como si estuviéramos en un escenario, frente a un público, representado en una obra.

Armamos una especie de nido con almohadones en el living a ver una película malísima que daban en “Sábados de súper acción”. Nos besamos. Me aparté y fingí estar interesada en la película. Se me cruzó esta frase que decían mamá y Sor Francisca cuando hablaban de sexo (aunque mamá nunca hablaba de sexo más que para contar embarazos indeseados o para criticar la educación de alguna chica de mi edad a la que, según ella, le daban demasiada libertad). “Hay que evitar la ocasión”, decían, y convertían al sexo en algo que había que dejar encerrado vaya a saber uno dónde. Y ahí estaba yo, en una ocasión óptima, abriéndole descaradamente la puerta al pecado más temido, apenas unas horas después de que ella se fuera a Miami depositando en mí toda su confianza. El pensamiento se me cruzó y desapareció, y me apreté contra el cuerpo de Marito y seguí besándolo. No necesitamos hablar, no tuvo que preguntarme nada. Le desabroché la camisa para poder sentir su piel, las manos no me alcanzaban y me fui dejando desvestir porque quería tocarlo con todo el cuerpo, rodearlo con las piernas, que él me acariciara entera. Me caía. Mi cuerpo se abría y perdía los bordes, me dolía como un vacío inmenso que había aparecido y que sólo Marito

podía llenar. Tuve mi primer orgasmo aferrada a su mirada para saber que no me estaba desintegrando, los ojos abiertos por el asombro. Después lloré abrazada a él, que me besaba el pelo, la cara, me lamía las lágrimas, me miraba como no me había mirado nunca antes. Pero era como si me hubieran tirado de vuelta al mundo, y yo supe, sin ponerle palabras, que lo que acababa de pasar nos unía para siempre.

Cuando, tres horas más tarde, me dijo que tenía que salir a hablar por teléfono, sentí que el alma se me iba a los pies. Nos habíamos quedado dormidos y afuera ya era de noche. Su cara iluminada por la pantalla muda del televisor, estaba de pronto muy seria.

-Habla de acá –le dije.

-No puedo hablar de acá, pero voy a un público y vuelvo. No me dejó acompañarlo y no quiso comer nada.

-Enseguida vuelvo –dijo.

Me besó antes de irse. Me besó los párpados y los labios, me había tomado la cara entre las manos y me sonrió antes de cerrar la puerta del ascensor. Desde planta baja tocó el timbre.

-Te amo –me dijo por el portero eléctrico.

Las primeras horas las pasé mirando el teléfono, levantando el tubo para ver si había tono. Tal vez en la llamada que había ido a hacer le habían dado una mala noticia, ya me iba

a avisar, era cuestión de tiempo. Me asomé al balcón varias veces. Hacía dos días que lloviznaba y la calle estaba vacía, el semáforo cambiaba de color para ningún auto y los colores se reflejaban en el pavimento mojado. A las tres de la mañana pasó un hombre corriendo, después nada. Tres veces bajé a la calle. Me imaginaba que él caminaba hacia mí y bajaba para verlo llegar, o para hacerlo venir, como si él no hubiera vuelto porque yo estaba ahí arriba y bajando pudiera atraerlo de vuelta. En una de mis incursiones a planta baja quise ir hasta la cabina de la calle Santa Fe, tal vez él todavía estuviera ahí. La posibilidad de que Marito hablara por teléfono durante dos horas era una idea absolutamente ridícula, pero de tanta desearla se me hacía factible. No fui. Había algo en los semáforos que cambiaban de color en el silencio, que me apretaba el corazón. La esquina de mi casa parecía de pronto hostil, hasta peligrosa. La sirena de un auto de policía me asustó tanto que volví a entrar al edificio y me quedé parada ahí, mirando la calle desierta a través del vidrio hasta que se me ocurrió que, si Marito me estaba llamando, no iba a encontrarme. La imposibilidad de estar en los dos lugares a la vez me hizo llorar; las explicaciones se disparaban al infinito.

Oí el teléfono desde el ascensor y entré a casa justo cuando dejó de sonar. Me quedé esperando que volviera a sonar hasta el amanecer. Con los primeros sonidos de la calle me quedé dormida en el sillón, abrazada a mis rodillas, llorando.

La noche anterior no había visto la mancha de sangre en el almohadón, pero cuando me desperté a la mañana siguiente, el sol le daba de lleno. Se había oscurecido en los bordes, pero el centro seguía húmedo, rojo, y brillaba como una joya. Verla me hizo llorar otra vez. ¿Era esa congoja el precio que tenía que pagar por haber hecho el amor con Marito?.

Las chicas que se acostaban con sus novios terminaban mal. Lo decían todas, lo decía mamá. “Te pierden el respeto”, decía Lucila Atkins, que se había peleado con Antonio cien veces porque él quería acostarse con ella y ella quería llegar virgen al matrimonio. La mamá de Lucila se lo había advertido: los hombres siempre quieren acostarse con una, pero después te dejan. Por lo que decían, la única manera de retener a un hombre era casarse con él y la única manera de casarse era no acostarse con él hasta estar casada. Yo quería estar con Marito para siempre, pero no pensaba en el casamiento de esa manera. La única chica de mi clase que se había acostado con el novio era muy distinta a las demás. A ella el novio no la había dejado, al contrario, estaban siempre juntos, en el verano se habían ido de vacaciones con los padres de ella y los fines de semana los pasaban en una quinta y los dejaban dormir juntos. Mamá había pegado un grito en el cielo y la mamá de Lucila Atkins le había prohibido a Lucila invitarla a su casa. Después de una reunión de padres, mamá me había dicho que los padres de esa chica eran rarísimos y que la pobre iba a terminar

mal. Era muy feo pensar que alguien podía terminar mal, y la amenaza era ambigua, nunca se me había ocurrido pedirle a mamá que fuera específica. ¿Cómo era terminar mal?

El agua fría caía sobre la mancha y se iba tiñendo de rojo, corría hacia el desagüe, se perdía en las cañerías. La sangre llega al río, pensaba yo. Por el portero eléctrico, Marito me había dicho que me amaba. ¿Para qué iba a decirme que me amaba si me estaba dejando? La sangre no salía. La fregué con jabón de lavar, la cepillé; el borde la mancha, una línea oscura con forma de loto, parecía indeleble.

Los días siguientes fueron una tortura. Cada vez que sonaba el teléfono corría a atender convencida de que era Marito, y las horas y horas en que no sonaba, miraba fijo el aparato como si eso fuera a hacerlo sonar. Las conversaciones telefónicas con mamá y papá se me hacían insoportables. Tenía tanto miedo de que se dieran cuenta de que algo no estaba bien que inventaba mentiras fabulosas y un entusiasmo con el colegio que me parecía mucho más sospechoso que cualquier silencio. Pero ellos estaban tan felices con Miami que no se daban cuenta de nada y paradójicamente eso me hacía sentir abandonada, como si, a pesar de todo, tuviera la ilusión de que sintieran que algo estaba muy mal y volvieran corriendo a consolarme. No podía estar quieta, no podía concentrarme en el colegio, me largaba a llorar en cualquier parte y tenía un nudo en el estómago que no se me iba en todo el día. Mantenía largos diálogos internos donde todos los miedos por lo que había hecho se peleaban con la certeza de que algo muy malo le había pasado a Marito. Varias veces llamé a lo de su padre, pero nadie atendía el teléfono. Estaba ausente, ocupada en reconstruir cada instante que habíamos vivido juntos, cada beso, cada palabra, cada mirada. Me convencía de que él me amaba, pero algo le impedía llamarme, y un instante después me acordaba de todas las cosas que se decían en el colegio. Para torturarme aún más se me cruzó por la cabeza que estaba embarazada y miraba la bombacha cada vez que iba al baño en busca de una

señal; me tocaba el cuerpo para encontrar algo diferente. Me parecía que la calle estaba llena de mujeres embarazadas, de avisos, de casas de ropa para ellas, que eran en realidad mensajes para mí, coincidencias que confirmaban mi estado.

Hasta que me di cuenta de que me estaba volviendo loca, y decidí buscarlo y pedirle una explicación.

El miércoles a la tarde, después del colegio me tomé el tren a Tigre y fui a la casa de su padre. Caminé las cuadras que me separaban de la estación con la creciente certeza de que Marito iba a estar en su casa. Tal vez había estado demasiado ocupado, o enfermo; tal vez me había llamado esa noche mientras yo estaba abajo y como no le había contestado se había enojado conmigo; tal vez, eso era lo que más me torturaba, se había dado cuenta de que ya no me quería y estaba buscando la manera de decírmelo.

Después de la llovizna de casi toda la semana había salido el sol y en las casas había ropa colgada, secándose. El barrio donde vivía Marito era muy diferente al mío. Me daba la sensación de que, detrás de las ventanas, la gente me espiaba. Vi algunas caras entre las cortinas y una mujer que colgaba un guardapolvo de cuadritos azules en su jardín me siguió con la vista, los brazos levantados, suspendidos en el aire, y su cara seria. Aun después de pasar podía sentir sus ojos en mi espalda. Detrás de los cercos, los perros ladraban a mi paso. Un perro enorme se abalanzó contra una puerta cancel y se estrelló contra la reja que lo separaba de la calle. Yo iba abrazada a mi cartera. No estaba segura de poder encontrar la casa, aunque la había buscado en un plano del barrio y me había anotado las indicaciones en un papel que llevaba en

la mano, arrugado de tanto estudiarlo para aprenderme los nombres de las calles de la memoria. Había llamado antes de salir y nadie me había contestado. Me di cuenta entonces de que era muy probable que no hubiera nadie. Era estúpido haberme ido hasta allá.

La casa de Marito estaba a mitad de cuadra. Una puerta de alambres cruzados que alguna vez había sido blanca cerraba el paso a un corredor que iba por el costado. La pintura se caía a pedazos y en la pared que daba al corredor unas macetas con plantas secas le daban a la casa un aire abandonado. Toqué el timbre que había al costado de la puerta de alambres, pero no pude escuchar sonar dentro de la casa. Me quedé un buen rato esperando y aplaudí tres veces. No salió nadie. Empujé la puerta de alambre, que se abrió bruscamente y golpeó contra el marco. El piso del corredor tenía hojas tiradas y verdín en las juntas de las baldosas. Me paré frente a una puerta al final del corredor, sobre un costado, y golpeé. A pocos metros había una ventana. Me asomé. La casa estaba a oscuras, pero en una punta alcancé a distinguir una puerta abierta y algo de luz.

Casi fuera de mi vista, del otro lado de la puerta, una bombita encendida colgada de un cable. Golpeé el vidrio de la ventana. Un instante más tarde la figura de un hombre se recortó contra la luz. Era un hombre flaco y parecía tener dificultades para estar de pie. Se quedó ahí parado, mirando en mi dirección como si no me viera. Porque estaba a contraluz, yo no podía verle los ojos, pero era imposible que no estuviera viéndome. La flacura, los hombros angostos y ese aire de abatimiento que le pesaba en el cuerpo me recordaron al hombre de la foto

que había visto en el cuarto de Marito. Igual que frente a la foto, supe que era el padre. Le hice una seña con la mano.

-Soy amiga de Marito –dije, sin estar demasiado segura de que me hubiera escuchado.

Él avanzó hacia mí un poco tambaleante y, después se puso a hacerme señas para que me fuera. Me echaba agitando las manos con el dorso hacia mí y las palmas hacia abajo, como si estuviera espantando una gallina.

En el marco de la puerta iluminada se recortó la figura de otro hombre.

-¿Qué hacés acá? –dijo el Tordo avanzando hacia la ventana.

Por un instante sentí un gran alivio de verlo, como si todo se fuera a arreglar porque él estaba ahí. Después, un miedo mucho más grande que el que había sentido hasta entonces me apretó el corazón. El Tordo no salía de la isla. Para que estuviera ahí, algo muy malo tenía que haber pasado.

-No sé dónde está Marito –dije.

-Nosotros tampoco –dijo el padre, y parecía que iba a seguir hablando, pero el Tordo lo miró y él bajó la cabeza y se quedó mirándose los zapatos.

-Se fue a Santiago –dijo el Tordo.

El padre de Marito levantó la cabeza y lo miró como si para él también fuera una novedad lo que acababa de escuchar,, pero yo no pude darme cuenta de eso hasta mucho después. En ese momento todo pareció caer en su lugar. Marito se había ido otra vez igual que la mañana después de nuestro encuentro en el agua. Se me llenaron

los ojos de lágrimas y me sentí estúpida ahí parada, sola; hasta me pareció que el Tordo se sonreía.

-¿Cuándo vuelve? –dije.

-No sé dijo -el Tordo.

El padre de Marito cerró la ventana y desde el otro lado del vidrio volvió a hacerme señas para que me fuera. El Tordo me dio la espalda y desapareció por la misma puerta por la que había aparecido. Nunca había odiado tanto a alguien.

Volví a la calle y me quedé ahí, como si ya no hubiese nada más para mí en el mundo. El sol había desaparecido detrás de las casas y un frío húmedo subía del piso; lo sentí en los pies, alrededor de los tobillos como una mano helada. Detrás del cerco de alambre en el jardincito de la casa de al lado, un chico que parecía más o menos de mi edad tenía la mirada clavada en mí. Estaba apoyado contra el cerco y los dedos de uñas comidas se habían puesto blancos de la fuerza que hacían para aferrarse al alambre.

-Hola –dijo aplastando la cara contra el alambre con tanta fuerza que la carne sobresalía por los rombos como masa cruda.

Me di cuenta de que era un enfermo mental. Le hubiera empujado la cara para que dejara de mirarme. Me fui de ahí y me senté en la entrada de una casa cualquiera a pocas cuadras. No quería volver a casa, quería acostarme en la vereda y quedarme ahí tirada. Lo que Marito y yo habíamos hecho era pecado y ahora yo iba a pagar las consecuencias. Todas las cosas que me habían dicho en el colegio durante años se me venían a la cabeza. Las frases de mis amigas y de mi mamá, las frases de las que Carmen se burlaba. Se me repetían en la cabeza pero no lograban tapar lo que estaba por debajo: una tristeza que no tenía nada que ver con eso, un dolor concreto, como si me hubieran arrancado un pedazo y yo tuviera ahora un agujero en donde antes estaba mi cuerpo. Cuando me levanté para irme, había oscurecido. La calle estaba muy

quieta y solo se oían ladridos, algún motor, una sirena que venía desde la oscuridad.

Caminé hasta la estación concentrada en el sonido tranquilizador de mis propios pasos. Nadie sabía que yo estaba ahí. Mis padres estaban muy lejos. Ya no tenía amigas. Había perdido a Carmen y ahora Marito también me había dejado. La estación de Carupá estaba mal iluminada y la gente en el andén parecía sumergida en sus propias cosas. Pensé que a nadie le importaba lo que les pasaba a los demás, que yo me podía morir ahí mismo y a nadie le iba a importar. Saqué el boleto y me senté en un banco a esperar el tren. No había terminado de acomodarme cuando el vecino idiota de Marito se sentó en la otra punta del banco y se puso a mirarme. Fingí que no lo veía.

-Es mentira que Mario se fue a Santiago –dijo, y se me acercó deslizándose sobre el banco.

Miraba a su alrededor y se agachaba para mirar debajo del banco como si pudiera haber alguien ahí.

-Yo tengo su zapatilla. La escondí en el ropero para que mi mamá no la vea. Yo le voy a cuidar la zapatilla porque los amigos se cuidan y se aman.

Y miró otra vez debajo del banco.

La campana empezó a sonar y el idiota miró el tren que se acercaba como si de pronto se hubiera olvidado de todo y estuviera frente a la procesión de un circo. No traté de entenderlo. El miedo que él me había hecho sentir se había robado el aire a mi alrededor y apenas el tren se detuvo corrí hacia las puertas que se abrían y me metí en un vagón. Y lo único que podía pensar era que por favor el idiota no me siguiera.

El timbre me despertó a las tres de la mañana. Me había quedado dormida en el living, con la televisión encendida, envuelta en una frazada de cuando era bebé. Por un momento pensé que lo había soñado, pero volvió a sonar. Era el portero eléctrico y sonaba ahora con insistencia. Marito. Corrí a la cocina.

-¿Alma? –dijo una voz de mujer del otro lado.

-¿Quién es?

-Carmen.

Carmen. A las tres de la mañana después de dos años de no vernos, pero me saltó el corazón de alegría. Le abrí la puerta de abajo por el portero eléctrico y salí a esperarla al palier. A medida que contaba los pisos que recorría el ascensor, mi corazón parecía acelerarse más y más hasta que me empezó a doler el pecho de tanta presión. Me imaginaba que apenas Carmen abriera la puerta me le iba a tirar encima, iba a abrazarla y a besarla y nada de lo que había pasado entre nosotras tendría importancia, pero cuando se abrió la puerta lo único que pude sentir fue un miedo inexplicable que me clavó al piso, como si ella me hubiese tirado encima el miedo que traía, ese que yo ni siquiera podía sospechar.

Entró a casa antes que yo, y recién cuando cerré la puerta detrás de mí me abrazó. Un abrazo seco, tan alejado de los abrazos de nuestra infancia y nuestra adolescencia que me hubiera puesto a llorar ahí mismo. Pero reconocí instintivamente la necesidad de reprimir cualquier emoción.

-Necesito quedarme acá unos días –dijo-. Te pido por favor que me alojes.

Mamá y papá volvían al día siguiente, pero no se lo dije. Ya vería cómo hacía para que ellos aceptaran tenerla. Yo no había comido nada la noche anterior y me di cuenta de que tenía mucha hambre. Carmen me acompañó a la cocina y se sentó con las manos sobre la mesa. Le pregunté por Emil. Dijo que estaba en lo de unos amigos y se quedó callada. Miro la escena ahora y quisiera que todo hubiera sido diferente. Ella tiene que haber querido contármelo todo. Yo sé que yo quería contarle lo que me había pasado y que fuera como antes, cuando nos sentábamos espalda contra espalda en la isla del medio y hablábamos hasta desarmar cualquier problema. Pero yo la había traicionado y eso me daba vergüenza, y en lugar de hablarlo o pedirle perdón, fingía que no había pasado nada. Eso ocupaba todo mi espacio, tanto que no podía actuar con naturalidad.

-Necesito darme un baño y dormir. Estoy muy cansada – dijo.

La acompañé al baño, busqué una toalla seca en el ropero del pasillo, abrí la canilla del lavatorio para que viniera el agua caliente. Todo lo hicimos en silencio, como si la pared que me había separado tantas veces de Marito estuviera ahora entre nosotras. Supongo que habré pensado que hablaríamos después, que era lógico que nos llevara tiempo acostumbrarnos. Tenía diecisiete años: ¿cómo no iba a pensar que teníamos todo el tiempo del mundo por delante? De todas maneras supongo que planeaba maneras de acercarme otra vez a mi amiga mientras calentaba un poco de arroz en la cocina y

escuchaba el sonido de la ducha que llegaba desde el baño. La felicidad del primer momento había desaparecido y le había dejado lugar a una sensación incómoda, a una necesidad de moverme por mi propia casa como si estuviese actuando en un teatro y me hubiese olvidado la letra de la obra. Podía sentir el peso en el cuerpo, la falta de aire. Me senté a comer el arroz atenta a los ruidos de Carmen. Cerró la ducha, se estaría secando, se habría vestido, iba a venir ahora.

Cuando vi que no venía, la fui a buscar. Dormía acurrucada, como un bebé, de espaldas a la puerta, con la luz encendida. Siempre que habíamos dormido juntas yo había tenido que quejarme por la falta de espacio. Carmen era de las personas que se desparraman en la cama para invadirla entera y siempre había preferido pasarme las piernas por encima y cruzarme un brazo por sobre la cara antes que ceder un solo centímetro de su territorio. Sólo un rato antes la sola idea de dormir con ella en la misma cama como cuando éramos chicas me había recordado la intimidad, las voces en la oscuridad, la tibieza de su cuerpo, pero esto también se desarmaba ahora. ¿Qué le había pasado desde la última vez que nos habíamos visto? Dejé de pensar en mi traición. Lo que fuera que le pasaba la había cambiado tanto que me era difícil reconocerla.

Me acosté a su lado y apagué la luz. Me acerqué para olerle el pelo. El calor de su cuerpo dormido me calmó y me fui abandonando al sueño al ritmo de su respiración. Su grito me despertó apenas una hora después de habernos quedado dormidas. Estaba sentada en la cama

con los ojos muy abiertos y la cara transfigurada. Cuando me senté, me miró como si no me conociera. Temblaba.

-No sabés –dijo.

La abracé. Por primera vez en mi vida me sentía más grande que ella, más fuerte. Le pregunté qué era lo que yo no sabía. No me contestó.

-¿Marito se fue a Santiago? –dije.

Ella negó con la cabeza y me quedé esperando que dijera algo más, pero se levantó y dijo que iba a buscar un vaso de agua. La seguí a la cocina. Por las ventanas del living entraba la luz blanquecina de la madrugada.

-¿Dónde está? –dije desde la puerta.

Ella estaba agachada frente a la heladera abierta buscando el agua y cuando se enderezó vi lo que no había visto antes. Carmen estaba embarazada.

Sentí que me vaciaba el cuerpo y me senté. ¿Dónde estaba Marito? ¿Por qué ella estaba ahí, en mi casa embarazada? ¿Por qué dormía acurrucada? ¿Por qué había gritado? No le pregunté nada . con una claridad abrumadora me di cuenta de que lo que fuera que yo no sabía era demasiado para mí. La abracé y la felicité y le pregunté para cuándo esperaba al bebé. Pero me costaba mirarla a los ojos. Tenía terror de que me contara lo que hasta hacía un momento yo había querido saber.

Mamá fue la primera en salir. Tenía tres valijas en el carrito y dos bolsos que no había podido cerrar de tan llenos que venían. Papá la seguía con dos valijas y una montaña de camperas, a pesar de que en Miami no hacía frío y en Buenos Aires el invierno se estaba acabando. Los dos creyeron que yo lloraba por lo mucho que los había extrañado y se reían en el viaje de vuelta atropellándose para contarme su maravilloso viaje. Vistos de afuera éramos felices, nadie podía saber que yo quería gritarles para que se callaran, no podía soportar su alegría y a la vez quería meterme en ella, ser parte de ella, dejar todo lo demás afuera de ese auto.

-Los precios –decía mamá y lo repetía a cada rato como si a mí me fuera a cambiar la vida el hecho de que en Miami se pudiera comprar todo a mitad de precio. Se le dio por hacerme la lista de ropa que había comprado, y cada tanto repetía que todo, absolutamente todo lo que se había comprado, y cada tanto repetía que todo, absolutamente todo lo que se había comprado, era talle ocho, que al final ni siquiera se tenía que probar las cosas de los exactos que eran los talles. No me iba a contar lo que me habían comprado a mí hasta que lo viera con mis propios ojos. Y a mí la curiosidad por ver la ropa se me empezó a mezclar con los últimos días y era tan fácil de pronto estar en ese auto con mis padres hablando de Miami, de las ofertas, de las playas y los restaurantes, de los barcos amarrados en los muelles de Key Biscayne. Esas eran las cosas que siempre habían tranquilizado a mi

madre, las cosas que mi padre sabía que la hacían feliz, las cosas que llenaban nuestra vida.

No les cayó bien que Carmen estuviera en casa. Quisieron saber por qué no tenía otro lugar donde quedarse, pero yo no tenía una respuesta y tuve que pedirles que se pusieran en mi lugar. ¿Le hubieran dicho que no, acaso? Estaba embarazada y me había pedido que la alojara.

-Ella tiene familia –dijo mamá-. ¿O el marido la dejó?

-¿Cuánto tiempo piensa quedarse? –dijo papá.

Tampoco podía contestarles eso.

El diálogo empañó un poco los ánimos, pero ya estábamos llegando y supongo que decidieron mantener el espíritu de la llegada.

-Será por un par de días –le dijo papá a mamá y le palmeó la pierna, y ella suspiró y se puso a preguntarme por el colegio. No quise decirle que había faltado. Le iban a echar la culpa a Carmen y ella no tenía nada que ver. Era imposible explicarles nada. Habíamos dejado de vivir en el mismo mundo.

Las bolsas y las valijas están abiertas y desparramadas por todo el living. Las cosas-pantalones, camisas, sacos tornasolados, zapatos, botas, un aparato de música, un secador de pelo como los de las peluquerías, productos para *brushing*, maquillajes, una montaña de discos, revistas, pomada para limpiar los zapatos, siete paquetes de papel higiénico doble hoja, “queescomolimpiarseconsedaAlma”, cajas de cereales para el desayuno- ocupan todo el espacio, hasta los sillones y las sillas. Mamá camina haciendo equilibrio entre los montones desordenados de compras, levanta algunas cosas y nos dice el precio en dólares, lo traduce a pesos, “¿Podés creerlo?” , dice una y otra vez, lo repite tantas veces, pero no mira a nadie en especial, como si se lo dijera a sí misma. Está tan excitada que parece haberse olvidado de Carmen. Y Carmen está parada bajo el dintel de la puerta que da al pasillo, pálida y muy seria aunque también parece hipnotizada por el botín. Papá sonrío sentado en el apoyabrazos del sillón, tratando de que no se le caiga al piso la pila de medias y corbatas que mamá le fue tirando sobre las piernas. Por momentos el entusiasmo de mamá me contagia y me siento como cuando era chica y me llevaban a la juguetería a elegir mis regalos de cumpleaños, pero también siento una incomodidad que no sé definir.

-Vas a tener que hacer lugar en el ropero –dice mamá-. Podés dar la ropa vieja.

¿Quién va a ordenar este despelote? –dice papá.

Y a mí se me cruza la imagen de Marito en el muelle desarmando la galleta en el cable de la lámpara de mamá, el rollo de cable ordenado en sus manos, después. Miro a Carmen a los ojos. No puedo descifrar su mirada. Años más tarde, cuando recuerde esta escena, lo único que querré es que ella haya podido descifrar en la mía la confusión que yo misma no reconozco ahora.

La ventana de mi cuarto daba al pulmón de manzana. Desde chica me había gustado pararme detrás del vidrio a mirar las ventanas iluminadas del edificio de enfrente. Me gustaba imaginar las vidas de los demás, adivinar los pensamientos de la señora del séptimo que lavaba los platos o cortaba la verdura detrás de la ventana de su cocina, del hombre que entraba aflojándose la corbata después de su día de trabajo y que la hacía girar para saludarla; los chicos del quinto frente al televisor del living, la loca del sexto que se paseaba por la casa con una partitura en la mano, sus batas de seda, sus mañanitas de persianas bajas, el hombrecito que todos los miércoles a las cinco de la tarde la acompañaba al piano. Imaginaba que mientras ellos hacían su vida sin saber que yo los miraba había gente arreando sus bueyes bajo el cielo azul, japonesas tomando té sobre sus tatamis, bosquimanos corriendo por el desierto, esquimales nombrando la nieve según su textura. Para uno de mis primeros cumpleaños me habían regalado un libro de los niños del mundo y se me había hecho costumbre pensar en ellos: en holandesitas con sombreros de puntas, en hawaianas con polleras de paja y guinaldas, en negritos con collares de colores. El mundo de mi infancia había estado habitado por gente en sus trajes típicos, pero yo no pensaba en ese entonces. Simplemente me gustaba la idea de simultaneidad, de todas las vidas posibles. No pensaba tampoco en las desdichas. En mi infancia los niños del mundo sonreían como los dibujos de mi libro.

No podría haber imaginado jamás que mientras mamá y papá repartían el botín que habían comprado en Miami, un Falcon ser había estacionado en la esquina de la casa del padre de Marito a esperar, que los vecinos que los espiaban detrás de las ventanas no querían ni imaginar qué estaban haciendo ahí, que nadie sabía a quién esperaban hasta que el Tordo salió a la calle.

Un vecino dijo después que el Tordo ni miró para la esquina del Falcon, que salió caminando para el lado de la estación, que el Falcon arrancó despacio y se le fue acercando hasta que se le puso a la par. Desde la ventana de atrás una ráfaga de ametralladora le atravesó el cuerpo. El Falcon aceleró y el cuerpo del Tordo quedó tirado en la vereda.

La tarde en que llegaron mis padres Carmen me pidió que la acompañara a hablar desde un teléfono público. No quiso usar el teléfono de casa –igual que Marito, pensé- y no insistí. La acompañé, la esperé fuera de la cabina, la escuché gritar cuando le dieron la noticia. Me miró con los ojos llenos de lágrimas y apoyó la frente contra el vidrio. Apoyé mi frente a la altura de la suya, sin dejar de mirarla, y me puse a llorar con ella, sin saber todavía por qué lloraba, mientras el vidrio se empañaba por el calor de nuestra piel.

Sé que mis padres hubieran preferido no ir al velatorio del Tordo. Mamá, sobre todo, parecía buscar en un repertorio de comportamientos adecuados la mejor reacción frente a las circunstancias, pero estaba fastidiada: la muerte del Tordo no la afectaba lo suficiente y el velorio era inoportuno para ella. Y encima la tenía a Carmen de testigo. Yo estaba obsesionada con la imagen del Tordo tirado en la vereda. Las palabras, cuando Carmen me contó lo que había pasado, habían formado una imagen, como si al contármelo estuviera mirando una película, y ahora la imagen volvía a mi mente una y otra vez. El Tordo en la vereda. Él, que no había podido vivir en Buenos Aires ni por amor, había terminado muerto en una vereda, lejos del río y de los juncos y del olor a barro. Carmen lloraba sentada en mi cama y yo no podía pensar en otra cosa.

El velatorio era en el Tigre. Carmen dijo que iba a ir por su cuenta, que tenía que hacer algo antes y se bajó del auto en San Fernando. No había dejado de llorar desde que le dieron la noticia. Hubiera querido correr hasta alcanzarla, pero no lo hice. Tantas veces después me culpé por haberla dejado ir. Jamás me podría haber imaginado que esa era la última vez en mi vida que la vería. Estuve por bajar la ventanilla y gritarle para preguntarle si alguien le había avisado a Marito de la muerte del Tordo. Por un momento la idea de que él tuviera que volver para el entierro me hizo feliz y después me sentí culpable. Me puse a pensar en lo triste que se iba a poner, en lo lejos

que era Santiago, en que seguramente no le podrían avisar a tiempo. Si Marito no llegaba antes de que enterraran al Tordo, no iba a poder despedirse. Tal vez durante el resto de su vida pensara que su tío iba a aparecer en cualquier momento, que se lo estaba por encontrar, que se había ido de viaje y era ese hombre que caminaba unos metros más adelante por la calle, el que esperaba el tren varios vagones más lejos, el que acababa de dar vuelta a la esquina. Eso pensaba esa tarde, sin saber que el tiempo se había desplazado para que yo intuyera algo que me iba a pasar a mí, no a Marito. Todo me hacía llorar, pero trataba de no hacer ruido, no quería preguntas ni consuelo de mis padres y a la vez hubiera querido contarles todo, que pudieran decirme que las cosas iban a estar bien y tener, todavía, la posibilidad de creerles.

El cuarto donde velaban al Tordo estaba al final de un pasillo de baldosas manchadas con una hilera de sillas de aluminio y asientos de plástico rojo. Casi todos los asientos estaban rajados como si alguien los hubiera tajeado con un cuchillo, y una gomaespuma carcomida y sucia salía de los tajos como de una herida. Desde la puerta de entrada se oían los llantos, pero cuando entramos al cuarto no pude ver inmediatamente quién lloraba. Doña Ángela estaba sentada a la cabecera del cajón con las manos juntas sobre el regazo y los labios apretados. Detrás de ella Cátulo, su esposo y Chico. Yo nunca había visto a Chico de traje. Parecían una foto antigua, los tres en una pose antinatural, Cátulo más chiquito que Doña Ángela, su mano sobre el hombro de

ella y un aire resignado a pesar de la rigidez de la pose. Chico tenía los ojos hinchados.

Mis padres se acercaron y saludaron. Papá no habló, mamá dijo “Mi más sentido pésame”, yo me había atrasado un poco, quería que doña Ángela me abrazara, quería que se notara que yo había llorado, que estaba muy triste, que ella supiera que la quería y que su tristeza y la de Carmen me llenaban de pena. Pero ahora no podía llorar y estaba segura de que ella iba a pensar que yo era fría, que, como a mamá, la muerte del Tordo –el cajón y , él dentro del cajón, vestido con un traje oscuro, me atraían como un imán- y no mirarlo requería de toda mi concentración, pero seguía llegando gente y para verlo tendría que haberme acercado otra vez en lugar de alejarme como había hecho. El cajón aparecía y desaparecía de mi vista y yo lo veía sin prestarle atención, como si tuviera la vista desenfocada. Delante de mí se había parado un hombre grandote con un saco que olía a frituras. Me tapaba la visión y me puse a mirar a mis costados, a toda esa gente que no conocía. En una esquina descubrí a la que lloraba: una mujer de hombros huesudos y una cabeza demasiado chica para su cuerpo.

-Ni los vio venir –estaba diciendo un hombre a mi izquierda-. Le dispararon de la ventana de atrás.

-En qué andaría –dijo otro.

-En nada, en qué querés que ande. Este fue el sobrino. Marito.

Su nombre de repente, como un golpe en el estómago. Lo que había dicho el hombre era lo más estúpido que yo había oído en toda mi vida. ¿Cómo se le podía ocurrir que Marito iba a hacerle algo malo al Tordo? Me di vuelta

para decírselo. El hombre era bajo, compacto, y nunca nadie me había mirado así. No dije nada. Ellos se movieron de lugar.

-Yo creo que esto fue por la mina de la isla. Esas cosas terminan así –dijo uno de ellos mientras se alejaban hacia la otra punta para juntarse con uno que les hacía señas. Las voces dentro del cuarto habían ido subiendo de volumen y el aire parecía sólido, como si estuviéramos encerrados en una caja. Carmen no venía. Me propuse contarle lo que había dicho el hombre y eso me hizo darme cuenta con más claridad de que no habíamos hablado de nada. Nos habíamos pasado dos días juntas y nos las habíamos arreglado para no decirnos nada. Pensar eso fue lo que más triste me puso. Mamá me hizo señas desde la punta del cuarto, pero me hice la que no la veía. No quería irme. El movimiento de gente me había ido empujando y de pronto me encontré frente al cajón, sin poder evitarlo más. El Tordo estaba de traje oscuro y corbata, peinado a la gomina. Me costó reconocerlo. No tenía nada que ver con el Tordo que me daba miedo, el de la isla, el que cargaba el bote de troncos durante toda una tarde, el que se había peleado con Chico. Me puse a desear con toda mi alma poder verlo una vez más, aunque fuera enojado, echándonos a patadas de lo de la húngara, hasta diciéndole a Marito que no anduviera conmigo, lo que fuera con tal de que no se hubiera muerto. Ese hombre del cajón era más parecido a su padre, más chiquito, pacífico, y yo quería ver al hombre grandote de mi infancia, al de los cuentos de Carmen, al que, en mi imaginación, leía libros encuadernados en una cama ancha, mientras hacía el amor con la húngara. El

cuadro de la húngara recostada sobre los almohadones de flores, rodeada de plantas y ofreciendo su sexo, se me cruzó por la cabeza un instante antes de que ella misma entrara al cuarto. Se hizo un silencio cuando entró y todos le abrieron el camino hacia el cajón. El Mar Rojo. Yo nunca había visto a nadie llorar de ese modo. Se tiró sobre el cuerpo, le tomó la cara entre las manos, lo empezó a besar.

Lo besaba en la frente, en los párpados, e la boca, le acariciaba la cara, se alejaba apenas para mirarlo y volvía a besarlo, se sorbía las lágrimas y los mocos, le secaba la cara con las manos y se la volvía a mojar con las lágrimas. Nadie se movía. Doña Ángela se había puesto a llorar en silencio, con los ojos cerrados. La húngara se puso a acariciar el cuerpo del Tordo, lo acariciaba como si no pudiera tener bastante de él; él estaba muerto y parecía que ella quería meterse en el cajón para hacer el amor con él como la tarde en que la vimos. Creo que, si Chico no la hubiera abrazado, habría terminado acostándose encima de él en el cajón. Ella se quería soltar del abrazo y Chico no la dejaba. Entonces empezó a gemir y era como si hubiese un animal encerrado en el cuarto. Doña Ángela seguía llorando. No hacía ruido, las lágrimas le caían por la cara, por el cuello, se le juntaban en el escote, corrían por la cadenita con la cruz, empapándola. El cuarto me empezó a dar vueltas. Busqué a papá y a mamá con la mirada, pero no pude encontrarlos. Me faltaba el aire. Sentí que me iba a ahogar y salí al pasillo. La húngara seguía gimiendo.

Me senté en una de sus sillas y puse la cabeza entre las rodillas para recuperarme. Debo de haberme quedado así

más de lo que me pareció, porque no oí pasar a la húngara. Sus gritos me sobresaltaron. Estaba parada en el medio del pasillo y le gritaba a un hombre que reconocí como su marido, no porque lo hubiera visto con tanta claridad el día que pasaron en el barco, sino por esa semejanza con el padre de ella que tanto me había llamado la atención. Él la tenía sujeta de las muñecas para que ella no lo golpeará y trataba de abrazarla. Ella lo apartó de un empujón.

-No me toques –le gritó antes de salir corriendo.

Él miró hacia adentro y me vio. Tenía ojos celestes, muy claritos, y una expresión rara, como si un gran dolor le transformara la cara en una máscara. Se quedó parado ahí un instante y después salió a grandes pasos, alisándose el saco con las dos manos, todo alrededor del torso.

La idea me vino a la cabeza al día siguiente del velorio, en medio del recreo de la mañana. Si me rateaba al mediodía podía ir a lo del padre de Marito y estar de vuelta para la hora de la salida. Papá y mamá me iban a buscar para ir a la isla y la sola idea de pasarme el fin de semana en la isla sola con ellos sin haber hablado antes con el padre de Marito me parecía una pesadilla. Tenía que saber qué le había pasado a Marito, dónde estaba, tenía que encontrar la manera de avisarle que se había muerto su tío. A veces es necesario engañarse para poder actuar. Si yo me hubiese reconocido a mí misma lo que realmente quería saber, es posible que el miedo me hubiera paralizado.

Me escapé del colegio mezclándome con las chicas que salían a almorzar y en la primera esquina salí corriendo hasta la avenida. Ni siquiera estaba muy segura de cuál era el colectivo que me llevaba, pero no tardé en ver uno con un cartel que decía Tigre. Estaba casi vacío.

Las calles del barrio de Marito no parecían las mismas que las de la otra vez. El sol calentaba las veredas, y la música y las voces de radios encendidas llenaban la calle de sonidos. Un hombre trabajaba en su jardín con un cepillo de carpintero. La viruta dorada saltaba en el aire y el olor picante y dulce de la madera flotaba en la calle frente a su casa. Me sonrió y el perrito a su lado movió la cola. Había que ser ciega para insistir, con la angustia que me comía por dentro. Tenía que dejar de pensar en la muerte del Tordo, tenía que dejar de pensar que algo malo le había

pasado a Marito. Seguro que ya había vuelto de Santiago. Me iba a abrir la puerta de su casa y se iba a sorprender mucho, pero verme así, de golpe, iba a ser que se diera cuenta de que amaba. ¿Cómo era la frase? ¿El corazón tiene razones que la razón no entiende? Él abría la puerta y yo lo abrazaba. Esa era la imagen que yo elegí repetir en mi cabeza una y otra vez mientras caminaba por la calle hacia su casa. El abrazo. Su cuerpo y el mío. Una y otra vez. El corredor descascarado me bajó un poco los ánimos. Sin tocar el timbre, empujé la puerta de alambre que golpeaba contra el marco y fui directamente hasta la ventana. La casa estaba a oscuras. Golpeé el vidrio y , sin esperar , golpeé la puerta. Escuché un ruido en la casa de los vecinos a mis espaldas y, un momento después, el idiota asomó la cabeza por sobre la pared baja que separaba el corredor y el jardín de su casa.

-No te va a abrir. –dijo.

Volví a golpear la puerta.

-No te va a abrir porque está cagado de miedo

-dijo el idiota y se rió con una risa nasal.

Golpeé el vidrio y me asomé. La puerta por la que lo había visto salir la otra vez estaba cerrada.

-Soy amiga de Marito-grité

-Yo también-dijo el idiota-.Tengo su zapatilla.

-Callate.

-No me callo nada.

Me dieron ganas de pegarle.

-Ábrame por favor-grité

Golpeé otra vez la puerta, con todas mis fuerzas, y la sentí ceder. Estaba sin llave.

-No podés entrar a una casa que no es la tuya –dijo el idiota.

No le hice caso. La puerta que se veía desde la ventana daba a una cocina. Hacía frío y la bombita colgando del techo iluminaba las paredes manchadas , una pileta llena de platos sucios apilados , varias sillas , una con el respaldo roto; sobre una mesa de madera que alguna vez había sido roja, un pan mordido , migas ,una damajuana de vino tinto y un vaso por la mitad. El olor a humedad y a ollas sucias era insoportable.

Un pasillo oscuro llevaba al fondo de la casa. Empecé a avanzar en la oscuridad cuando el sonido de una puerta más adelante en le pasillo me detuvo.

-Carmencita - dijo una voz de hombre - , pensé que a vos también te habían llevado.

Retrocedí hasta que choqué contra la mesa. El cuerpo flaco del padre de Marito salió de la oscuridad del pasillo y entró a la cocina. Se tambaleó hacia mí. Apestaba a alcohol. Se desplomó en una de las sillas y apoyó los codos sobre la mesa.

-Pensé que eras mi hija -dijo, y señaló la damajuana-. ¿Querés?

Se me ocurrió que si le decía que sí lo iba a ayudar a confiar en mí.

-Ahí arriba hay vasos –dijo.

Abrí la puerta de un aparador sobre la pileta y agarré un vaso.

El se paró y trató de levantar la damajuana, pero no llegó a servirme y tuvo que volver a sentarse.

-Servite vos –dijo.

Me serví y tomé un trago. El vino era agrio.

Ahora que estaba ahí, frente a él, no tenía la menor idea de por dónde empezar a preguntarle por Marito. Había pensado empezar la conversación preguntándole si alguien le había avisado que se había muerto el Tordo, pero las palabras se negaban a salir. ¿Qué había querido decir cuando me confundió con Carmen? Tuve la sensación de que iba a pasarme la tarde entera muda, con ese nudo en el estómago que me quitaba el aire.

-Así que vos sos la princesita de mi hijo.

-El vecino de al lado tiene una zapatilla de Marito –dije casi al mismo tiempo que él.

Era como si alguien hubiera hablado por mí.

El padre de Marito apoyó la cabeza en las manos.

-Es un buen chico –dijo él.

Supe que hablaba de Marito. Yo había empezado a temblar. Era un temblor que nacía en la boca del estómago y parecía ir por dentro del cuerpo.

-¿Qué iba a hacer yo? –dijo, y me miró como si esperara que yo le contestara-. No podía hacer nada. Nadie nos ayudó. Con el quilombo que armaron quién nos iba a venir a ayudar. Me hicieron saltar de la cama.

Le quise preguntar quiénes lo habían hecho saltar de la cama. Le quise preguntar quiénes lo habían hecho saltar de la cama, pero otra vez mi voz no me hacía caso.

Se pasó las manos por el pelo, hacia atrás y se tomó el vaso de vino.

-Cuando llegó Marito ya me habían estado dando para que tenga. Los de afuera lo agarraron y los que estaban conmigo pararon de darme a mí para agarrarlo a él – quiénes, quiénes, quiénes, decía mi voz encerrada en la cabeza-. ¿Sabés lo que pensaba yo? Pensaba que para

nosotros la cosa era más fácil porque ya sabemos lo que es una buena paliza. Somos duros, nosotros. Hay gente que no aguanta nada. Mirá –dijo, y se levantó la camisa. Tenía el torso amoratado. Grandes lamparones que iban de un marrón amarillento al violeta le daban vuelta por la cintura. Se giró en la silla para que viera. En algunas partes tenía costras de sangre.

-Quiénes –dije por fin.

No pude reconocer mi propia voz. El padre de Marito me miró como me miraba Marito cuando le hacía preguntas tontas.

-Servime vino.

El chorro salió de golpe y cayó sobre la mesa.

-Perdón –dije; no había ningún trapo y él hizo un gesto con las manos para que terminarla de servirle.

-Ya está, sentáte –dijo, tomó un trago largo de vino y volvió a dejar en vaso en la mesa con un golpe-. No me rompieron ni una costilla. A él sí le rompieron. Perros rabiosos. Yo le oí los huesos. Lo ataron a la silla. Uno de esos animales me rompió el cable de la lámpara del living. Había apoyado las manos sobre la mesa y le temblaban. Me incliné hacia delante para agarrárselas, pero las sacó y yo me quedé con los brazos estirados sobre la mesa y el cuerpo inclinado como en una reverencia. Su vaso había quedado entre mis brazos y él hizo un movimiento exagerado para agarrarlo, una curva muy alta, como si mi brazo hubiera sido una pared que lo separaba de su vino. Me enderecé. La mano que sostenía el vaso temblaba y él la quiso calmar con la otra. Agarró el vaso con las dos manos, y lo miraba.

-Lo mojaban. Uno lo mojaba y el otro con el cable. En uno de los saltos rompió el respaldo y lo ataron a esa otra. No se hacía el vivo. No se entendía nada lo que le gritaban. Les dije a ellos. Yo no estaba borracho.

Seguía mirando el vino. Yo necesitaba tocarlo. Necesitaba que él me tocara a mí. Estaba ahí, a menos de medio metro de mí y no podía acercarme. Mientras más ganas tenía de acercarme a él, más se endurecía mi cuerpo, como si el aire a mi alrededor se hubiera vuelto de piedra y yo estuviera ahí encerrada, hundida en la piedra. Yo hubiera dado cualquier cosa para que me mirara. Para no haberlo escuchado y que me mirara. Él no le quitaba los ojos de encima a su vaso de vino. Me moría de sed. Pero buscarme un vaso de agua era tan imposible como tocar al padre de Marito.

Uno de afuera entró enojado. Le gritó a los de adentro. Apoyó el vaso, lo apartó hasta la otra punta y se acostó sobre la mesa. La cara de costado, hacia la pared, apoyada sobre el vino que yo había volcado al servir.

-Marito ya ni levantaba la cabeza- dijo; la voz salió para el otro lado.

Y yo, como si hubiera tenido la idea fugaz de atraparla, estiré la mano y, por fin, la apoyé en su espalda, entre sus omóplatos flacos, sobre su chaleco de lana verde.

-Cuando vieron que no les podía decir más nada se lo llevaron arrastrando hasta el auto. La zapatilla se le salió cuando lo arrastraban por el corredor.

No sé ni cómo hice para volver al colegio. Era como si me hubieran puesto la cabeza dentro de una bolsa de plástico. No podía respirar, boqueaba, el plástico contra mi boca, contra mi nariz, cada vez más pegado, hasta dejarme sin aire. Las imágenes de lo que me había contado el padre de Marito volvían una y otra vez. Eran imparables, como buscar con la lengua la herida en la boca.

Llegué dos horas después del horario de salida. Cuando llegué la mujer de la entrada empezó a gritarme. Vinieron dos de las monjas y una me agarró del brazo.

-¿Dónde te habías metido? –gritaba y me sacudía como si mis palabras estuvieran encerradas y ella pudiera así lograr que salieran.

La mujer de la entrada decía que ahora no sabía cómo ubicar a mis padres. Llamó a casa pero no estaban.

-¿Cómo pudiste hacerles una cosa así? –me decía una y otra vez, y parecía que estaba por largarse a llorar.

Era una mujer muy flaca con dientes enormes y ojos saltones. Se ponía nerviosa con facilidad y tenía la costumbre de revolotearnos alrededor a la salida del colegio. Me hacía pensar en una gallina asustada, pero tenía buen corazón y me sentía realmente responsable de nuestras entradas y salidas. Si yo no hubiera estado tan aturdida, me habría dado culpa haberla puesto en ese estado. Pero yo no tenía ninguna posibilidad de pensar en eso en ese momento.

-¡Están viniendo para acá! -dijo una de las monjas que había ido a atender el teléfono y salió corriendo ahora del cuartito de recepción-. Estaban en un teléfono público. Tu mamá lloraba como una loca.

-Y cómo no iba a volverse loca –dijo la mujer y me miró acusadora.

Sentí un alivio totalmente absurdo cuando vi entrar a mis padres. Mamá tenía los ojos hinchados de llorar y papá parecía perdido. Nunca los había visto tan asustados. Me abrazaron y nos quedamos los tres abrazados, llorando. Ellos no tenían idea de por qué yo me había puesto a llorar así, pero no me importó. Estábamos juntos y ellos solo querían protegerme. Yo no tenía ningún otro lugar adonde ir.

Papá y mamá tenían el auto cargado y dos horas más tarde la lancha tomó la curva del canal. Habían pasado solo tres fines de semana desde la última vez que habíamos ido, pero parecía una eternidad. Hubiera dado cualquier cosa por ver la figura de doña Ángela desde lejos. Pero el muelle estaba vacío. Había crecida y el río todavía tenía el color grisáceo del invierno que tardaba en irse. Los sauces pelados y el pasto ralo le daban a la isla un aspecto desolado.

Mamá protestó porque Chico no había abierto la casa y la chimenea estaba apagada.

-Dejé un radiomensaje en el almacén –dijo-. Y le había dicho antes de irnos que este fin de semana estábamos de vuelta.

Papá le recordó la muerte del Tordo.

-Pobre gente –dijo papá.

-Espero que no siga creciendo el río –dijo mamá-. ¿Vos averiguaste si venía una sudestada?

Se embarcaron en una discusión sobre el Servicio Meteorológico que para mamá era una religión y para papá un invento. Les pedí permiso para ir a lo de doña Ángela. Todo lo que pasaba parecía estar en otro mundo y yo lo miraba de lejos. Hasta mi cuerpo me parecía ajeno y se movía sin mi voluntad y mi voz hablaba sin que yo sintiera que quería hablar. Era como estar muerta y que nadie se diera cuenta.

-Si sigue subiendo el río se les va a inundar el rancho –dijo papá.

Yo ya estaba en las escaleras. Había conversaciones y escenas que se repetían con mínimas variaciones, que nos daban la ilusión de seguridad que necesitábamos. Si nada cambiaba, estábamos a salvo.

No estábamos a salvo.

Les había inventado un cuento, una rateada inocente, una distracción con el horario y ellos me habían creído y habían sido blandos conmigo porque me habían visto llorar. Pensé que era porque mi mentira estaba bien fabricada, pero ahora sé que era por el tipo de cosas que yo tenía guardadas. Igual que yo, que no le había preguntado nada a Carmen, ellos no querían saber. Y ni siquiera sabían que no querían saber. Era más fácil así. Pero ellos no tenían ni la más remota idea de lo que estaba pasando. ¿Cómo podíamos estar a salvo?

Ni Bartolo salió a recibirme cuando me acerqué a lo de doña Ángela. La puerta estaba cerrada y no se oía ningún ruido. Pensé que tal vez se hubieran quedado en Buenos Aires y fui hasta el taller de Marito. Las herramientas estaban en su lugar y el camastro seguía contra la pared con su manta de flores. Sentí una opresión muy grande en el pecho y no quise entrar. Era una traición que las cosas estuvieran en su lugar como si nada hubiera pasado.

Estaba por cruzar el puentecito cuando me pareció escuchar un gemido. Lo seguí hasta la puerta de doña Ángela. Apoyé la oreja contra la madera y casi me caigo hacia atrás del sacudón que le dieron a la puerta desde adentro. El ladrido inconfundible de Bartolo me tranquilizó. Me puse a hablarle bajito desde afuera, pero ladraba y aullaba tanto que probé a ver si la puerta estaba abierta. Sabía que no estaba bien entrar así a la casa, pero necesitaba abrazar a Bartolo.

La cocina estaba helada. La cortinita no dejaba entrar la luz de la tarde y la cocina apagada hacía que el ambiente estuviera más húmedo que nunca. Bartolo saltaba a mi alrededor ladrando. Me senté el piso para pasarle los brazos alrededor del cuello. Dejé que me lamiera la cara, el cuello, las manos frías. Me puse a hablarle, a decirle todas las cosas que no podía decirle a nadie. Las cosas que le decía me hacían llorar y él me lamía la cara mojada y gemía como si entendiera.

Más tarde me animé a subir a los entresijos. No sé bien qué era lo que quería hacer, pero, apenas me asomé, tuve la sensación de que un huracán había cambiado para siempre el espacio donde antes habían estado los cuartos del Tordo y Marito. Las pilas de ladrillos seguían armadas aunque algunas se habían desmoronado, y los tablones que hacían de estantes estaban caídos en desorden, apilados tal como habían caído, en ángulos raros. No había un solo libro. Las chapas dobladas eran el único recuerdo del peso de la biblioteca que yo había visto. Sin las paredes que habían formado los libros, los tres cuartos formaban un solo espacio y parecía imposible que alguna vez hubieran entrado tres cuartos en ese vacío húmedo interrumpido por las columnas de ladrillos y las chapas y maderas caídas. El cuadro de la húngara también había desaparecido. En la pared que había sido del cuarto de Marito solo quedaba la foto de los isleños en el corte de juncos enmarcada en cartón. Marito con los brazos flacos y el machete en alto. Arranqué la foto, la besé y me quedé sentada ahí, con la foto entre las manos. Marito me había hecho sentir que éramos uno solo, que llegábamos mucho más allá de nosotros mismos. Lo que le habían hecho vaciaba mi cuerpo. Él y yo habíamos sido uno. ¿Quién era yo ahora?

La campana de casa me obligó a levantarme. Fue difícil dejar a Bartolo dentro de la casa y sus aullidos de desesperación siguieron sonando en la noche helada mucho después de que yo cruzara el puentecito y subiera los escalones de casa. Cuando vi a mamá y papá en el porche pensé que me iban a retar, pero estaban

preocupados por un resplandor que parecía venir del club de pescadores.

-Es demasiado chico para ser un incendio –estaba diciendo papá-. Y de todas maneras con la humedad que hay es poco probable que pueda creer.

Mamá parecía menos segura, pero era la creciente del río lo que más la preocupaba.

-Deberíamos habernos quedado en Buenos Aires –dijo y yo sentí que la isla se había convertido de pronto en un lugar hostil para todos.

Antes de que llegara la noche, papá decidió que quería darse una vuelta por el club de pescadores para chequear el fuego.

El agua todavía no había tapado todo el jardín del club, que era un par de metros más alto que el de nuestra casa, pero las olitas de la lancha corrieron entre los tablones del muelle con un golpeteo. Los restos de una gran fogata humeaban todavía en el pedazo de jardín que seguía a salvo de la crecida.

-Qué cosa rara –dijo papá.

Pero yo supe lo que era. Era como si lo hubiese sabido desde el principio y hubiera estado esperando esa certeza, la que sentí cuando nos bajamos y encontré tirado a un costado de la pira un pedazo de la tapa de *Las Odas Elementales*. En unas horas las cenizas de todos los libros que había leído el Tordo en sus años de amor con la húngara, los que habían leído mis amigos en su infancia, los que Marito me había leído en voz alta, se pondrían a girar en los remolinos de la corriente. Cartón quemado, pedacitos de papel, polvo gris, se juntan y se separan, giran, se hunden hasta terminar en el fondo del río. Con el tiempo nadie se iba a acordar de esos libros, nadie sabría que estaban ahí.

Varias veces durante la noche salí a mirar el resplandor. A las tres de la mañana la luz casi se había extinguido y el cielo sin estrellas parecía haber dejado sobre la isla como un manto negro, esa fue la noche más silenciosa y oscura de mi vida. Parecían haber desaparecido hasta los

árboles. Sé que estuve despierta e mi cama hasta la madrugada, que me era imposible dormir; me sentía como si estuviera esperando algo, pero no tenía la menor idea de qué era lo que esperaba. Me dormí cuando la claridad dibujó la cortina de juncos en la pared. Ni siquiera escuché el agua que había seguido subiendo toda la noche hasta inundar el jardín.

EPÍLOGO

OCTUBRE DE 2007

Nuestros antiguos nos enseñaron que la celebración de la memoria es también una celebración del mañana...

La memoria no es un voltear la cara y el corazón al pasado, no es un recuerdo estéril que habla de risas o de lágrimas.

La memoria es una de las siete guías que el corazón humano tiene para andar sus pasos. Las otras seis son la verdad, la vergüenza, la consecuencia, la honestidad, el respeto a uno mismo y al otro, y el amor.

SUBCOMANDANTE MARCOS

La lancha colectiva cruza el Paraná de las Palmas bajo un cielo despejado. Los destellos del río se reflejan en el techo, en la cubierta barnizada, en las caras y el pelo de mis compañeros de viaje. Hay una excitación en el aire, un clima de festejo, pero a la vez está todo contenido, como si la presión se hubiera juntado durante demasiado tiempo y no estuviéramos seguros de cómo va a explotar. El corazón me late muy fuerte y estoy segura de que la mayoría de los pasajeros siente la conmoción que siento yo. Ya reconocí a algunos de los hermanos de Emil y uno de ellos me reconoció a mí a pesar de los treinta años que pasaron desde la época de las fotos que habrá visto. Viajo en una punta de la colectiva y cada persona que miro va sumida en sus pensamientos, el ruido ensordecedor del

motor es un descanso de las conversaciones atropelladas de la estación, de las presentaciones, de la imposibilidad de resumir quiénes somos, cómo es que estamos ahí.

La otra colectiva viene por un camino distinto. Ya habrá pasado por el muelle de casa y estará navegando por el San Antonio hacia el Paraná de las Palmas. El encuentro es en la casa de los padres de Emil.

Trato de no pensar en cosas tristes, trato de que hoy me gane la alegría. Todo se me mezcla. Una bandada de patos cruza en formación por el cielo. Van juntos hacia alguna parte, como nosotros. Cuando el que lleva la delantera se canse, algún otro va a reemplazarlo y así, tomando turnos, dándose ánimo, intercambiando sus posiciones, llegarán a destino. Al bajar la mirada me encuentro con los ojos azules del hermano mayor de Emil. No sé qué habrá contado él en el CD. Él no sabe qué conté yo. Entre todos armamos la historia de Carmen y Emil para que Ariel los conozca.

El hombre joven baja las escaleras de la casa y avanza hacia nosotros, que estamos apiñados en el muelle, un poco desorientados en cuanto a los pasos a seguir. El corazón me da un vuelco. Es Marito el que camina hacia mí con el cuerpo suelto, los brazos a los costados, la cara abierta en una sonrisa. Se me llenan los ojos de lágrimas. No es Marito, es Ariel, me digo a mí misma, el hijo de Carmen y de Emil. Cuando se acerca todo vuelve a su lugar. Empieza a saludar a uno por uno. Cada uno de los que estamos acá tiene una historia que contarle.

-¿Alma? –dice.

Apenas atino a asentir. Nos abrazamos. No puedo hablar.

En la casa, sobre una mesa con fotos y regalos que van dejando los que van llegando, hay una caja de zapatos forrada con papel madera. “Basura mnemotécnica”, dice la etiqueta escrita con la letra decidida de mi amiga. Las piezas para el collage de Carmen están intactas: las postales que yo le mandaba cuando iba de vacaciones, las notas de la húngara, los dibujos y las cartas de Lucio. Todas las entradas a los bailes del Felicaria a los que fue con Emil atadas con una gomita. La invitación en letras doradas al cumpleaños del vecino la noche en que sospeché por primera vez que Marito quizás estuviera enamorado de mí. Ahora sí no puedo parar de llorar. Lucio me abraza por detrás.

-Ey –me dice-. Hay tantos caminos en el mundo que jamás se cruzan. Podrías no haberlos conocido nunca. Siento sus brazos fuertes a mi alrededor. Tiene razón. Quiero celebrar que el amor entre Carmen, Marito y yo haya existido. Quiero celebrar que hayamos encontrado a Ariel.

Doña Ángela está sentada en el muelle. Tiene las manos apoyadas en el bastón de madera que le talló Lucio. Me arrodillo frente a ella. La abrazo. Me hundo en su pecho blando y tibio, y aprieto la mejilla mojada contra su cadenita.

Me siento a su lado y apoyo mi mano sobre la suya. El calor de mi mano rodea el calor de la suya. Doña Ángela tiene la mano áspera, como la de Carmen. Se la envuelvo con la mía y es como envolver una piedra.

-Lo encontramos –dice.

Lo encontramos. La piedra aplastó la tijera.